

LLUVIA DE ACERO

DÍAS DE GUERRA EN SANTANDER
{ 1899-1900 }

LLUVIA DE ACERO

DÍAS DE GUERRA EN SANTANDER
{ 1899-1900 }

BRIGADIER GENERAL HELDER FERNÁN GIRALDO BONILLA
Comandante de la Quinta Brigada
Ejército Nacional

MA. CINTYA ALEXANDRA MALDONADO CRUZ
Historiadora



- © 2016, Ejército Nacional de Colombia
- © 2016, Editorial Planeta Colombiana S. A.
- © Brigadier General Helder Fernán Giraldo Bonilla
Comandante de la Quinta Brigada, Ejército Nacional
- © Ma. Cintya Alexandra Maldonado Cruz
Historiadora

Diseño y diagramación
Haidy García Rojas

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN 13:

ISBN 10:

El contenido de los capítulos es responsabilidad de los autores.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

*A los soldados de la Patria,
quienes han profesado ayer,
hoy y siempre su amor y entrega a Colombia*

Agradecimientos

Al Comando General de las Fuerzas Militares, por su apoyo en el desarrollo de este proyecto y por abrir las puertas hacia nuevos horizontes en la construcción de líneas de investigación dentro de la Historia Militar en Colombia.

Al grupo de trabajo de la Quinta Brigada, por su ardua labor diaria y su esfuerzo en la consecución de los logros propuestos para esta investigación. Su colaboración oportuna en la consecución de material bibliográfico y sus aportes, fueron fundamentales en la escritura del libro.

Al personal del Archivo Histórico Regional (Universidad Industrial de Santander) y Archivo Fotográfico de Santander (Universidad Autónoma de Bucaramanga) por su colaboración en la búsqueda de fuentes primarias y fotografías para la elaboración de este texto.

Contenido

Introducción	15
. 1 . Presagios de una larga guerra	19
Al final del Olimpo Radical	19
Regenerar y desaparecer el liberalismo catastrófico	22
La guerra antes de la guerra	26
. 2 . Suenan vientos revolucionarios	33
Los efectos de la crisis del café	33
El monstruo de la regeneración	40
Los guerreristas se ponen en marcha	47
. 3 . Planes para una revolución	53
¿Dónde iniciará la Guerra?	53
Pactar la fecha: esperar o atacar	55
El Batallón Rifles en la mira del primer ataque	58
Hombres de pocas armas y en busca de ellas	61

. 4 . Sueños de paz, realidad en guerra	63	. 8 . La Gran Batalla	119
Una paz figurada, una ilusión	63	El encuentro de los Ejércitos	119
Tampoco fue el 20. Los días en que los liberales se pronunciaron	68	Los cuerpos dejados por la Guerra	137
Conmoción por el estallido de la guerra	71	Termina la guerra	140
. 5 . Teatro de operaciones y ejércitos	75	. 9 . En perspectiva de combatiente	147
Vamos todos a la guerra	75	Logística	147
Los revolucionarios	78	Persiguiendo a los ratones de cueva en cueva	149
Los gobiernistas	85	Memorias de días imperecederos	150
. 6 . Los días de la guerra	91	Viendo los toros desde la barrera	151
Combate de Piedecuesta	91	La loma de los muertos	153
El Combate de Bucaramanga	95	Bibliografía	159
El Combate de Peralonso	98	Tablas	171
El tiempo en que Bucaramanga fue de los liberales	102		
. 7 . Siguiendo el camino hacia Palonegro	107		
El camino de Bagueche	107		
Abriendo camino hacia Palonegro	111		
Explorando el campo de batalla	116		

Introducción

En la actualidad se han desarrollado una gran cantidad de estudios relativos a la memoria histórica del conflicto armado interno en Colombia. No obstante, si se mira en una perspectiva de larga duración, el conflicto armado en Colombia tiene una génesis mucho más lejana de la que generalmente se acostumbra a considerar. Aunque los episodios de violencia en el país, dada su naturaleza y características, han sido determinados bajo distintos conceptos como Guerra Civil, Época de la Violencia y Conflicto Armado Interno, no constituyen un conjunto de hechos ajenos entre sí, sino más bien se encuentran concatenados temporalmente y correlacionados en una serie de efectos, causas y consecuencias. De esta manera, el hecho de la guerra en Colombia se reconoce no como una circunstancia actual sino como un suceso constante y permanente en el tiempo.

Desde su mismo nacimiento el Estado Nación colombiano se convirtió en un campo de batalla donde las tragedias, las muertes, los heridos, las víctimas y los desplazamientos fueron los grandes protagonistas. El siglo XIX fue una época de altos y bajos. Pasada una guerra, apenas se alcanzaba a percibir el clima de calma cuando inesperadamente algún motivo prendía

la chispa de la discordia y el país volvía a verse envuelto en un nuevo conflicto. La guerra pareció convertirse en una costumbre. De aquellos tiempos, se fueron configurando los problemas del pueblo porque los intereses nacionales se desviaban de su foco natural para atender las necesidades de la guerra. De allí se pasó a otro siglo que no fue menos convulsionado y donde las problemáticas se fueron acrecentando.

Pese a las diferencias conceptuales que puedan existir los conflictos pasados y presentes han dejado una huella imborrable en la historia del país. En cada una de las familias hay tan siquiera un recuerdo vívido, un vínculo que las une a algún tramo de estas interminables guerras que merece ser contado. En el contexto actual es importante recuperar la memoria de todos aquellos hechos violentos, de esas continuidades y disrupciones que de una u otra manera han afectado a la nación. En ese mismo orden de ideas, también es necesario buscar nuevas formas de contar la historia, alejada de las subjetividades, entablar un diálogo entre las partes enfrentadas, buscar cabida a sus expresiones porque de ambos lados se vivieron las angustias y las tragedias.

Bajo esta premisa la Quinta Brigada emprende un proyecto de recuperación de la memoria histórica, con la realización de una primera investigación en torno al desarrollo de la Guerra Civil de los Mil Días en Santander. Dentro de este escenario se hace especial énfasis en los eventos relacionados con la denominada Batalla de Palonegro, juzgada como uno de los acontecimientos más importantes dentro de la mencionada Guerra, debido a las implicaciones que tuvo para la derrota definitiva del Ejército Revolucionario en el departamento. Incluso se piensa que la Guerra de los Mil Días se definió en Santander, el mismo Ejército que se alzó con la victoria en Palonegro fue el mismo que triunfó al final de la guerra en 1902. Sin lugar a dudas, la Guerra de los Mil Días fue un hecho sin precedentes en la historia de las Guerras Civiles de Colombia. Cuando inició la guerra ni los revolucionarios ni el Gobierno esperaban una guerra casi interminable, sus predecesoras no habían tardado más de un año y algunos cuantos meses mientras que esta se fue dilatando en el tiempo hasta abarcar un período de tres años.

Más allá de su rasgo temporal, el paso de la Guerra por Santander dejó convertido al departamento en un valle desolado.

En los campos de batalla los cuerpos sin vida de los soldados, suboficiales y oficiales combatientes, tanto del Ejército Revolucionario como del Gobierno, se contaban por cientos. Por ello, escribir este libro es una oportunidad para dar vida a los relatos de todos aquellos valientes hombres que participaron en la guerra, sus experiencias se han conjugado para contar una historia que lleva al lector a retroceder en el tiempo para entender el por qué de la guerra y su desarrollo en Santander. Es la ocasión perfecta para rendirles un homenaje y dejar en la memoria de cada uno de los santandereanos la proveniencia de su carácter pujante.

Hoy, cuando se observa en retrospectiva pareciera que la guerra hubiese iniciado incluso antes de declararse. Los problemas entre liberales y conservadores, después de la ascensión al poder de estos últimos y las restricciones impuestas con la declaración de una nueva Constitución, a más de las divisiones internas generadas al interior de ambos partidos tuvieron consecuencias funestas para la vida nacional. Sin poder llegar a un acuerdo, los liberales comenzaron a ver minados sus derechos por la impronta del Gobierno conservador que siguiendo los ideales de regeneración se impuso cada vez con más fuerza. Las intentonas de tomarse el poder por cuenta de algunos liberales que no creían en las promesas del Gobierno de mejorar las relaciones, eran ya un mal presagio de algo que al parecer nadie notó o si lo hizo, poco caso se le puso.

No se puede decir que aquella fuera una guerra inevitable, tal vez el mismo Marroquín con las políticas lanzadas cuando asumió por obligación el cargo de Presidente encargado dejó sentadas las posibilidades de tranzar con los liberales. Pero otras fueron las circunstancias y los liberales guerrerristas se lanzaron a una revolución donde no tenían oportunidad de éxito, presurosa como fue, con un Ejército mal organizado, falta de disciplina y sin suficiente armamento, nada bueno podía esperarse de esa experiencia. Durante largos años, este territorio fue el fortín del liberalismo, muchos de sus pobladores comprometidos seriamente con la causa liberal, no dudaron en dar el primer paso hacia la revolución.

Fue precisamente en Santander donde se iniciaron las proclamas y los levantamientos, fue allí donde estalló la cruenta guerra

que se llevó miles de vidas a su paso. Los días de la guerra en Santander se extendieron desde el 17 de octubre de 1899 hasta finales de agosto de 1900 cuando los revolucionarios finalmente firmaron su rendición. Los combates que tuvieron lugar fueron, con excepción de Peralonso, un completo desastre para los opositores del Gobierno. Incluyendo la Batalla de Palonegro donde con certeza, se puede decir, firmaron su derrota. Quince días de combates le dejaron demostrado a los revolucionarios lo difícil de emprender una campaña sin organización, sin planificación y lo que es más, sin armas para combatir a un Ejército del Gobierno fortalecido, organizado y con el armamento suficiente para defender el orden constitucional.

Ahora bien, las fuentes con las cuales se construyó esta investigación, tal como se mencionó en un principio fueron tomadas tanto de los relatos de liberales como de conservadores, acerca de la Guerra de los Mil Días en Santander y la Batalla de Palonegro, así mismo se tuvieron en cuenta los diarios de algunos personajes importantes de la época que fueron registrando los acontecimientos día a día de aquellos años de guerra, además de los relatos de algunos excombatientes de la guerra. De igual modo, se consultó un número de importante de fuentes secundarias para ilustrar el contexto de la época. A los datos recolectados se aplicó la metodología de crítica de fuentes con el fin de comparar los relatos y los hechos descritos y elaborar una historia que aporte al conocimiento y construcción de la memoria regional.

Finalmente, debe advertirse que una investigación de semejante envergadura reclama meses de intenso trabajo archivístico y de recolección de fuentes. Dada la premura con la cual debía hacerse esta publicación, se ha de dejar claro que este libro no es un estudio histórico a carta cabal, sino más bien un acercamiento con mínimas fuentes al tema y una invitación a develar más datos que hoy reposan en los archivos correspondientes a la Guerra de los Mil Días en el Archivo General de la Nación. Es tal vez un recuento de ciertas historias que han quedado olvidadas en la memoria de los santandereanos y que hoy se han querido traer nuevamente al presente para exaltar el carácter aguerrido y luchador de sus gentes, es también el deseo de recordar a aquellas víctimas de la guerra cuyos descendientes aún ocupan esta inmensa región.

. 1 .

Presagios de una larga guerra

Al final del Olimpo Radical

A mediados de 1884, Rafael Núñez llevaba un par de días como Presidente de los Estados Unidos de Colombia cuando estalló una sublevación en Santander. Los radicales liberales se habían alzado contra el gobierno de Solón Wilches después de su elección como Presidente del Estado, acusándolo de haber boicoteado los comicios electorales y alzarse con el triunfo de manera fraudulenta. Estos hechos sirvieron de pretexto a los liberales del resto del país para desatar una nueva guerra bajo el argumento de recuperar la hegemonía liberal perdida. El “Olimpo Radical” estaba prácticamente agonizando. Desde la década de los 70, las fuertes bases del liberalismo radical comenzaron a resquebrajarse y su continuidad en el poder se hizo insostenible.

Las vías constitucionales se habían agotado ante cualquier intento de reforma; las guerras internas y las revueltas sociales no eran precisamente el mejor ejemplo de las ideas liberales igualdad y progreso, pregonadas en sus ideales; la economía

pasaba por la peor crisis, el valor de las exportaciones decayó y los precios del café y la quina estaban en franco declive¹. Aunado a esto, la campaña electoral de 1875 provocó diversas fracturas al interior del Partido, agudizándose durante la Guerra de 1876 y 1877². Restablecido el orden público en el territorio, las elecciones convocadas para escoger al nuevo Presidente de la

1. La situación económica se había hecho incluso peor durante los últimos años. A partir de 1876 se había presentado una aguda crisis comercial y fiscal, que algunos observadores atribuyeron a los efectos retardados de la crisis mundial de 1873 y otros a las consecuencias inmediatas de la Guerra civil del 76, cuyas pérdidas fueron evaluadas en 10.000 colombianos muertos y en destrucción de riqueza nacional por 20.000.000 de pesos. En el fondo se trataba de un complejo conjunto de circunstancias que provocó una caída vertical de las exportaciones colombianas mientras se mantenían a un nivel relativamente estable las importaciones. El déficit de la balanza comercial, por tanto, debía cubrirse en metálico, lo que llevaba a crecientes exportaciones de oro, las cuales recibían un impulso adicional por el hecho de que el código fiscal de 1873 había fijado el precio interno del oro, en términos de plata, a un nivel que pronto, con la baja mundial del precio de la plata resultó desligado de la realidad: el oro, en el exterior, podía obtener precios más elevados que dentro del país. MELO, Jorge Orlando. Colombia Hoy. [en línea]. Bogotá: Presidencia de la República, 1996. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo5.htm>>>.

TORDECILLA CAMPO, María Angélica. Las ideas políticas de Rafael Núñez en torno a la Regeneración [en línea]. Monografía de grado como requisito para optar al título de Historiadora. Cartagena: Universidad de Cartagena, 2015, p. 31-32. Disponible vía web en <<<http://190.242.62.234:8080/jspui/bitstream/11227/2216/1/TESIS.pdf>>>.

2. Los enfrentamientos políticos durante las elecciones presidenciales de 1875 entre Rafael Núñez y Aquileo Parra, provocaron una división al interior del Partido Liberal. El sector independiente, liderado por Núñez, había decidido tomar distancia del liberalismo radical, pues desde su punto de vista era apremiante reformar la Constitución federal y restablecer las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado. Los independientes veían la necesidad de volver a la centralización del Estado y crear un ejército de carácter nacional, con lo cual sus ideas se acercaban más al partido Conservador. A más de ello, la división se agravó aún más por motivos regionales: el proyecto del ferrocarril del norte, que servía de conexión a Bogotá con el río Magdalena por vía Boyacá y Santander, enfrentó los intereses de estos dos últimos Estados con los de la Costa Caribe, creando ciertas tensiones entre ambos candidatos. Durante las elecciones se presentaron serias irregularidades y fraudes que ayudaron a minar los ánimos ya bastante revueltos en la Unión. Así que durante el desarrollo de la Guerra de 1876-1877, como menciona Palacios: “empezó el ascenso incontenible de una facción liberal que juntaba mosqueristas caucanos, independientes santandereanos y nuñistas costeños. La facción terminaría capitaneada por Núñez y en 1878 llevó a la presidencia al héroe de la guerra, el mosquerista caucano Julián Trujillo”. CASTRO CARVAJAL, Beatriz. Las claves del período. En: POSADA CARBÓ, Eduardo (Coord.). América Latina en la Historia Contemporánea. Tomo 2. 1830-1880. La construcción nacional. Bogotá: Taurus, 2013 y PALACIOS, Marco. Segunda Parte. Desde 1875 hasta el presente. En: PALACIOS, Marco y SAFFORD, Frank. Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia. Bogotá: Norma, 2002, p. 457.

Unión evidenciaron claramente las divisiones entre los liberales: los seguidores de Núñez asumieron el nombre de “independientes” y reservaron el de “oligarcas” para sus opositores, los liberales radicales.

El grupo de los independientes estaba formado por liberales, en su mayoría costeños, a quienes se habían unido los caucanos cuyo candidato, Julián Trujillo, las argucias liberales le habían impedido llegar a la presidencia en 1873. Del lado radical, encabezados por Manuel Murillo Toro, estaban hombres de notable reconocimiento como Felipe y Santiago Pérez, Dámaso y Felipe Zapata, Aquileo Parra y el General Santos Acosta, entre otros; la mayoría de ellos provenientes de Boyacá, Cundinamarca y especialmente Santander, donde el ideario radical se había asentado con gran fuerza³. Para cada una de estas facciones era importante mantener los poderes regionales con el fin de garantizar la sucesión presidencial. Esta necesidad dio paso a la generalización de prácticas electorales irregulares y poco ortodoxas, así como a la puesta en práctica de distintos mecanismos de violencia y de protesta social⁴.

Bajo esas condiciones, el levantamiento suscitado por la elección de Wilches como Presidente del Estado Soberano de Santander no fue extraño. Durante la guerra los combates se extendieron por diversos lugares del territorio santandereano, destacándose los de “El Urengue”, “El Tasajero” y la “La Humareda”, en estribaciones del río Magdalena⁵. Este último ocurrió el 17 de octubre de 1885 y fue tal vez el último gran combate de aquella guerra. Aun cuando los radicales lograron obtener la victoria, fue como dice Camacho Roldán “una victoria pírrica”, pues sus tropas quedaron diezmadas y en ella pereció un buen

3. MELO, Jorge Orlando. Del Federalismo a la Constitución de 1886 [en línea]. En: MELO, Jorge Orlando. Colombia es un tema. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/federalismo.htm>>>.

4. Ibíd.

5. En la guerra civil de 1885, en la que los liberales radicales se alzaron contra el gobierno de Rafael Núñez, los enfrentamientos se extendieron por los Estados de Boyacá, Santander, Antioquia, Cauca, Bolívar, Magdalena, Tolima y Cundinamarca. La batalla más importante se produjo en sitio de La Humareda, riberas del río Magdalena, en el puerto de El Banco, el 17 de junio de 1885. ZAMBRANO Fabio. Las guerras civiles [en línea]. En: Semana, Bogotá (12 de julio de 2010). Disponible vía web en <<<http://www.semana.com/especiales/articulo/las-guerras-civiles/109028-3>>>.

número de sus comandantes⁶. Nada quedaba ya a los radicales sino firmar su derrota por anticipado y dar por concluida su época dorada conocida como “El Olimpo Radical”⁷.

Regenerar y desaparecer el liberalismo catastrófico

Finalmente, el radicalismo había sido derrotado. A partir de allí, el Gobierno pudo tomar un respiro y concentrar sus esfuerzos en impulsar los ideales de “Regeneración” propuestos por Núñez desde 1878. Después de perder las elecciones frente a Aquileo Parra y siendo aún Senador de la Unión, Núñez lanzó una frase haciendo una crítica al Gobierno impuesto por los radicales, poniendo a los colombianos frente a dos alternativas: “regeneración administrativa fundamental” o “catástrofe”. Años más tarde, el cartagenero fue elegido Presidente bajo el auspicio de los independentes y pudo llevar a cabo su propósito de transformar el régimen federalista⁸.

Habiendo sido derrotados los liberales y conociéndose ya la noticia en el país sobre la victoria obtenida por el Gobierno en la Guerra, un conjunto de manifestantes conservadores se agolpó frente al Palacio de San Carlos para escuchar la reacción del Presidente Núñez quien dirigiéndose al público, anunció: “La Constitución de 1863 ha dejado de existir”. Sus propósitos de

6. CAMACHO ROLDAN, Salvador. La Batalla de la Humareda (1885) descrita por Salvador Camacho Roldán [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (18 de marzo de 2014), No. 291. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/marzo-2014/la-batalla-de-humareda-rio-magdalena>>>.

7. El fin de la guerra, de esta guerra de 1884-1885 fue anunciado y en la redacción del documento por medio del cual se invitaba a la paz y a la reconciliación, el General bogotano Antonio B. Cuervo, recordaba el penoso evento de rendir las armas: “La fuerza no da ninguna solución duradera a las cuestiones que pueden dividimos, pues al vencido humeante de sangre todavía, no le falta valor para reclamar sus derechos...La prensa y la tribuna quedan libres y ellas conquistarán los espíritus, mientras que a las armas no es lícito dominar sino la materia”. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Santander y sus municipios. Bucaramanga: Gobernación de Santander, 1990, p. 627.

8. RAUSH, Jane. ¿Regeneración fundamental o catástrofe? [en línea]. En: María Eugenia. Café, caballo y hamaca: visión histórica del Llano. Memorias del Simposio Desarrollos Recientes en la Historia de los Llanos del Orinoco, Colombia y Venezuela. 47 Congreso Internacional de Americanistas. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1992. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cafecaba/cafecaba11.htm>>>.

cambio no podían aguardar más, al siguiente día mediante el Decreto 594 el Presidente de la Unión instó a los Gobiernos de cada uno de los Estados a nombrar una comisión para ser enviada a la capital con el fin de reunirse todos allí y definir los términos de la reforma constitucional⁹. Por Santander fueron comisionados para este trabajo el doctor Antonio Roldán, suplente, liberal independiente; y el general José Santos, conservador¹⁰.

A partir de ese momento se dio comienzo a las reuniones del Consejo Nacional, órgano encargado de redactar la nueva Carta constitucional para dejar atrás los restos de las políticas radicales. La redacción de la Constitución finalizó en 1886 y su contenido, destinado a garantizar el orden del país, se cimentó sobre la base de la centralización del poder público, el fortalecimiento de los poderes del ejecutivo, el apoyo a la Iglesia Católica y el uso de la religión como vector de la educación y del control social. Bajo estas consideraciones la nación adquirió carácter unitario, significado de la inminente ruptura con el tradicional esquema federal. De igual manera, se determinó el cambio de nombre de los Estados Unidos de Colombia por el de República de Colombia, los antiguos Estados pasaron a denominarse departamentos, en adelante toda la legislación producida sería del orden nacional y los nombramientos de los funcionarios del Ejecutivo estarían en manos del Presidente de la República¹¹.

El período presidencial fue extendido a seis años, se facultó al Presidente con ciertos poderes excepcionales, vigentes en situación de guerra tales como la capacidad de decretar el estado de conmoción interna y el estado de sitio, y se organizó un Ejército Nacional fuerte, con la capacidad de limitar la sedición regional y nacional, otorgándole mayor legitimidad al Estado. Ahora

9. En el citado documento se decretaba que cada Estado debía nombrar dos diputados principales y tres suplentes. Además de ello, en el Consejo Nacional tendría participación 9 conservadores y 9 liberales independientes, dejándose por fuera a los radicales. A propósito de esto último, Núñez tomó la determinación de no vincular a dicho proceso a los Estados de Antioquia, Cauca y Panamá, declarados federalistas. SIERRA MEJÍA, Rubén. Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 131.

10. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 629.

11. REPÚBLICA DE COLOMBIA. Constitución de la República de Colombia [en línea]. Bogotá: Imprenta de Echeverría y Hermanos, 1986. Disponible vía web en <<http://www.bdigital.unal.edu.co/224/36/constitucion_de_la_republica_1886.pdf>>.

bien, si la intención era desaparecer por completo cualquier rastro del orden federal, los derechos individuales promulgados y defendidos por el ideario liberal como la libertad de expresión, imprenta, pensamiento y movimiento, debían restringirse como de hecho sucedió. Con todos estos cambios, los más afectados fueron los liberales, quienes vieron minados sus intereses y hasta sus propios derechos como ciudadanos¹².

Para Núñez los efectos que tal ordenamiento provocara sobre los liberales radicales no eran tema de discusión, precisamente la idea de dotar a Colombia con una nueva Constitución era reaccionar contra los “nefastos” proyectos federales. En su concepción, el federalismo había provocado la división del territorio y engendrado las terribles guerras sucedidas no pocos años atrás y por ende, su propósito era reafirmar el orden y la autoridad de la nación:

La Constitución de 1858 -netamente federal- preparó y facilitó evidentemente la desastrosa rebelión de 1860, la cual nos condujo al desgraciado régimen establecido en 1863, sobre la base deleznable de la soberanía seccional. En el funesto anhelo de desorganización que se apoderó de nuestros espíritus, avanzamos hasta dividir lo que es necesariamente indivisible; y además de la frontera exterior, creamos nueve fronteras internas, con nueve códigos especiales, nueve costosas jerarquías burocráticas, nueve ejércitos, nueve agitaciones de todo género casi remitentes¹³.

Lejos estaba el Presidente de alcanzar su anhelo. Sus esfuerzos para erradicar cualquier síntoma de radicalismo del territorio nacional, muy a su pesar terminaron convirtiéndose en una especie de bomba de tiempo cuya explosión dejaría notables consecuencias para el país. En un principio la aplicación de la Carta resultó frustrada y no se logró dar solución a los problemas de orden y de paz en lo relativo a los derechos de la oposi-

12. *Ibíd.*

13. RESTREPO, Juan Camilo. Agosto 4 de 1886. La decisión regeneradora [en línea]. En: *Semana*, Bogotá (30 de mayo de 2004). Disponible vía web en <<<http://www.semana.com/especiales/articulo/agosto-1886-bria-decision-regeneradora/65763-3>>>.

ción. Ciertamente era que muchos de los puntos no fueron del agrado de los liberales ni estaban acordes con su pensamiento, empero lo más inadmisibles de todas las medidas adoptadas por el Gobierno fue su total exclusión de los miembros de su partido de cualquier actividad política¹⁴.

Según Miguel Antonio Caro quien tuvo una participación bastante activa en la redacción de la Constitución, las elecciones no podían dejarse abiertas a los liberales: “las urnas son palenques a que concurren los partidos políticos propiamente dichos. Esto es, los partidos legales, no los bandos facciosos, ni los grupos de gentes notoriamente perniciosas”. Con esta afirmación, Caro desconoció la existencia del liberalismo como partido, cerrándole cualquier posibilidad a gozar de los derechos alcanzados hasta entonces. Como si no fuera suficiente con los malestares provocados por las disposiciones constitucionales y las decisiones del gobierno en turno, las divisiones al interior de los partidos continuaron¹⁵.

14. En lo que la Constitución, en su forma original, sí resultó frustrada, pues no logró resolver el problema del orden y la paz fue en lo relativo a los derechos de la oposición. En efecto, establecía mecanismos y daba poderes a los gobernantes que permitirían, con mayor vigor que durante la vigencia de la Constitución anterior, la exclusión de los opositores de todo acceso razonable al poder público. Que el ejecutivo fuera políticamente homogéneo habría sido probablemente aceptable para los liberales, aunque el carácter unitario del nuevo sistema hacía contrastar esto con el período radical, cuando existieron varios ejecutivos estatales conservadores. Pero lo que resultaba especialmente irritante, y era sentido como una exclusión que quitaba toda obligación de obediencia política era la exclusión sistemática del legislativo. Si durante la vigencia de la Constitución del 63 los conservadores fueron víctimas frecuentes del fraude electoral y de la coacción, y en alguna ocasión expedida de restricciones a su prensa, y si sólo lograron una representación minoritaria en el Congreso y las Asambleas de los estados que no controlaban entre 1886 y 1904 la exclusión del liberalismo y la eliminación en la práctica de sus derechos políticos fue mucho más sistemática y firme que antes, ante todo mediante la intimidación a la prensa y el uso de manipulaciones y trucos electorales. Muy pronto predominó una interpretación de la Constitución que hacía que ésta fuera más bien una cartade conquista que una norma para todos los colombianos. MELO, Jorge Orlando. La Constitución de 1886 [en línea]. En: TIRADO MEJÍA, Álvaro; JARAMILLO URIBE, Jaime y MELO, Jorge Orlando. *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: Planeta, 1989, p. 7. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/constitucion1886.pdf>>>.

15. REDACCIÓN OPINIÓN. Reseña histórica de La Guerra de los Mil Días. 1899-1902 [en línea]. En: *Semana*, Bogotá (16 de noviembre de 2002). Disponible vía web en <<<http://www.semana.com/opinion/articulo/resena-historica-la-guerra-mil-dias-1899-1902/55045-3>>>.

La guerra antes de la guerra

En 1892, dos corporaciones importantes se reunieron en Bucaramanga con ocasión de llevar a cabo las elecciones para Presidente, Vicepresidente y Asamblea Departamental. Los miembros de la Asamblea Electoral de la Provincia de Soto depositaron su voto para elegir a los hombres en cuyas manos quedaron los destinos de la nación por los siguientes seis años. Vale la pena mencionar que en aquella ocasión los radicales únicamente estuvieron representados en la persona del doctor Carlos J. Delgado, como elector por Tona. Recogidos los votos y hecho el escrutinio, Rafael Núñez resultó ser el inminente vencedor por 41 votos, mientras que Miguel Antonio Caro se alzó con la vicepresidencia, habiendo obtenido un número de 42 votos¹⁶.

Núñez volvió a ocupar la presidencia, pero dos años después le sobrevino la muerte, siendo sucedido en su función por el vicepresidente Miguel Antonio Caro, a quien le correspondió hacer frente a la guerra desarrollada en 1895, la cual aun de su corta duración (53 días) se convirtió en un mal presagio de los días venideros. Los liberales en desacuerdo con el gobierno existente habían quedado sin posibilidades de asumir cargos públicos por vía electoral o por cualquier otro medio. Esto hizo que los levantamientos se convirtieran en una tentación permanente y en un medio eficaz para protestar contra el Gobierno nacional sin importar la razón, pues el único interés era aprovechar la situación para armarse y desalojar al Gobierno Regenerador del poder.

Por aquella época la administración Caro atravesaba su momento más crítico debido a la tensa situación política y a las protestas de artesanos en busca de reivindicaciones económicas y sociales, las cuales dejaron al descubierto un plan en la capital del país para apresarse al Presidente y a su gabinete de Ministros. Pero detrás de la protesta de los artesanos había algo más, los liberales de la fracción guerrerrista, encabezados por el General Rafael Uribe Uribe, quisieron aprovechar el momento para fraguar un golpe de Estado que para fortuna de Caro no resultó exitoso. La rápida intervención de los cuerpos de Policía



Miguel Antonio Caro. Tomado de: PÁRAMO, Jorge; VALDERRAMA, Carlos Eduardo. Miguel Antonio Caro. Ficha bibliográfica. En: Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango.

16. GARCÍA, José Joaquín. Crónicas de Bucaramanga. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1896, pp. 459-460.

en Bogotá y la negativa de la población a unirse a semejantes pretensiones condujeron a un inminente fracaso del plan. Lo que nadie pudo anticipar es que aquella revuelta se extendiera a otras partes del país y desatará de nuevo otra guerra, en buena medida alimentada por comunicados donde se vinculaba a las figuras del liberalismo pacifista y partes de victoria falsos de las tropas insurrectas¹⁷.

En Santander, el año de 1895 no había comenzado muy bien. El rumor de una nueva revuelta iba de boca en boca y se había convertido en tema de discusión obligado en cualquier reunión. Aunque muchos no daban crédito a las habladurías pensando que se trataba de una intentona de los liberales por infundir el pánico entre el gobierno departamental y la población, muy pronto los hechos demostraron lo contrario¹⁸. El 22 de enero el General José María Ruíz, asesorado por otros jefes liberales levantó la bandera de la revolución en la ciudad Cúcuta contra el Gobierno conservador. Al siguiente día, el Gobernador de Santander, el General José Santos declaró turbado el orden público del departamento, asumiendo funciones como Jefe Civil y Militar.

La promulgación del decreto por bando en las principales calles de Bucaramanga encendió las alarmas en la población y los negocios en la ciudad se paralizaron, mientras las fuerzas gubernamentales comenzaban a multiplicarse en diferentes puntos del territorio. Días después las fuerzas reunidas en la ciudad tomaron camino hacia Matanza, acompañadas por el Gobernador, el Estado Mayor General y algunos otros funcionarios de la administración, dejándose encargado de la Jefatura Civil y Militar en la ciudad al doctor don Francisco Rueda Gómez y a un pequeño destacamento militar para resguardar la ciudad. En el norte del departamento, los liberales continuaron organizándose con las fuerzas del Coronel Rafael Leal, compuestas por una guerrilla de bochalemas; los contingentes armados conducidos desde Venezuela por el General Gabriel Vargas Santos, Jefe Civil

17. AGUILERA PEÑA, Mario. Cien años de la guerra civil de 1895: con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la regeneración [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (1995), No. 63. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32763>>>.

18. GARCÍA, José Joaquín. Óp. Cit. p. 795.

y Militar Revolucionario de Santander; y las tropas comandadas por el Coronel Pedro Soler Martínez¹⁹.

El 29 de octubre, mientras el Ejército marchaba sobre aquel territorio, los revolucionarios se tomaron la ciudad de Cúcuta²⁰. El 5 de febrero tuvo lugar uno de los primeros combates en el sitio de “Bagalal” donde los liberales derrotaron al Gobierno. Después de allí salieron para internarse en el país, aumentar el número de sus filas y organizarse; el 14 de febrero, Pedro Soler intentó tomarse El Rosario, pero la llegada del General Aurelio Mutis y sus tropas impidieron tal propósito. De ese encuentro resultaron 120 muertos de parte y parte, el Ejército conservador tomó prisioneros al doctor Ezequiel Cuartas Madrid y a otros, quienes fueron conducidos a San José de Cúcuta. Viendo la gravedad de los acontecimientos, los demás Generales (Peña Solano, Lucas Gallo, Ricardo Lesmes, Gabino Hernández y Juan B. Carreño) que acompañaban al General Santos comenzaron a insistir en avanzar sobre las fuerzas revolucionarias comandadas por J. M. Ruíz, las cuales habían comenzado a marchar hacia el sur²¹.

Según José Fulgencio Gutiérrez, el General Santos impidió tal marcha argumentando que lo mejor sería esperar a la llegada del General Rafael Reyes. La renuencia del entonces Gobernador de Santander, levantó ciertas sospechas sobre su verdadero compromiso con la causa del Gobierno:

El General Santos exponía diversos argumentos dilatorios y decía que era conveniente esperar al general Reyes, que venía de Bogotá. Santos hubiera podido obrar rápidamente, tanto más que contaba con las gentes que los generales Aurelio Mutis y Vicente Villamizar tenían en Pamplona. Algunos dirán que esto fue un exceso de prudencia; pero a nosotros, en posesión del dato de que, cuatro años adelante y siendo ministro de guerra de Sanclemente, fomentaba una revolución liberal y estaba listo a apoyarla, no podemos menos que juzgar que su actitud proditoria se mostró ya en el 95²².

19. *Ibíd.* pp. 795-797.

20. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 634.

21. *Ibíd.* p. 637.

22. *Ibíd.* p. 637-638.

Una vez que el General Reyes arribó a Cáchira, fue nombrado Jefe de Operaciones, haciéndosele entrega formal de un Ejército compuesto, según José Joaquín García, por cerca de tres mil hombres²³; hecho esto, el General Santos retornó a Bucaramanga para asumir nuevamente sus funciones de Jefe Civil y Militar. Mientras tanto, en aquella ciudad el pánico se apoderaba de todos sus habitantes, el 10 de marzo en las calles comenzó a escucharse que las tropas revolucionarias estaban en Tona y no tardarían mucho tiempo en llegar. De inmediato, la guarnición armada, el Gobierno y los partidarios del régimen conservador desocuparon la plaza y huyeron hacia Piedecuesta, dejando acéfala la capital del departamento por algunos días, mientras se aclaró la noticia y se pudo confirmar que solo se trataba de un rumor²⁴.

De hecho, los revolucionarios si estaban en Tona, pero no entraron a Bucaramanga, prefirieron proseguir su paso hacia Bogotá por la vía que de esta población conduce a la Provincia de García Rovira, donde el 15 de marzo fueron alcanzados por las fuerzas gubernamentales. En la población de Enciso tuvo lugar el último combate de aquella guerra. En el sangriento enfrentamiento las tropas del Gobierno resultaron vencedoras, la noticia llegó dos días después a Bucaramanga, donde el 23 de marzo entró triunfante el General Reyes y su Ejército, quienes fueron recibidos por los simpatizantes del Gobierno²⁵. La guerra terminó, a todas luces había sido un fracaso para los liberales; las guerrillas involucradas en el levantamiento carecían de una organización seria y no contaban con los pertrechos ni el armamento suficiente para hacer frente a una fuerzas, notablemente, con mayores capacidades²⁶.

23. *Ibíd.*, p. 637.

24. GARCÍA, José Joaquín. *Óp. Cit.* p. 798.

25. GARCÍA, José Joaquín. *Óp. Cit.* p. 799.

26. Gómez Lattore describe brevemente lo que sucedió: “A pesar de algunas honrosas victorias, las montoneras liberales fueron derrotadas por el ejército conservador de línea, con oficiales de academia y dueño del presupuesto nacional”. LATORRE GÓMEZ, Armando. *La Guerra Civil de 1895*. En: *El Tiempo*, Bogotá (25 de febrero de 1995). Disponible página web en <<<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-290069>>>. Refiriéndose a este mismo tema, Mario Aguilera dice: “En ningún momento los alzados pretendieron sostener un conflicto prolongado, porque no existían los recursos ni tampoco las condiciones para hacerlo, por lo menos a interior del Partido Liberal”. AGUILERA PEÑA, Mario. *Cien años de la guerra civil de 1895: con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la regeneración* [en línea]. En: *Credencial*



Rafael Reyes. Fotografía Rodríguez. Biblioteca Nacional. 1908. Fondo Rodríguez

. 2 .

Suenan vientos revolucionarios

Los efectos de la crisis del café

Pasada la guerra, las divisiones políticas se acentuaron aún más, haciéndose en extremo irreconciliables, sumado a los efectos económicos producidos por la crisis del café en 1896. Antes de proseguir, es interesante discutir sobre este aspecto, pues algunos autores consideran este último factor como una pieza fundamental dentro del gran rompecabezas que constituyeron las causas de la Guerra de los Mil Días. Bergquist, por ejemplo, plantea que no es posible estudiar la historia del período de la

Historia, Bogotá (1995), No. 63. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32763>>>. Por su parte, Melo señala que: “Hacer la guerra contra el gobierno se había hecho mucho más difícil que antes, cuando era posible contar con el apoyo de algunos ejecutivos regionales. Aunque los liberales necesitarían todavía una guerra más para reconocer la nueva realidad, la Constitución de 1886, al eliminar el federalismo, hacía prácticamente imbatible el gobierno en una guerra civil: sin fuertes bases de poder regional, nadie podía ya competir con el gobierno central en cuanto a armamento, recursos financieros y posibilidades de reclutamiento”. MELO, Jorge Orlando. Colombia Hoy. Óp. Cit.

Regeneración sin tener en cuenta el fenómeno expansionista de la industria cafetera ocurrido entre 1886 y 1896, y de la subsecuente crisis presentada desde 1896 a 1899²⁷.

Durante el período de expansión del café, la oferta exportadora colombiana sufrió un fuerte incremento pasando de los 220.000 a los 600.000 sacos, haciendo que los precios se elevaran considerablemente²⁸ y convirtiéndolo en uno de los principales renglones de la exportación nacional, a tal punto que para la primera mitad de la década de los 90, el café representaba cerca del 70% del total de las exportaciones del país²⁹. De algún modo, el auge cafetero también contribuyó al éxito de la hegemonía conservadora durante sus primeros años de gobierno y sirvió a muchos de los caudillos liberales, quienes se dedicaron a este negocio después de ser excluidos de la vida pública³⁰.

No obstante, aquella prominente economía no estaba sustentada sobre unas bases sólidas. La falta de una política económica nacional moderna ayudó a profundizar las ya marcadas diferencias entre el gobierno y el grupo de opositores, además de generar serios descontentos entre el grupo de los históricos, todos vinculados al comercio de exportación e importación en el país. Como primera medida la producción de café requería la completa desaparición de la hacienda señorial –herencia del período indiano- para dar paso a un tipo de hacienda comercial que permitiera la consolidación de la clase obrera y el establecimiento de acuerdos laborales entre los dueños de las haciendas

27. Este autor explica que: “El fortalecimiento ideológico y material del partido liberal durante ese periodo, el distanciamiento cada vez mayor entre los nacionalistas gobernantes y un ala disidente del partido conservador que se llamó de los conservadores históricos, la explosividad de las medidas represivas del exclusivismo político de los nacionalistas, el debate centrado sobre las políticas fiscales de la Regeneración y las causas complejas de la Guerra de los Mil Días, son todos fenómenos que sólo pueden explicarse adecuadamente a la luz del impacto político del enorme crecimiento y posterior decadencia de la industria cafetera durante los quince años de la Regeneración”. BERGQUIST, Charles. *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*. Bogotá: Banco de la República, 1999, p. 71.

28. OCAMPO, José Antonio. *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1984, p. 326.

29. BERGQUIST, Charles. *Óp. Cit.* p. 25.

30. FISHER, Thomas. *Antes de la separación de Panamá: La Guerra de los Mil Días, el contexto internacional y el Canal*. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá (1998), No. 25, p. 74.

y sus trabajadores. Este cambio debía estar acompañado de un fuerte compromiso por parte del Estado para garantizar no solamente la producción, sino las vías de comunicación y la infraestructura adecuada para su movilización³¹.

Los elementos citados, base del éxito de la política económica de la regeneración no lograron constituirse como una fuerza consolidada en Colombia, el abrupto y el cambiante paisaje geográfico del país, así como los diferentes de climas en cada uno de sus territorios fueron obstáculos en este empeño. Dos razones aceleraron las desavenencias entre los comerciantes de café y el Gobierno nacional: las sucesivas emisiones de papel moneda³² y el gravamen a las exportaciones de café³³. De un lado, las continuas emisiones de papel moneda no permitían

31. RUBIANO MUÑOZ, Rafael. *Élites, clases y poder político a los 110 años de la Guerra de los Mil Días* [en línea]. En: Diálogos de Derecho y Política, Bogotá (septiembre-diciembre, 2009), Vol. 1, No. 2, pp. 1-30. Disponible vía web << <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/derypol/article/viewFile/3282/3046>>>, p. 13-14.

32. Durante la primera administración de Rafael Núñez se creó el Banco Nacional, que comenzó a operar dentro del esquema de la Banca Libre, es decir, con la capacidad de emitir billetes, respaldados por sus reservas de plata y otro, manejadas con la debida prudencia para garantizar el cambio de billetes por moneda metálica. En 1885 el Gobierno le otorgó al Banco Nacional el monopolio de la emisión de billetes y suspendió de esta función a los bancos privados que otrora habían permitido una ampliación del crédito y el surgimiento de una acumulación de capital de mayor volumen en algunas regiones del país. Esto conllevó a un apuntalamiento en la norma del curso monetario forzoso, convirtiendo en delito la no aceptación por su valor de los billetes emitidos por el Banco Central y desligando, al mismo tiempo, el contenido metálico que decían tener los billetes emitidos por los bancos privados y que aún se encontraban en circulación. Con esta última decisión, el Banco Central se había comprometido a no superar los límites de emisión más allá de los 12 millones de pesos que era entonces el presupuesto público, en realidad esto nunca ocurrió; por el contrario, el Banco Central excedió su emisión de billetes e incluso se llegaron a hacer emisiones clandestinas. Si bien es cierto que los anuncios públicos de emisión contribuyeron a la financiación del déficit del gobierno conservador, no es menos cierto que atentaron contra la creciente estabilidad de los precios y de la propia acumulación privada de capital. KALMANOVITZ, Salomón. *Nueva Historia Económica de Colombia*. Bogotá: Taurus Historia, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2011. Sobre este mismo tema ver también: VALENCIA BARRERA, Gonzalo Alberto. *La Banca Central en Colombia* [en línea]. Bogotá: Banco de la República, 1998, pp. 5-6. Disponible vía web en << www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra097.pdf>>.

33. La Guerra de 1895, aunque fue corta, requirió de cierta inversión en gasto militar. La decisión de Miguel Antonio Caro, al problema de déficit fiscal, fue establecer un gravamen a las exportaciones de café para obtener mayores recursos. POSADA CARBÓ, Eduardo. *La vida política*. En: POSADA CARBÓ, Eduardo. *Colombia. América Latina en la Historia Contemporánea*. Tomo 3. 1880-1930. La apertura al mundo. Bogotá: Taurus, 2013.

unas medias precisas de cambio y de otro, los altos gravámenes impuestos a los productos exportación impedían la obtención de ganancias considerables.

Si se observa con detenimiento, las medidas del gobierno en cuanto la aplicación de un impuesto sobre las exportaciones de café para subsanar los gastos de la Guerra de 1895, estas no solo minaban los intereses económicos de los comerciantes, desde el punto de vista político los liberales pudieron tomarlo como una especie de represalia por su levantamiento contra el Gobierno y una forma de negarles cualquier posibilidad o medio para hacer oposición. La guerra tanto de un lado como del otro, necesitaba de gruesos capitales para llevarse a cabo, si el Gobierno Nacional dejaba sin recursos a sus opositores no habría lugar a la organización de otra revolución. Como quiera que sea, las reclamaciones de los sectores afectados no se hicieron esperar y comenzaron a exigir una moneda fuerte –regreso al patrón oro–, la disminución de las tarifas arancelarias y una estricta vigilancia sobre el endeudamiento externo³⁴.

La caída de los precios del café en el mercado mundial a partir de 1896 y los altos fletes en el transporte tuvo consecuencias importantes para el país. En primer lugar, originó la reducción del dinero circulante necesario para la compra de productos, haciendo que las importaciones decrecieran radicalmente hacia 1899. El Gobierno dejó de percibir dinero por derechos de aduana y por lo tanto, ya no contaba con los recursos suficientes para cumplir con los pagos a su planta de funcionarios, cuyo número había venido creciendo después de la caída del orden federal. Así las cosas, la situación se hacía demasiado difícil, generando mayores críticas por parte de la sociedad al sistema fiscal propuesto por la regeneración³⁵.

En segundo término, la caída de los precios afectó seriamente a los empresarios y caficultores que tampoco lograban obtener ya los capitales adecuados para sufragar los altos costos de los intereses generados por los créditos contraídos en

el extranjero³⁶. De este grupo, aquellos liberales con participación en el negocio se resentieron aún más contra el gobierno, pues este no había dispuesto las medias económicas necesarias en caso de una crisis. Los liberales cuya participación aumentó en el comercio del café después de ser obligados por el Gobierno a retirarse de la vida pública, fueron seriamente afectados en sus intereses económicos dada la pérdida de cuantiosos capitales invertidos en este sector³⁷, pues muchas explotaciones y grandes empresas se fueron a la quiebra y otras tantas, fueron embargadas³⁸.

Santander no fue ajeno a estos eventos. En el departamento, la producción cafetera se había hecho rentable desde 1870, cuando muchos comerciantes se vieron afectados por la quiebra de la industria artesanal³⁹, aunque ciertamente no era la primera vez que el cultivo del café dejaba sus prósperos frutos a la región⁴⁰. Para 1874, el 90% del café producido en el país se cul-

36. Solamente cuando se estableció un comercio estable con los países europeos se generalizó el sistema de letras que caracterizó la segunda mitad del siglo XIX. Este sistema funcionaba de la siguiente manera: el exportador después de hacer sus envíos, giraban letras de cambio sobre sus comisionistas en el exterior hasta por el valor en que estimaba sus exportaciones o el monto del crédito rotatorio previamente acordado: estos documentos se vendían en un mercado libre a los importadores quienes los remitían a Europa para que fueran exigidos a los comisionistas de los exportadores. El sistema incluía tres tipos de crédito comercial: créditos a corto plazo que oscilaban entre 30 y 120 días, en la forma de derechos de giro sobre sus comisionistas en el exterior; los créditos concedidos por las casas comerciales europeas que oscilaban entre 6 y 9 meses y aquellos concedidos por los comerciantes norteamericanos, que eran de corta duración, generalmente entre 60 y 90 días. como dichos giros se hacían por el valor esperado de las ventas, o por montos acordados previamente, la cuantía de los créditos no siempre correspondía con el valor de las mercancías exportadas, que se determinaba solamente en el momento de su realización. OCAMPO, José Antonio. *Óp. Cit.* pp. 175-176.

37. HENDERSON, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965.* Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 55.

38. GARCÍA CHARRI, Eva Sandrín. El café: eje articulador en el desarrollo económico del territorio colombiano a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX [en línea]. *En: Epoke, Barranquilla* (2014), No. 7, p. 42. Disponible vía web en <<http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/sipvua/images/stories/Epoke_7/Epokhe%207%20Articulo%204.pdf>>.

39. ROJAS MEDINA, Iván Camilo. *Inicios del café en Santander.* *En: Revista Innovando, Socorro* (2011), Vol. 2, No. 3, p. 144.

40. La primera oleada en el establecimiento de grandes cafetales en el país fue impulsada por terratenientes de Santander desde 1840. En el norte del departamento, los comerciantes de Cúcuta, que tenían estrechas relaciones con el mercado de Venezuela, siguieron el ejemplo de los productores de aquel país que venían exportando café des-

34. FISHER, Thomas. *Óp. Cit.* p. 77.

35. GONZÁLEZ JÁCOME, Jorge. *Entre la ley y la constitución. Una introducción histórica a la función institucional de la Corte Suprema de Justicia, 1886-1915.* Bogotá: pontificia Universidad Javeriana, 2007, p. 97.



Mulas con carga de exportación. Saúl Mesa Arenas. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo fotográfico de Santander. 12,7x15,0 cm

tivaba en tierras santandereanas, provocando un fenómeno de consolidación económica y de importantes movimientos migratorios al interior del territorio. No obstante, los mayores movimientos de este tipo se dieron en 1886 y 1896, concebido como el período de expansión cafetera en todo el país⁴¹.

Hacia 1888 el número de exportaciones en Santander comenzó a decrecer debido a las fluctuaciones en la divisa por la constante emisión del papel moneda y los altos costos del tránsito por Venezuela a los mercados internacionales, cayendo a un 55% del total nacional. La situación se agravó con el notable descenso de los precios del café en el orden internacional y el agotamiento de los suelos fértiles, producto del tipo de explotación agrícola, que finalmente llevó a la decadencia de las haciendas⁴². En Bucaramanga, los precios de los víveres y artículos de primera necesidad se habían elevado vertiginosamente y por momentos llegaron a ser escasos. A medida que se sucedían todos estos fenómenos, los ciudadanos iban acumulando razones de peso para pensar en unirse a la revolución, especialmente porque en su concepto el Gobierno parecía inerte frente a la crisis económica de la República:

La circulación del papel moneda y el alto precio que en nuestros mercados venían alcanzando las letras sobre el

de 1825 y promovieron haciendas sobre las estribaciones de la Cordillera Oriental. La producción evolucionó con cierta rapidez, porque en los años setenta se exportaron hasta 10000 toneladas, cuando en 1834 prácticamente no figuraban más de 150 toneladas. KALMANOVITZ, Salomón. *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá: Norma, 2003, p. 187.

41. Uno de los ejemplos más claros en este aspecto es de la población de Rionegro. Mientras el crecimiento para todo Santander ascendió al 38% entre el censo nacional de 1870 y el censo santandereano de 1896, el crecimiento de Rionegro superó dramáticamente al de cualquier otro municipio, con un incremento del 352%. Así, de ser un pequeño caserío después de la independencia, Rionegro se había convertido en el segundo municipio más poblado del departamento en 1896, con 17.608 habitantes. Solamente Bucaramanga era más grande, con 20.314 habitantes y un incremento del 80%. JOHNSON, David Church. *Lo que hizo y no hizo el café: los orígenes regionales de la Guerra de los Mil Días*. En: *Revista UIS Humanidades*, (Bucaramanga, 1991), Vol. 20, No. 1, p. 80.

42. CORREA, Juan Santiago. *Café y transporte en Colombia: el ferrocarril de Cúcuta [en línea]*. En: *Revista de Economía Institucional*, Bogotá (2013), Vol. 15, No. 29, p 231. Disponible vía web en <<<http://www.economiainstitucional.com/esp/vinculos/pdf/No29/scorea29.pdf>>>.

exterior, habían afectado, más que en cualquier otra época, los precios, aun de los artículos de primera necesidad para la vida. La fluctuación permanente del billete hacía que los introductores estuvieran practicando día por día nuevos aforos sobre su mercancía, siendo estos cada más elevados (...) motivo por el cual se hacía percibir en la ciudad, como en otras partes, cierto descontento que dejaba entrever una mala situación para el porvenir. La suspensión de algunas operaciones a crédito y el temor de nuevas emisiones por parte del Gobierno, contribuían a dificultar los negocios⁴³.

El monstruo de la regeneración

Ciertamente, el Gobierno de Caro, parecía ser el cuerpo donde se contenían todo los males del país, acaso de la Guerra del 95 y la grave crisis económica del 96 por la caída del precio internacional del café, todavía le venían más problemas por afrontar. Las políticas establecidas por la Regeneración se estaban haciendo cada vez menos soportable tanto para el liberalismo como para un grupo de disidentes conservadores que se separó formalmente del partido a partir de la publicación del manifiesto titulado “Motivos de la Disidencia”, conocido también como “Manifiesto de los 21”, por el número de sus firmantes⁴⁴:

Los revolucionarios liberales habían sido vencidos en los campos de batalla más no por eso tenían paz con el gobierno nacional y nacionalista dirigido por el señor Caro, porque los catones dirigidos por el doctor Carlos Martínez Silva no cesaban un momento de formularle cargos y de acusarlo de todo lo imaginable. En enero de 1896 publicaron veintidós caballeros del llamado historicismo un largo escrito elaborado por el doctor Martínez Silva, y que es conocido con el nombre de manifiesto de los 21, en que no le dejaban

43. GARCÍA, José Joaquín. Óp. Cit. pp. 777-778.

44. AGUILERA PEÑA, Mario. Un designado reemplaza al vicepresidente: Cien años del gobierno de los cinco días [en línea]. En: Credencial de Historia, Bogotá (1 de octubre de 1996), No. 82. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32908>>>.

hueso sano al gobierno, a quien incriminaban de todo lo habido y por haber⁴⁵

En el expresado documento, la disidencia conservadora lanzaba fuertes críticas contra el Gobierno de la Regeneración acusándolo de sobrepasar los límites en su fin de reformar y reaccionar contra la Constitución de 1863. Las normas establecidas por la Carta de 1886, provistas de un sistema extremadamente autoritario, resultaron ser en la práctica un elemento amenazante para las libertades civiles de los liberales e incluso las de los propios conservadores. No siendo suficiente, el sistema centralizado dio lugar a episodios de corrupción, nocivos para los intereses políticos y económicos del Estado; y el continuo aumento del pie de fuerza de la Guardia Nacional del Ejército era símbolo del deterioro del erario público⁴⁶.

Las obras públicas para fortalecer el desarrollo de la nación tampoco se hacían visibles y eran obstaculizadas por la corrupta administración. El sistema electoral no era tampoco el más beneficioso y acorde con los ideales de democracia de la época, aunque la Constitución del 86 reconocía una participación unitaria y directa, el sistema se habían encargado de negar toda posibilidad a los liberales, quienes siendo mayoría en el país, en los últimos años solo habían alcanzado a poner uno de sus miembros en el Congreso⁴⁷. Los sinsabores provocados por las políticas económicas adoptadas por la administración, fueron agudizando las contiendas electorales, las coaliciones y los complots, así como las alianzas políticas quebradizas; sin duda un conjunto de situaciones que se fueron entretejiendo para que finalmente estallaran las hostilidades durante la campaña electoral de 1898.

Para la elecciones presidenciales de 1898 se presentaron como candidatos del lado de los liberales Miguel Samper Agudelo y Foción Soto, apoyados por los conservadores históricos

45. GARCÍA, José Joaquín. Óp. Cit. p. 640.

46. DURÁN SÁNCHEZ, Carlos Alberto. ¿Orden impuesto o libertad confiscada? La imposición de leyes de prensa en la regeneración (1886-1898) [en línea]. Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2009, p. 428 y 429. Disponible vía web en <<<http://repositorio.uis.edu.co/jspui/bitstream/123456789/9851/2/131357.pdf>>>.

47. *Ibíd.* p. 430.



Mosaico del Partido Conservador (1896). Saúl Meza Arenas. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo Fotográfico de Santander.

quienes optaron por unirse a este grupo ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo sobre la candidatura del General Rafael Reyes; mientras que los nacionalistas, ante la negativa de Caro para ser reelegido, fijaron sus esperanzas en la candidatura de Manuel Sanclemente y José Manuel Marroquín⁴⁸. Como las anteriores, estas no serían unas elecciones menos controvertidas. En las elecciones para escoger a los representantes de las Asambleas departamentales, quienes a su vez tenían el encargo de escoger a los Senadores, en quienes finalmente quedaba la obligación de elegir al Presidente, los liberales tuvieron una escasa, por no decir nula participación. En adelante no era necesario cavilar demasiado para darse cuenta cuáles serían los resultados posteriores, aquello como decía Aquileo Parra a sus copartidarios del Partido Liberal, fue “el fraude electoral más inaudito que registran los anales del país”⁴⁹.

Así llegaban al poder Manuel Antonio Sanclemente y José Manuel Marroquín, ambos hombres de avanzada edad y con poca experiencia en el arte de gobernar. Como vicepresidente Marroquín debía actuar a la sombra de Sanclemente, pero los achaques propios de la edad que aquejaban a este último, cedieron terreno en el Gobierno al primero. El recién electo Presidente Sanclemente estaba impedido para asumir el mando y Marroquín fue llamado a reemplazarlo en sus funciones presidenciales. A su llegada al poder, el Presidente encargado tomó varias decisiones que fueron aplaudidas tanto por liberales como históricos, y rechazadas por los nacionalistas quienes se sintieron defraudados: abolición del impuesto del café, devolución de garantías políticas a los liberales, eliminación de las medidas que privaban de derechos civiles a algunos liberales y restablecimiento de la libertad de prensa, entre otros⁵⁰.

48. SANTOS MOLANO, Enrique. La Guerra de los Mil Días [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (2004), No. 173. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo2004/guerra.htm>>>.

49. PARRA, Aquileo. Manifiesto que el director del partido liberal dirige a sus copartidarios (Bogotá, 15 de febrero de 1898) [en línea]. En: Biblioteca Luis Ángel Arango (en adelante BLAA), Fondo Libros raros y manuscritos, Sección Hojas Sueltas Independientes, Impreso en la litografía de Samper Matíz. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/cienciapolitica/manifiesto-que-el-director-del-partido-liberal-dirige-a-sus-copartidarios-15-de-febrero-de-1898>>>.

50. HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gó-



Manuel Antonio Sanclemente.
OCAMPO LÓPEZ, Javier.
Manuel Antonio Sanclemente.
Ficha bibliográfica. Biblioteca
virtual Luis Ángel Arango.



José Manuel Marroquín. En
la época de “El Mosaico”. En:
Cromos. Citado por GONZÁLEZ
DÍAZ, Andrés. Ministros del
siglo XX. Bogotá: Imprenta
Nacional, 1982.

Ante las nuevas medidas adoptadas, de manera inmediata el expresidente Caro y los miembros del nacionalismo en pleno, exigieron el regreso de Sanclemente a la capital para tomar posesión de su cargo y restablecer el orden que parecía estarse perdiendo por las ocurrencias del Vicepresidente. Con Sanclemente de vuelta en Bogotá regresaron los postulados económicos y la intransigencia política, propias de la Regeneración. Ahora, los liberales tildaban al Gobierno de Sanclemente de ser un “desgobierno” y para finales de 1898 la confusión reinaba, incluso algunos conservadores hablan de una revolución que se estaba fraguando⁵¹. Por algunos meses o mejor dicho, mientras fueron gloriosos los días de Marroquín, los bríos de los liberales parecían estar en calma, pero “el monstruo de la regeneración”, como apodaban al régimen de Sanclemente, estaba de regreso⁵².

mez 1889-1965. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 57-58.

51. SANTOS MOLANO, Enrique. Óp. Cit.

52. En medio de las restricciones a la libertad de prensa en el país algunos periódicos liberales, aunque en emisiones muy cortas, se dedicaron a hacer oposición al régimen conservador desde las letras pero también desde la caricatura, con la que podían satirizar a diversos personajes de la vida pública. Entre estos diarios, “El Mago” se destacó por sus comentarios y desafíos al gobierno, su objetivo durante su segunda etapa iniciada el 4 de diciembre de 1897 era claro: caricaturas-crítica-política, bajo la redacción de Juan Ignacio Gálves y como dibujante Darío Gaitán y un grabador de apellido Talero. Una de las caricaturas más fuertes que apareció en “El Mago” fue “El Monstruo de la Regeneración”, sacada a luz pública el 27 de marzo de 1898, a través de la cual se hizo una fuerte crítica al Gobierno, comparándolo con un monstruo. El grabado mostraba una figura antropomorfa constituida por el cuerpo de un dragón y la cabeza de Sanclemente, de cuyo pecho pendían las cabezas de Marroquín (la tragedia) y otra no identifica (la comedia). El monstruo sostenía una cuerda de la que pende ahorcada una mujer, Colombia. Núñez y otros personajes se encuentran impresos en su cuerpo a manera de escamas. Un enjambre de abejas —la policía secreta— sigue al monstruo que está colocado sobre un sarcófago que contiene cuatro lápidas. En la primera: Amador, Gaitán Obeso, Felipe Pérez, César Contó, J. Vergara, Cuartas, Prestan y... en la segunda se encuentran Fidel Cano, Uribe Uribe, Ruiz, Robles, Poción Soto, Santiago Pérez. La tercera: N. Esguerra, Lleras, Camargo, Rudas, Parra, Sarmiento, Garcés, Camacho Roldán, y la cuarta, el pueblo y sus derechos. Acompañada de un texto que decía: ¡Oh Monstruo! cruel engendro de horrible despotismo/ Que ostentas desgredada cabeza de Bacante/ Con cuerpo de serpiente y llevas al abismo/ Colgada de tus garras la patria agonizante. ¡Oh Monstruo! aunque tus moscas (secretos policías)/ Ayuden a que sacies groseros apetitos/ El cielo ya ha fijado el término a tus días/ Y al fin caerás al poso de todos tus delitos. GONZÁLEZ, Beatriz. Gráfica crítica entre 1886 y 1900 [en línea]. En: SIERRA MEJÍA, Rubén (Edit.). Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 297-311. Disponible vía web en <<http://

Los guerreristas se ponen en marcha

Si el nacionalismo había visto peligrar sus intereses a causa de las políticas adoptadas por Marroquín, al interior del Partido Liberal las cosas no iban mejor. En 1897 la casa de Uldarico y Avelino Roza sirvió como sede de la Convención del Partido Liberal, aunque en aquella reunión se logró estructurar y adoptar un proyecto político, los enfrentamientos entre pacifistas y guerreristas no se hicieron esperar⁵³. Los primeros encabezados por el propio director único del partido, don Aquileo Parra, Santiago Pérez, Sergio Camargo y Santos Acosta; los segundos dirigidos por Gabriel Vargas Santos, Justo Leonidas Durán, Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera⁵⁴.

Parra, aunque opuesto a las políticas de la regeneración, siempre se mostró en desacuerdo con el hecho de la guerra. Ya en 1885 habían intentado frenar las ambiciones de sus copartidarios, sin conseguir nada y queriendo evitar la guerra, que sabía se avecinaba, ahora realizaba diferentes gestiones frente al Gobierno tratando de conseguir alguna opción pacífica para poder zanjar las diferencias entre este y su partido. Los guerreristas opinaban que Parra y los seguidores de sus ideas, eran un grupo de ingenuos, creyentes de los engaños del Gobierno que buscaba apaciguar los ánimos de los liberales sin soltar prenda alguna⁵⁵. Para estos hombres los regeneradores tratase de quien se tratase no iban a ceder ante las propuestas de reformar la Constitución del 86.

Qué más se podía esperar de un régimen que los había agobiado durante varios años. Como el mismo Lucas Caballero sugiere, los más gloriosos hombres del partido habían sido enviados



El monstruo "La regeneración". Darío Gaitán. En: Biblioteca Luis Ángel Arango. El Mago, caricaturas-crítica-política, segunda época, Bogotá [marzo 27 de 1898], No. 16.

www.bdigital.unal.edu.co/1493/13/12CAPI11.pdf>>.

53. LLANO ISAZA, Rodrigo. Efemérides liberales y anecdotario político [en línea]. Bogotá: Partido Liberal Colombiano, 2010, p. 87. Disponible vía web en <<<http://www.partidoliberalcolombiano.info/formatos/libros/efemeridesliberales.pdf>>>.

54. LLANO ISAZA, Rodrigo. Historia resumida del Partido Liberal Colombiano [en línea]. Bogotá: Partido Liberal Colombiano, 2009, p. 51. Disponible vía web en <<<https://www.partidoliberal.org.co/userfiles/file/historiaresumidadelplc.pdf>>>.

55. MELO, Jorge Orlando. Don Aquileo Parra y la trágica historia del radicalismo [en línea]. En: REYNA, María Soledad. Barichara: 300 años de Historia. Bogotá: Letrarte, 2005. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/aquileo.htm>>>.

al destierro⁵⁶, sus periódicos fueron suspendidos y multados, y los directores responsables de su publicación eran conducidos a prisión por atreverse a escribir cualquier crítica, aunque se tratara de cubrir con “gentiles eufemismos”. Durante las dos elecciones a la legislatura tan solo un liberal había llegado a la Cámara; el Gobierno disponía a su antojo de sus bienes, impuestos y libertades. Sin poder contar con un vocero que los representara, en definitiva, “no había una sola voz liberal en senado, asambleas, concejos municipales, poder judicial ni poder electoral”⁵⁷.

Bajo esas circunstancias era pues natural que la revolución se presentara como única opción para salir de aquella encrucijada, de todos modos este siempre había sido el empeño de distintas generaciones. Pese al fracaso obtenido por parte de la revolución en 1895, los liberales no habían desistido de ella, muy por el contrario desde el mismo momento en que se puso fin a la guerra, habían emprendido sus trabajos para mejorar su organización y ejecutar un próximo golpe certero. Mientras el General Reyes y su Ejército desfilaban bajo el arco del triunfo dispuesto por el Gobierno para su entrada triunfal en la capital, en la casa de Eustacio de la Torre Narváez la plana mayor del liberalismo se reunía con miras a organizar un movimiento revolucionario mejor preparado⁵⁸.

Quienes estaban allí coincidían en la idea de crear un organismo de combate con un plan ofensivo definido y provisto de material de guerra suficiente para asegurar el éxito de la campaña. A partir de ese momento, comenzaron a crearse cuerpos directivos en distintas regiones del país a fin de recaudar fondos y acrecentar los adeptos a la causa, se enviaron distintas misiones a los países vecinos para facilitar el paso de armamento por las distintas fronteras y garantizar el reconocimiento del



Mosaico del Partido Liberal (1896). Saúl Meza Arenas. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo fotográfico de Santander. 3,8x3,5 cm

56. Algunos de ellos fueron: Felipe Pérez, Daniel Aldana (quien pagó con 10 años de exilio su pecado de nuñismo pasajero) y Siervo Sarmiento, agreguémosle a Santiago Pérez (París), Sergio Camargo (Venezuela), José María Vargas Vila (Barcelona), Foción Soto (Maracaibo), “El Indio” Juan de Dios Uribe (Quito), Modesto Garcés y César Conto (Guatemala), Zenón Figueredo (Argentina), Nicolás Esguerra (Venezuela), Manuel Uribe Velásquez (poeta amalfitano, en Estados Unidos). LLANO ISAZA, Rodrigo. Efe-mérides. Óp. Cit. p. 29.

57. CABALLERO, Lucas. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Bogotá: s.e., 1938, pp. 27-28.

58. *Ibíd.* p. 32.

movimiento como beligerante una vez emprendidas las acciones, igualmente se enviaron fondos a países a quienes compartían la misma causa para gestionar la compra de armamento. Todo esto basado en el siguiente concepto: “una guerra ofensiva no tiene perspectivas de éxito sino en cuanto se desarrolle sobre perfecta unidad de plan y de acción, con elementos bélicos suficientes y con apreciación clarividente de las fuerzas y circunstancias del enemigo con quien se va a luchar⁵⁹.”

La situación del país y del partido era cada vez más crítica. En 1898 los defensores de la revolución convocaron nuevas juntas entre las cuales cabe mencionar la realizada en Zipaquirá, donde estuvieron presentes Foción Soto, Rafael Uribe Uribe, Agustín y Ramón Neira, Cenón Figueredo, Juan McAllister y Paulo E. Villar, entre otros. Al iniciar el siguiente año, la ocurrencia de una nueva guerra era cada vez más probable y durante el mes de febrero se organizó un segundo encuentro de los liberales, esta vez en Bucaramanga, a favor de la revolución. Durante aquel encuentro comenzaron a divisarse los nombres de quienes posteriormente encabezarían el movimiento en Santander: Paulo E. Villar, José María Ruíz, Marco A. Wilches, Rodolfo Rueda, Cenón Figueredo, José María Philips, Rogerio López, Justo L. Durán, Eduardo Pradilla Frasser, Juan Francisco Gómez Pinzón y Francisco Albornoz⁶⁰.

Ese mismo año, las discordias entre pacifistas y guerreristas llegaron al límite. El General Uribe Uribe aprovechando su participación en el periódico El Autonomista⁶¹, escribió una

59. *Ibíd.* pp. 33-35.

60. MARTINEZ CARREÑO, Aída. *La Guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas*. Bogotá: Planeta, 1999, p. 33.

61. Este periódico salió a la luz pública el 20 de septiembre de 1898, su director fue el señor Alejandro Rodríguez F., y los señores Maximilano Grillo y Ricardo Tirado Macías fueron los redactores. Se caracterizó por publicar los debates que los liberales, especialmente el señor Rafael Uribe Uribe, dieron ante el Congreso de la República. Aunque inicialmente no apareció como redactor, directo o miembro de El Autonomista, es claro que él era uno de sus integrantes, solo hasta marzo de 1899 aparece como su director, pero sus enemigos políticos desde antes de que asumiera el cargo le recriminaban a El Autonomista ser la tribuna desde donde Uribe Uribe manifestaba sus opiniones y quejas. PÉREZ ROBLES, Shirley Tatiana. *Tinta roja: el periodismo liberal en Bogotá, 1890-1900* [en línea]. *En: Revista Memoria y Sociedad, Medellín* (2014), Vol. 18, No. 36, p. 56-57. Disponible vía web en <<<http://132.248.9.34/hevila/Memoriaysociedad/2014/vol18/no36/2.pdf>>>.



Justo L. Durán. Biblioteca Luis Ángel Arango



Rafael Uribe Uribe (1915). González y Cía. Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo González y Cía.

serie de artículos llamando a reorganizar el Partido Liberal y a reflexionar sobre sus destinos, proponiendo la realización de una consulta indirecta para la escogencia de los delegados; una propuesta que a todas luces tenía como propósito cambiar al director del partido. Parra terminó cediendo a las presiones de Uribe Uribe y el grupo de guerreristas, renunciando a continuar dirigiendo los destinos del Partido Liberal⁶².

La dirección del partido fue ofrecida a varios de sus miembros entre ellos a los Generales Sergio Camargo y Siervo Sarmiento, quienes declinaron la oferta. Mientras se tomaba una decisión al respecto se nombró una junta provisional y se organizaron juntas liberales en los diferentes municipios del país a objeto de escoger los delegados provinciales que participarían en el Directorio Nacional y un director en cada uno de los departamentos. Para el mes de mayo, el periódico “El Liberal” en Bucaramanga anunciaba las candidaturas de Gabriel Vargas Santos como director nacional y Paulo E. Villar como director departamental. De igual modo se informaba acerca de la creación de Juntas liberales en Bucaramanga, Rionegro, Girón, Soto, Guanentá, el Socorro, Galán, Vélez, Charalá, Ocaña, Pamplona y García Rovira, así como la formación de algunos clubes en Lebrija, Florida y Tona⁶³.

62. En una Circular enviada por Parra sobre la propuesta de Uribe Uribe, escribió lo siguiente: “En cabeza del partido, ataca a su dirección porque llamó a las urnas a los liberales, sin recordar que este punto fue resuelto por la Convención de 1897; porque consintió en que los electores concurrieran a las asambleas, sin advertir que así lo resolvió el Consejo Consultivo para evitar persecuciones a los electores liberales, quienes estaban en el deber de ir a votar bajo responsabilidad penal. La ataca porque no llamó a las armas a sus copartidarios al terminar la farsa electoral, sin parar mientes en que no existían esas armas, y la ataca porque no hizo evolución, sin contar con que para ello se necesitaba el concurso de dos voluntades, y nunca hubo sino una sola, y que lo que se llamó ‘Evolución Cyro’, no pasaba de ser una simple abdicación”. MORALES BENÍTEZ, Otto. Sanclemente, Marroquín, el liberalismo Panamá [en línea]. Bogotá: Stamoto Editores, 1998. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/sancle/inicio.htm>>>.

63. MARTINEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. pp. 37-38.

. 3 .

Planes para una revolución

¿Dónde iniciará la Guerra?

Los liberales decidieron acometer su empresa revolucionaria y levantarse contra el Gobierno regenerador. Ahora, era necesario pensar en un territorio donde resultara conveniente para el partido llevar a cabo los primeros ataques y para ello, Santander resultaba ser una buena plaza, dentro del panorama nacional. Cabe recordar que en 1857 los radicales también habían escogido esta región para su experimento utópico a causa de su oposición tradicional a Bogotá desde la época de los Comuneros y de la naturaleza de la sociedad y economía santandereana. Como se mencionaba en otro apartado de este trabajo, las tierras santandereanas también fueron bastión del liberalismo durante las Guerras de 1885 y 1895⁶⁴.

De la misma forma, Santander tenía una posición geoestratégica conveniente para los fines de la revolución. Su localización

64. JOHNSON, David Church. Santander Siglo XIX. Cambios socioeconómicos. Bogotá: Banco de la República, 1984, pp. 36-41.

cercana a Boyacá permitiría un desplazamiento rápido de las tropas hacia la capital y los límites con Venezuela al norte, el río Magdalena por el sur y los llanos hacia el oriente, favorecerían la entrada del armamento a través de las fronteras y de los puertos sobre el gran río⁶⁵. Agréguese a esto que desde finales de la segunda mitad del siglo XIX y hasta 1885 el radicalismo liberal había mantenido allí el monopolio del poder político, aunque en los años posteriores fueron reemplazados por la hegemonía conservadora: en las últimas décadas de esta centuria, todos los empleos públicos de Santander fueron ocupados por funcionarios partidarios de la regeneración⁶⁶.

El territorio santandereano resultaba muy atractivo para los revolucionarios por las razones ya expuestas y lo era aún más Bucaramanga, que en 1886 se había convertido en la capital del departamento por decreto del 24 de marzo. En los siguientes años la ciudad había experimentado una gran evolución disponiéndose la construcción de distintos parques en diferentes puntos y edificaciones incluyendo el Hospital, la Plaza de Mercado y dos cementerios; se instalaron almacenes de renombre como las sombrererías de Guillermo C. Jones y Lorenzo Méndez; se fundaron dos escuelas normales, la Escuela de Artes y Oficios, y la Escuela Modelo; se estableció el servicio de teléfono; se fundó en la Florida la fábrica de cerveza Clausen, propiedad de C. P. Clausen; y se instaló el alumbrado eléctrico en toda la ciudad, así como la luz incandescentes para el alumbrado de las casas particulares⁶⁷.

65. Esta última circunstancia se torna comprensible si tenemos en cuenta que en Venezuela se había operado la revolución castrista, en la que muchos liberales colombianos habían cooperado eficazmente a ella, y porque se contaba con la reciprocidad del general Castro. Además, en Bucaramanga, había un razonable depósito de fusiles, unos ocho mil de aquellos. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 644.

66. Aunque habían perdido su hegemonía, los liberales no desaparecieron como fuerza política, su impronta en el departamento se mantuvo y pronto se constituyeron en uno de los pilares fundamentales del alzamiento con el cual se pretendía derribar el exclusivismo conservador en su región. Esa situación es confirmada por Carlos Martínez Silva cuando dice que “en ningún departamento ha sido más activa o más escandalosa la intervención oficial que en Santander”. MARTÍNEZ SILVA, Carlos. Capítulos de Historia Política. Tomo III. Bogotá: Osprey Impresores, 1973.

67. GARCÍA, José Joaquín. Óp. Cit. pp. 669-743.

Pactar la fecha: esperar o atacar

Agotadas las demás instancias, la casi totalidad de los liberales estaba acorde en que no quedaba otro camino diferente al de la guerra; sin embargo, existían ciertas dificultades entre los miembros del partido para ponerse de acuerdo acerca de la oportunidad, el plan y los jefes al mando de las operaciones⁶⁸. Además de ello, otra de las cuestiones claras para el partido era que todos los alzamientos debían llevarse a cabo el mismo día en aquellos lugares afectos a la causa liberal. Al ocupar las tropas gubernamentales en distintos puntos del territorio, se evitaría su concentración en Santander, punto donde debía reunirse el mayor componente del Ejército revolucionario para su organización⁶⁹.

Los problemas para pactar una fecha tenían su origen en Santander, donde la paciencia de sus dirigentes era cada vez menos y la premura del levantamiento aumentaba con los días. El doctor Paulo E. Villar, quien se había hecho con la dirección departamental del partido, gozaba de extensas simpatías entre la población por su conocido talento como médico, su entusiasmo liberal y cierta firmeza de carácter. A los ojos de la juventud de liberales santandereanos él encarnaba el sujeto ideal para dar rienda suelta a los ardores bélicos que ya no cabían en sus corazones. Villar había propuesto el 20 de octubre como fecha definitiva para iniciar la guerra, quizá a diferencia suya el grueso de los liberales sabía muy bien que aquella fecha era demasiado prematura, sobretodo porque no se contaba con los elementos necesarios para embarcarse en semejante empresa.

Muy a pesar de la opinión de los demás miembros del partido, Villar se encaminó hacia la guerra, pues creía que el solo vigor de los santandereanos bastaría para derrocar la Regeneración. Una buena cantidad ellos aguardaban el momento oportuno para levantar las armas en contra del gobierno y esto último era solo un decir, porque en realidad y como quedará expresado

68. VESGA Y ÁVILA, José María. La guerra de tres años. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1914, p. 86.

69. FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Campaña en Santander (1899-1900). Guerra de Montaña. Bogotá: s.f., s.e. pp. 36-37.

más adelante, los motivos y el impulso eran demasiados, pero las armas no eran suficientes para enfrentarse a una fuerza bien organizada y bien equipada, como lo era en ese momento el Ejército gubernamental. No habría de aguardarse mucho para darse cuenta que en la guerra la moral de las tropas, aunque necesaria e indispensable, no eran cosa suficiente para sostener un combate y obtener la victoria frente al enemigo.

Villar eligió la provincia de Soto como foco principal del levantamiento, el 20 de octubre debían tener lugar allí los principales pronunciamientos y luego extenderse a lo largo del territorio. Los revolucionarios del norte del departamento que debían de ponerse a las órdenes del General Herrera, habrían de reunirse el 19 de octubre de 1900 en las cercanías de Chinácota para asaltar el cuartel de dicha población y apoderarse de las armas; mientras que el General Juan Francisco Gómez Pinzón encabezaría el movimiento revolucionario en el Socorro, atacando la guarnición del Gobierno en dicha ciudad, la cual constaba de cien hombres al mando del Capitán San Miguel⁷⁰.

A inicios de octubre el Directorio Liberal conociendo de las intenciones del doctor Villar y de sus órdenes impartidas, comisionó a algunos de sus miembros con la tarea de hacerlo desistir de la idea, arduo trabajo sería aquel y con muy pocos resultados. La preocupación más grande del directorio estaba centrada en el conocimiento que tenía el Gobierno Nacional sobre los movimientos en Santander, los cuales podían dar al traste y acabar en un santiamén con largos años de trabajo y esfuerzo. Siendo consciente de ello, el General Uribe Uribe acordó con los Generales Figueredo, Wilches y Neira dirigir un telegrama al doctor Villar invitándolo a desistir de sus intenciones, la comunicación llegó el 2 de octubre a su destino con permiso del Gobierno, pero ninguna respuesta positiva se obtuvo⁷¹.

El director del liberalismo santandereano se mantuvo firme en su posición, argumentando la imposibilidad de suspender el pronunciamiento por la gran cantidad de personas comprometidas en él y lo peligroso que resultaba para la causa nacional y los involucrados en ella hacer transmitir a través del telégrafo

una contraorden, pues prácticamente los exponía a una detención inmediata. El mismo Villar expuso sus razones en una carta dirigida al General Benjamín Herrera:

(...) Créame usted General no es un capricho lo que me impulsa a insistir en el movimiento para el 20; es una necesidad imperiosa; el General Sarmiento ha debido embarcarse ya con la expedición; la fecha está imperativamente transmitida aún a Panamá, y aquí mismo, aunque yo quisiera, no podría evitar ya un levantamiento. Crea también que los señores de Bogotá no quieren ni han querido nunca la guerra...si demoramos esto, el resultado seguro va a ser que nos amarran a todos y en lugar de coordinar mejor las cosas, las imposibilitamos por completo...creo que en el camino en que estamos, nuestro deber es no retroceder un paso, pues eso sí sería truncar la revolución, que, pese a los pacíficos, es eminentemente popular y estallará en todo el país⁷²

Tal parecía que don Paulo E. Villar, se había tomado muy en serio las palabras que en broma el doctor Carlos Enciso había pronunciado en medio de una reunión de revolucionarios donde manifestó que no habían motivos para esperar elementos bélicos del exterior, pues en las revoluciones, con sorpresa de los actores, surgían rifles como típles en las fiestas de los pueblos. El 17 de octubre, un comisionado enviado por los Generales Benjamín Herrera, Benito Hernández y Rafael Leal, llegó a Bogotá para comunicar a los miembros del directorio que el director departamental en Santander había ordenado pronunciarse el 20 de octubre⁷³.

Según las cuentas de los distinguidos Generales, sus tropas contaban con sesenta rifles que los revolucionarios de Venezuela habían recogido para su empresa los pocos elementos dispersos y escondidos en el norte de Santander; indistintamente de ello, se negaban a aplazar el movimiento y harían por su causa cuanto les fuera posible. Este hecho, se convertiría en el común denominador de las fuerzas liberales, pues durante la guerra las

70. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. pp. 91-92.

71. MARTINEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. p. 87.

72. *Ibíd.* p. 44.

73. CABALLERO, Lucas. Óp. Cit. p. 39.

armas brillarían por su ausencia del lado revolucionario, convirtiéndose en uno de las principales causas de su épico fracaso.

Quebrantando la disciplina del partido, Villar desató la guerra sin los preparativos necesarios para semejante empresa. Su insistencia superó toda consideración de grandes hombres experimentados en los asuntos de la guerra, quienes habían intentado por todos los medios persuadirlo de su objetivo. Ahora la revolución era un hecho y la decisión para desistir de unos pocos, arrastró al resto a lo que terminó siendo la “crónica de una muerte anunciada”. Tratando de señalar a los culpables de tan desventurado resultado, el General Vargas Santos dijo en su momento:

Responsable no soy de que el país se hubiera lanzado a la guerra sin organización militar y sin plan alguno general. El partido sabe de sobra los desgraciados acontecimientos de octubre de 1899; sobrevivientes están los principales actores de ese tremendo acto de indisciplina que ha dado lugar a uno de los episodios más sangrientos de nuestra vida civil. En mis labores agrícolas me hallaba cuando se me comunicó la elección de Jefe del partido; y aunque conocía lo que pasaba en el seno de nuestra comunidad abrigué la vana esperanza de que mi intervención calmara los ánimos⁷⁴.

El Batallón Rifles en la mira del primer ataque

Escogido el sitio donde debía estallar la revolución, los liberales comenzaron a fraguar el primer ataque. Dado el escaso número de armamento con el que contaban, para los liberales santandereanos era imprescindible hacerse con el mayor número de armas que pudieran conseguir, sin importar su proveniencia. Según sus propios cálculos el Batallón Rifles, acantonado en la ciudad de Bucaramanga, contaba por lo menos con 8000 armas, que resultaban ser de mucha utilidad para la campaña bélica a punto de iniciarse. El primer ataque donde debían estrenarse los revolucionarios sería al lugar donde se

alojaba el mencionado Batallón para luego proceder a hurtar las armas. El relato de Bernardo Rodríguez sobre el planeamiento de este ataque es único porque describió detalladamente cómo se llevó a cabo⁷⁵.

Pasaban ya los últimos días de agosto y un encuentro en la Calle Real de Bucaramanga con Juan Ogliastri y Alejandro Parra, condujo a Rodríguez a la casa de Villar. “La inocua opresión desatada por los godos de todo el país, ha obligado a la Dirección Nacional del partido, a lanzarse a la guerra para ver si nos libramos del oprobioso yugo que pesa cada vez más sobre el liberalismo nacional”, le decía el Jefe Departamental a su invitado. Por ello, era menester tomarse el Batallón Rifles, bajo cuya custodia estaba una gran cantidad de armamento con el cual podía suplir sus escasos recursos. En las juntas llevadas a cabo para planear el alzamiento se había tomado la decisión de bombardear el cuartel la misma noche del pronunciamiento.

Lo que requería Villar de Rodríguez era la fabricación de las bombas, para lo cual ya se habían conseguido algunos materiales y el local donde se procedería a su realización. Por aquella época, el doctor Jaboc D’Costa Gómez, allegado a la causa revolucionaria, tenía su negocio de dentistería situado en una casa de la calle 6ª entre carreras 9ª y 10ª. Los cuartos ubicados frente a la calle servían de recibidor para los pacientes, en otro cuarto estaba ubicado el consultorio, pero el resto del interior de la vivienda estaba completamente desocupado. D’Costa demostrando el compromiso con sus copartidarios no solo proporcionó el lugar sino los materiales para construir las bombas:

(...) me prestó la dinamita, fulminantes y número considerable de tarros de hierro, que medían unos doce o quince centímetros de alto por un diámetro de ocho a diez; igual número de resortes, que una vez cargada la bomba, ese resorte era sostenido por una tacita de yeso, de tal manera que al tirar la bomba y chocar en tierra u otro elemento duro, la tacita se rompía y el resorte, bajando con fuerza

74. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 85.

75. En adelante la información referencias corresponde a: RODRÍGUEZ, Bernardo. Mis campañas. Historia de las guerras civiles 1885-1902. Bucaramanga: s.e., 1934, pp. 68-77.

chocaba contra el fulminante y producía la explosión. Los tarros iban tapados por un extremo; dentro, en el centro, llevaban una especie de tubo también de hierro, donde iba colocado el fulminante; entre ese tubo y la pared del tarro, quedaba un espacio el cual era llenado con dinamita y proyectiles; una vez ejecutado ese trabajo, se colocaba la otra tapa atornillada que soportaba la tacita de yeso ya dicha, sobre la cual descansaba el resorte.

Terminada la fabricación de las bombas, el director departamental encargó a unas comisiones la ejecución del bombardeo; específicamente para el cuartel del Batallón Rifles fueron designados los señores Alejandro Parra, Juan de Jesús Ogliastri, Arturo Valenzuela y Francisco Ruiz. Bernardo Bermúdez, por tener más experiencia que el resto en el manejo del material explosivo, fue nombrado como jefe del ataque al cuartel; él debía organizar y disponer todo lo necesario para el éxito de la operación. Así dispuso que los señores Alejandro Parra, Arturo Valenzuela y Víctor M. Cadena, acompañados por Gustavo Buenahora, Alfredo Grillo, Pedro Antonio Rodríguez, Hermógenes Silva, Celso Rodríguez, Pedro Aguilar y Rufino Arciniegas, atacaran la puerta principal del cuartel, ubicada en la calle 5^a, entre carreras 15 y 16.

La otra escuadra compuesta por Francisco Ruíz y Juan de Jesús Ogliastri, Esteban Álvarez, Pedro Noguera, Miguel E. Navarro, Pedro y Nepomuceno Argüello, Francisco Navarro, Jesús Antonio Rincón y 35 macheteros, atacarían desde el interior, atravesando los solares del lugar. El cuadro dirigido por Rodríguez, lo conformarían Abelardo Sierra, Pablo E. Villamizar; José Ángel Martínez y Carlos González Mutis. Además, cada grupo contaría con un cuadro de bombarderos, cuyos explosivos debían ser lanzados sobre el Batallón para sembrar pánico entre las tropas y así, poderse apoderar más fácilmente del armamento que allí se ocultaba. Como se verá más adelante, los preparativos fueron en vano pues dicho ataque jamás se llevó a término.

Hombres de pocas armas y en busca de ellas

Los liberales, se podría decir, eran hombres de pocas armas y más bien, en busca de ellas. Abierta la posibilidad de una guerra, desde los primeros meses de 1899 los liberales organizados en Bucaramanga y en otros lugares del departamento de Santander comenzaron a hacer las gestiones necesarias para la consecución del mayor número de armas posible. Como si se tratara de una obra benéfica o de una colecta pública cada uno iba sacando de su casa las armas y los elementos bélicos que poseía; cada quien desenterraba los restos y desempolvaba los rezagos olvidados de las guerras anteriores, mientras que otros, como Bernardo Rodríguez, se echaban la mano al bolsillo y se lanzaban a la compra de armas y municiones para contribuir con la causa⁷⁶.

En Zapatoca, por ejemplo, Eduardo Rueda Rueda contaba como los fusiles Gras, Máuser y Remington eran exhumados de entierros de más de veinte años, deslustrados por el orín, el coque y la polilla; amalias y chopos de percusión usados en la Guerra Magna, carabinas, escopetas de fisto o chimenea, canillones, trabucos, revólveres de fuego circular o vertical, pistolas,

76. Esta última mención llama la atención y aunque no es tema de discusión en este trabajo, pues se necesita un seguimiento más específico del tema, el dato se hace interesante por cuanto sugiere que en los meses previos a la guerra pudo haberse desarrollado en Santander un mercado irregular sobre la compra y venta de armas y municiones. En su relato, Bernardo Rodríguez señala que compró algunas armas y munición, sin hacer específico su tipicidad, en los campos de Rionegro. Ello, deja muy claro que en aquel municipio algunas personas estaban aprovechando la necesidad de armas para lucrarse, contrario a lo que se podría pensar no todos estaban interesados en hacer obras de caridad con la revolución, si sacaron y desempolvaron el material de guerra utilizado en otros tiempos fue para ponerlo a la venta. Cabe preguntarse si el interés de obtener algún dinero de dichas ventas y sobre todo en Rionegro, tendría algún vínculo con las afectaciones económicas causadas por la crisis cafetera, pues vale la pena recordar que este municipio durante la bonanza del grano había sobresalido en la economía, pero también había tenido que sufrir los embates de su caída. Cuando Aída Martínez se refiere al tema de la compra de armas indica que estas se adquirirían al Ejército gubernamental, esta afirmación no tiene nada de raro pues en guerras anteriores esta práctica se había generalizado. Con frecuencia, en los inventarios del parque se registraban pérdidas de armamento y cartucheras con munición, que en muchos casos no eran desapariciones fortuitas si no causadas por tratos ilegales de venta del armamento. Para más información sobre lo anterior ver: RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. p. 68 y MARTÍNEZ CARREÑO, Aida. Óp. Cit. p. 42.

sables, espadas, peinillas, machetes y lanzas, iban siendo sacados de sus antiguos escondites para volver a darles uso⁷⁷. Lo propio hizo el General Francisco Gómez Pinzón cuando tuvo que alistarse para el pronunciamiento en el Socorro, dirigiéndose a su hacienda “La Peña” donde tenía enterrados unos pocos rifles Rémington con algunas municiones⁷⁸.

En Bucaramanga se establecieron dos lugares para la concentración de armas. La una, era una casa conocida como “La Casa de la Baranda”, situada un poco más arriba de actual Parque de los Niños, cuyo cuidado estaba encargado a don Antonio Castro Wilches; y la otra, una vivienda situada en el centro de la ciudad, en la denominada plazuela de Waterloo, actual Barrio Antonia Santos⁷⁹. A parte de los depósitos abastecidos con la colaboración de todos los liberales, se contrató la fabricación de seis cañones con el taller de fundición de los Bautista Penagos y se comisionó al Ingeniero Julio Jones Gómez, socio de la Compañía Eléctrica de Bucaramanga y expatriado durante la Guerra de 1895, para servir de intermediario en Londres, donde se efectuó la compra de algunos rifles, munición y dos piezas de artillería, pagados con el dinero proveniente de donaciones⁸⁰.

77. MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. p. 45.

78. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 93.

79. RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. p. 81.

80. MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. p. 40.

. 4 .

Sueños de paz, realidad en guerra

Una paz figurada, una ilusión

El Gobierno de Sanclemente, que conocía muy bien los planes revolucionarios, previendo la situación de guerra comenzó un activo reclutamiento a principios de 1899, el cual debió ser suspendido por las críticas tanto del lado liberal como conservador. Aunque los liberales expresaran a través de distintos medios su deseo de reformar las instituciones sin subvertir el orden, aquel refrán que cita “cuando el río suena, piedras lleva”, era perfectamente aplicable a la situación. Con el pasar de los días los rumores acerca de una rebelión liberal aumentaban, en tanto Jorge Holguín, Ministro de Guerra y Marina, hubo de tomar las medidas pertinentes: ordenó una estricta vigilancia sobre los principales jefes del liberalismo y decretó el estado de sitio. La gota que finalmente reboseó la copa de los liberales fue la negativa de Sanclemente a estudiar el proyecto de ley electoral propuesto por ellos⁸¹.

81. SANTOS MOLANO, Enrique. Óp. Cit.

Tres meses antes de encenderse la chispa de la guerra, todo estaba en aparente calma. El propio gobierno se ufanaba del ambiente de tranquilidad percibido por aquellos días en todo el territorio nacional; pero aquella calma solo parecía presagiar los vientos de la tormenta que se desataría con posterioridad⁸². En un telegrama el Secretario de Guerra y Marina le manifestaba al Gobernador de Santander, Alejandro Peña Solano, las pocas probabilidades que habían de alteración del orden con ocasión de una nueva guerra, pues en todo el país reinaba la paz y por lo tanto se había suspendido el reclutamiento, aun cuando no se había completado todavía el personal de tropa de los batallones⁸³.

En otra misiva emitida en marzo, el Gobierno nacional informaba a todos los gobernadores, la intención de Sanclemente de mantener por todos los medios la tranquilidad y la confianza de todos los ciudadanos, garantizando para ello una política de respeto al derecho, eliminación del espíritu de círculo, al igual que de franca y leal conciliación, y establecimiento de la concordia nacional, por medio de la representación equitativa de los partidos en los negocios públicos⁸⁴. Para el gobernador Peña Solano y sus colaboradores, era esencial seguir las directrices dictadas por el Gobierno, especialmente cuando se consideraba que la política emprendida por Sanclemente era la “única patriótica, salvadora y compatible con la República cristiana”; de hecho, era la misma que en el departamento se venía desarrollando y era un obra casi completa⁸⁵.

Por su lado, los liberales pacifistas también trataban de dar un parte de tranquilidad a los nacionales. En abril, los miem-

bros de la Junta Provisional, Medardo Rivas, Juan E. Manrique y Venancio Rueda enviaron una nota al presidente Sanclemente, dándole a entender que aun cuando en las altas esferas oficiales se temía por la perturbación del orden público, dichos temores eran infundados⁸⁶. Sanclemente, continuando con su tarea de asegurar un ambiente de calma en el país, utilizó su alocución del 20 de julio para transmitir un sentimiento de gran satisfacción por “la paz de que la Nación disfruta” e invitó al Gobierno, al pueblo y al Ejército a conservarla, si se quería gozar de los beneficios que su amparo traía. Fue ocasión para recordar la difícil situación que había debido enfrentar cuando asumió el poder:

(...) no creo equivocarme al afirmar que ningún presidente se ha encargado del Gobierno en circunstancias más anormales y difíciles que yo⁸⁷.

Al parecer, la realidad de los discursos y las notas tanto de un lado como del otro distaba mucho de la realidad. Solo ocho días habían transcurrido del pacífico discurso presidencial cuando por mandato del mismo Sanclemente se declaró alterado el orden en los departamentos de Santander y Cundinamarca, debido a los últimos acontecimientos en el vecino país de Venezuela. La guerra civil desarrollada en aquel país encendió las alarmas del Gobierno colombiano por la proximidad de las fuerzas revolucionarias venezolanas a la frontera con Santander, el Presidente sabía que muchos colombianos vecindados en aquel país y adversos su administración hacían parte del ejército revolucionario y mantenían una comunicación constante con agitadores residentes en territorio colombiano⁸⁸.

82. JOHNSON, David C. Lo que hizo y no hizo el café. Óp. Cit. p. 79.

83. Telegrama enviado por Jorge Holguín, Secretario de Guerra y Marina, al gobernador de Santander, Alejandro Peña Solano (Bogotá, 9 de febrero de 1899). En: Archivo Histórico Regional-Universidad Industrial de Santander (en adelante AHR-UIS). Gaceta de Santander, Bucaramanga (14 de febrero de 1899), Año. XLI, No. 3352.

84. Telegrama enviado por Rafael M. Palacio, Carlos Cuervo Márquez, Carlos Calderón, Jorge Holguín, Alejandro Gutiérrez, a los gobernadores (Anapoima, 21 de marzo de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (25 de marzo de 1899), Año XLI, No. 3364.

85. Carta enviada por Alejandro Peña, Gobernador de Santander al Presidente Sanclemente (Bucaramanga, 22 de marzo de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (25 de marzo de 1899), Año XLI, No. 3364.

86. Telegrama enviado por Medardo Rivas, Juan E. Manrique y Venancio Rueda al Presidente Sanclemente (Bogotá, 22 de abril de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (18 de mayo de 1899), Año XLI, No. 3382.

87. Alocución del Presidente de la República, Manuel Sanclemente. En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404, p. 845.

88. Decreto No. 933 del 28 de julio de 1899. Por el cual se declara turbado el orden público en los Departamentos de Santander y Cundinamarca y en estado de sitio sus respectivos territorios (Bogotá, 30 de julio de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404, p. 845.

Se temía que los ecos de la revolución en Venezuela alcanzasen el país, originando levantamientos en diferentes regiones. En Cundinamarca, el gobierno prefirió tomar “medidas cautelares” y decretó el arresto de varios jefes liberales: los santandereanos Pedro Soler Martínez y Cenón Figueredo, con ellos Marco Aurelio Piñeros, Roberto Suárez, José María Ruíz, Ramón Neira y Rafael Uribe Uribe; este último apresado en su imprenta de “El Autonomista”. Finalmente, el Secretario de Guerra y Marina, considerando que aquellos hombres no representaban una amenaza, los dejó en libertad⁸⁹.

En Santander el gobernador fue investido con las atribuciones de Jefe Civil y Militar y se ordenó que los distintos Jefes y Militares de las Provincias del departamento llamaran al servicio activo las milicias correspondientes y dictaran las providencias necesarias para el mantenimiento del orden en el territorio. También se ordenó que todo transeúnte en Santander debería estar provisto de un pasaporte expedido por alguna autoridad legítima civil o militar, mientras se hallaba en estado de sitio el departamento⁹⁰. Igualmente, se facultó al gobernador para reglamentar lo concerniente a la libertad de prensa durante el estado de sitio y para impedir e imponer castigos a aquellas publicaciones de índole subversivo o contrarias a lo reglamentado⁹¹.

El 1 de agosto se decretó el aumento del pie de fuerza del departamento en dos mil hombres⁹² y se dispuso la organización de una división compuesta por cinco batallones y 5 compañías sueltas. Los batallones llevarían los nombres de Soto, Socorro, Ocaña y Cúcuta, asentado el primero en Bucaramanga, el último en San José de Cúcuta y los demás en las ciudades de su mismo nombre (Tabla 1). Pese a la algarabía creada, ocho días

89. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 634.

90. Decreto por el cual se declara turbado el orden público en el Departamento y se dictan providencias concernientes al estado de sitio del mismo. En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404, p. 845.

91. Decreto No. 335 del 31 de julio de 1899. Por el cual se concede una facultad a los Jefes Civiles y Militares de Cundinamarca y Santander. AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (10 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3406.

92. Decreto por el cual se aumenta el pie de fuerzas del Departamento (Bucaramanga, 1 de agosto de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (10 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3406.

después de haberse dictado los anteriores decretos, el Gobernador consideró que la amenaza había pasado y ordenó reducir el pie de fuerza a seiscientos efectivos, eliminándose los cuerpos militares de San José, Salazar, Arboledas, Gramalote, Concordia, Charalá, Málaga, San Andrés, San Gil, Zapatoca, Ocaña, Silos, Socorro, Vélez, Piedecuesta, Umpalá y Suratá⁹³.

Las medidas adoptadas por el Gobierno ante la conmoción suscitada por los hechos de la hermana República tenían otra lectura. Visto desde el ángulo de los liberales comerciantes residentes en Bucaramanga, el decreto de perturbación del orden no era más que una “paparrucha de Bogotá”, una excusa para emitir billetes pues en ninguno de los dos departamento había rastro de presencia enemiga. Definitivamente, en aquel caos cada quien juzgaba los hechos con la lupa de sus propios intereses, por ello era tan normal encontrarse con expresiones como la de Bartolomé Rugeles:

Al fin salió a luz el decreto de la gobernación. Qué farsa tan ridícula. Aseguro son cosas de D. Jorge Holguín Ministro de Guerra para arbitrar rentas emitiendo unos 16 millones o más (no hay emisión) (...) Regular mercado. Mucha escasez de billetes. Sigue el estado de guerra o la farsa ridícula de nuestros gobernantes a ciencia y paciencia de todos los colombianos sin distinción de partidos; lo que prueba que en Colombia se ha perdido el sentimiento del honor y la dignidad. Somos todos farsantes, cuchivachines, chicaneros, etc⁹⁴.

93. Los restos de las milicias pasaron a constituir los cuerpos de los Batallones No. 1 de Soto, No. 2 de Pamplona, No. 3 del Socorro y la Compañía Suelta de Ocaña. Dos días después se produjo otro ordenamiento en relación al pie de fuerza, decretando su reducción a trescientos efectivos. Decreto por el cual se reducen las milicias del Departamento (Bucaramanga, 10 de agosto de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (17 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3408.

94. RUGELES, Bartolomé. Diarios de un comerciante Bumangués (1899-1938). Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2005, p. 15.

Tampoco fue el 20. Los días en que los liberales se pronunciaron

El camino tomado por Paulo E. Villar en la declaratoria de guerra, llegó a un punto de no retorno a mediados del mes de octubre de 1899. El Gobierno había descubierto sus planes, sus compañeros de partido en Bogotá ejercían fuertes presiones para hacerlo desistir y en Santander sus seguidores esperaban la orden de atacar; sin más salida y no queriendo aplazar lo inaplazable, Villar se lanzó a la revolución. La cuestión tan discutida sobre el 20 de octubre como fecha para hacer los pronunciamiento y causa de sin sabores entre los liberales, poca importancia tenía ya, pues las apremiantes circunstancias obligaron a estallar la revolución el 17 de octubre.

Quedaba demostrado que en la guerra, los planes eran útiles siempre y cuando el buen estratega supiera contar con el azar que ponía a prueba su destreza; y este no era precisamente el caso del doctor Villar, que poco sabía de las artes de la guerra. La revolución comenzaba con tanto desatino que era de no creerse, pues no se podía negar la existencia de muchos Generales, participantes en grandes batallas al interior de las filas liberales, quienes sabían muy bien que en la guerra las improvisaciones duraban poco. El Ejército revolucionario carente de organización y con pocas armas entre las que se contaban rifles, revólveres, machetes, chuzos de caña brava y escopetas liadas con cabuyas⁹⁵, marchaba hacia una eventual catástrofe.

La noche del 16 de octubre Villar reunió al grupo encargado del bombardear el Batallón Rifles para informarles sobre su decisión de llevar el ataque aquella noche, recomendándoles eso sí, ante todo la prudencia y el buen tino. El asalto debía efectuarse a las nueve y media, por eso desde la 6 de la tarde, los encargados de aquella maniobra comenzaron a movilizarse sigilosamente por distintas calles de la ciudad, recogiendo gente de un lado y otro, para ocupar las posiciones establecidas con anterioridad. A las 8 de la noche y cuando ya todos estaban en posición de atacar, de entre la oscuridad salió un joven

95. *Ibíd.* p. 45.

que servía como ayudante del doctor Villar, transmitiéndoles la orden de “no atacar; de no bombardear los cuarteles” y de regresar de inmediato a la oficina del jefe liberal⁹⁶.

Ya en la oficina de Villar este les informó que su cambio de opinión se debía a las noticias llegadas con la última correspondencia recibida desde Bogotá. Según se decía, la organización del liberalismo era tal, que en solo tres meses habrían de rendir al Gobierno, bajo esas presunciones estaba por demás la ejecución de aquel ataque siniestro de donde resultaría un derramamiento de sangre innecesario. Podía ser innecesario en su opinión, pero no en la de aquellos que estaban exponiendo el pellejo en la guerra, estaban prácticamente desarmados y los elementos necesarios se hallaban custodiados por ese batallón. Ante el inesperado cambio, Bernardo Rodríguez se preguntaba:

¿Qué importaba la muerte de diez o quince oscuros soldados del gobierno cuando en los primeros combates que tuvo la revolución perdió preciosas vidas, útiles para la patria y su partido y orgullo de la sociedad?⁹⁷

El 17 de octubre se dio comienzo a los pronunciamientos. Los primeros ocurrieron en las plazas de Rionegro y Florida, quienes se habían levantado en este último municipio continuaron en dirección hacia el sur y cerca de Piedecuesta tomaron presos a don Juan Francisco Mantilla, Felipe Sorzano, Ambrosio Mantilla, Crispín Mantilla, Constantino Barco, Eudoro Barco, Antonio Picón, Ramón Arenas, Gabriel Sorzano, Luis Sorzano, Luis Francisco Mantilla, Pedro Felipe Mantilla, Alfredo Mantilla, Agustín Uribe y Lisandro Africano. En Florida fueron hechos prisioneros los señores Pedro Antonio Mantilla, Anselmo Mantilla y Carlos Miguel Ortíz⁹⁸.

En Girón y Lebrija, los actos estuvieron dirigidos por el propio Villar, acompañado de David McCormick, Lázaro Soto,

96. RODRÍGUEZ, Bernardo. *Óp. Cit.* pp. 76-77.

97. *Ibíd.* pp. 78-79.

98. JIMÉNEZ, Valentín. *Historia de la Guerra en el Departamento de Santander. Tomo I. Comprende la época de 17 de octubre al 30 de noviembre de 1900.* Bogotá: s.e., 1900, p. 4.

Víctor Paillié y Federico Hederich, y en San Gil, el levantamiento estuvo a cargo del General José María Phillips Arenas y de Rodolfo Rueda, quien de su propia hacienda había constituido un pequeño ejército, acto que le significó de inmediato su ascenso como General⁹⁹. Francisco Gómez Pinzón reuniendo algunos amigos y desenterrando las armas que tenía en su hacienda, se dirigió hacia el Socorro, donde se pronunció. El levantamiento en aquella población tuvo un significado especial, pues con este grito revolucionario se dio a conocer la noticia de la guerra en todo el país a través del telégrafo¹⁰⁰.

Hasta ese momento, la nación entera desconocía lo que estaba sucediendo en Santander, muchos menos tenía idea el Directorio Nacional, cuyo presidente Vargas Santos unos días antes había enviado un telegrama autorizado al General Uribe Uribe para marchar a Bucaramanga e informar al doctor Villar de lo resuelto y exigirle el aplazamiento referido¹⁰¹. En el transcurso de los siguientes días, los pronunciamientos continuaron extendiéndose por todo el territorio de Santander, convirtiéndose en un elemento de gran importancia para la revolución, pues la ocasión era aprovechada para invitar a quienes los escuchaban a unirse a sus filas (Tabla 2).

De ahí que en aquella fecha se registrara la salida de Bucaramanga de un importante y distinguido número de jóvenes liberales, buscando unirse a los ejércitos ya conformados o en procesos de constitución. Entre ellos: Jacob D'Costa Gómez, Guillermo Jones, Jorge Mutis P., Nepomuceno Peralta, Francisco Paillié, Pablo Emilio Villamizar, Arturo Carreño, Alberto García, Jorge Jiménez, Enrique Otero D'Costa, Alejandro Colmenares, Moisés Amaya, Joaquín Salgado, Juan Carreño, Carlos Delgado Gutiérrez, Juan de Jesús Ogliastri, Luis Alfredo Bernal, Gustavo Arenas, Adolfo Harker Mutis, Carlos Delgado Robles, Francisco Ruiz, Jorge Collazos¹⁰².

99. MARTÍNEZ CARREÑO, Aida. Óp. Cit. pp. 51-52.

100. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 94.

101. El mencionado telegrama firmado por Rudas, Santos Acosta, Modestos Garcés y otros connotados jefes del liberalismo, donde se pedía a Villar desistir de tomar las armas, solo llegó a Bucaramanga el 17 por la mañana. Mucho más desafortunado fue Uribe Uribe que a escasas horas de su arribo a la capital del departamento recibió la noticia de los levantamientos, con lo cual su apresurado viaje perdía todo sentido, pues no había logrado cumplir con su cometido.

102. RUGELES, Bartolomé. Óp. Cit. p. 16.

Conmoción por el estallido de la guerra

El Gobierno Nacional, ya bastante informado sobre las tramas tejidas en Santander por los liberales y del posible estallido de la revolución, consideró urgente dictar medidas enérgicas y eficaces para prevenir cualquier pronunciamiento y sofocarlo. El 16 de octubre, se tomó la determinación de elevar el pie de fuerza en el departamento a la cifra que fuera necesaria para la defensa del Gobierno constitucional, llamándose al servicio activo a los Generales, Jefes, Oficiales y Milicias. Al mismo tiempo, se ordenó establecer un depósito de Jefes y Oficiales, a fin de destinarlos luego a los Cuerpos que se fueran organizando y se anunció que por medio de Decretos separados se organizaría el Ejército de Santander, haciéndose los nombramientos pertinentes para ello¹⁰³.

El 17 de octubre, Bucaramanga amaneció en expectativa, sus pobladores esperaban en cualquier momento la entrada de los revolucionarios a la ciudad. Los rumores advertían de la presencia de 200 revolucionarios en Rionegro, pero nadie había allí, se oían las noticias del pronunciamiento de Francisco Gómez en el Socorro y entre la gente se comentaba que aquella revolución era “aislada y disparata”. El gobierno hizo extensiva a todos los departamentos de la República la declaratoria de perturbación del orden público, ya decretada respecto de Cundinamarca y Santander¹⁰⁴. Con el pasar de los días, la situación se tornó más caótica, al punto que en Bucaramanga se ordenó el cierre de las Escuelas Normales, Anexas públicas y de la Escuela de Artes y oficios, así como del Club del Comercio e incluso algunas de las señoras, temerosas de las hordas violentas que pudieran desatarse, comenzaron a buscar refugio en las casas de sus familiares¹⁰⁵.

103. Decreto por el cual se eleva el pie de fuerza y se llama al servicio activo a los Jefes y Milicias del Departamento (Bucaramanga, 16 de octubre de 1899). *En*: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (19 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3421, p. 919.

104. Decreto No. 480 del 18 de octubre de 1899. Por el cual se declara turbado el orden público en el territorio de la Nación. AHR-UIS. Diario Oficial, Bogotá (24 de octubre de 1899), Año XXXV, No. 3426, p. 1093.

105. En adelante, el relato corresponde a RUGELES, Bartolomé. Óp. Cit. pp. 17-19.

Las tropas revolucionarias estaban cada vez más cerca de entrar a la ciudad o por lo menos eso se creía. Uribe Uribe se encontraba ya en la Mesa de los Santos, recién llegado del Socorro y acompañado de las fuerzas organizadas por Juan Francisco Gómez, Rodolfo Rueda y José María Phillips, asumió el mando del Ejército liberal. Lebrija parecía estar copada por los alzados en armas y otro tanto de los mismos se estaba acercando por Cuyamita, mientras el grupo estacionado en Rionegro había comenzado a moverse hacia Piedecuesta, donde aparentemente se presentaría un combate. Otro campamento fue instalado en las casas de Palonegro y en el Alto de Girón.

Bien los rumores iban y venían como campanas sueltas, se llegó a decir que un posta del doctor Villar había sido sorprendido por el Gobierno, encontrándoseles una carta donde se daba la ubicación de los puntos donde se tenía guardado el armamento. Nadie dio crédito a tal cosa, pues ya era *vox populi* que las pocas armas con las que contaban los liberales habían sido sacadas de sus escondites la noche anterior. La gente continuaba movilizándose hacia Piedecuesta, sin saber nada de los que estaba pasando allí, los de Bucaramanga suponían que bien estaban yendo al combate o preparándose para él; finalmente se confirmó que los liberales habían desistido de enfrentar a las tropas del gobierno.

Por su parte el Ejército gubernamental, intentando detener el avance de la revolución comenzó a concentrarse. El Batallón Tiradores entró con otros 300 hombres por el camino de Florida hacia a Bucaramanga; las tropas comandadas por Lesmes y Villamizar, provenientes de Bogotá y Pamplona, respectivamente, también arribaron a la ciudad; el General Albornoz se encontraba en Rionegro; y el Batallón Bombona llegó procedente de Pamplona. El General Peña Solano preocupado por la presencia de revolucionarios en Piedecuesta salió en dirección a esta población, donde se encontraban los Generales Manuel José Santos y Gabino Hernández, al mando de sus tropas aguardando órdenes de atacar.

En Málaga el Batallón Pozanos apresó al General José María Ruiz, dirigente de los revolucionarios en la Provincia de García Rovira; posteriormente, muchos considerarían aquella prisión favorable a la revolución pues podía sucederle un jefe más afortunado. El enojo de los liberales contra Ruíz se había desatado

poco después de hacerse pública una carta dirigida desde la cárcel al Presidente Sanclemente, en la que reprochaba profundamente la causa revolucionaria e invitaba a sus copartidarios a no tomar parte en él y rechazar el llamado de los guerreristas:

Dadas las difíciles circunstancias porque atraviesa la Nación, y las condiciones especiales en que se halla colocado el partido político a que pertenezco, por elemental deber patriótico y por conveniencia de ese partido, no sólo no soy partidario de movimiento revolucionario armado, sino que lo impruebo decididamente y aconsejo a mis copartidarios y amigos no lo verifiquen o no tomen participación en él, caso de que individuos de espíritu obcecado, iluso o mal aconsejado lo promuevan. Puedo justificar plenamente mi conducta a ese respecto, y por tanto, creo que no hay razón para que seme mantenga en prisión. Como no hay nada que pueda alterar mi determinación, suplico á S.E. se sirva ordenar se me ponga en libertad, dispuesto como estoy a dar la garantía que se me exija de que procederé de acuerdo con lo expuesto anteriormente¹⁰⁶.

El sentimiento de disgusto por parte de los liberales fue aún mayor cuando 6 días después de ser publicada la primera nota escrita por Ruiz, mientras era trasladado de la cárcel de Málaga a Piedecuesta redactó una nueva misiva. Esta vez, dirigida a los señores Villar, La Roche, Rueda, Rey, Aníbal Barbosa, José María Phillips, Nicanor Navas, Rosario Díaz y a los demás liberales que se encontraran levantados en armas, invitándolos a desistir de continuar la guerra y a liberar a los conservadores que tenían en calidad de presos políticos en la Mesa de los Santos. En su opinión y por las experiencias de los fracasos de 1885 y 1895, esta revolución sin unidad de acción y sin elementos para llevarla a cabo no tendría mayor éxito¹⁰⁷. A lo que los liberales contestaron:

106. Carta dirigida por José María Ruíz al Presidente de la República, Antonio Sanclemente (Málaga, 20 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año XXXV, No. 3422.

107. Carta dirigida por José María Ruiz a los señores a los jefes liberales en Santander (26 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año. XXXV, No. 3423.

No hemos tenido tiempo de leer su larga comunicación. Lo haremos después de la victoria. Usted se ha propuesto hacerle a la revolución el mal que, conjuntamente, 110 han logrado hacerle el Gobierno y Don Aquileo Parra o el Directorio Nacional. Debe estar satisfecho. Para aumentar sus pesares sepa que todo Boyacá está en poder de la revolución; y Cundinamarca, de Zipaquirá, inclusive para acá; y queto dos los liberales no alcoholizados de Antioquia, Tolima y Canea están en armas¹⁰⁸.

. 5 .

Teatro de operaciones y ejércitos

Vamos todos a la guerra

Valga la pena decir que por aquellos tiempos la guerra no solo le correspondía a los oficiales que por vocación habían toma su camino, sino a hombres del común, campesinos, políticos, comerciantes y hacendados. Por lo general cuando se declaraba abierta la época de guerra, estas declaraciones venían acompañadas del aumento del pie de fuerza y por ende, en el Diario Oficial y las Gacetas se publican los llamamientos a engrosar las filas del Ejército gubernamental, tampoco era extraño que estos mismos se hicieran por bandos en la capitales y demás lugares de los diferentes territorios. Tomar la decisión de acudir a aquellos llamamientos era cosa de pensarse dos veces¹⁰⁹.

109. Algunos trabajos sobre las formas de participación y la vida cotidiana en la Guerra, sugieren a que la participación de hombres en ellas se llevaba a cabo de manera voluntaria o forzosa, aunque en medio de las difíciles situaciones a las que conducía un estado de guerra, la participación voluntaria fue ciertamente escasa y sus motivos, complejos y de diversa índole; más bien como lo expresa Correa la mayoría de los soldados fueron

108. JIMÉNEZ, Valentín. Óp. Cit. p. 44.

Si bien los voluntarios nunca escasearon, estos provenían con generalidad de las élites locales. Eran miembros de familias con una posición económica estable, condición que les permitía marchar a la guerra sin ver afectada su vida normal cuando regresaran. Ciertamente es que su participación en ellas estaba movida por causas muy ajenas a la Patria, con regularidad eran conducidos por sus propios intereses, los cuales en determinado momento se habían visto minados por alguna decisión del Gobierno de turno¹¹⁰. En su gran mayoría, estos personajes no pasaban a engrosar las filas de la soldadesca regular, pues siempre eran elegidos para ocupar cargos superiores o funciones especiales, que correspondían muchas veces a una realidad menos dura de la que se vivía en los campos de batalla¹¹¹.

En cambio para quienes integraban el grueso de las tropas, la guerra no era un evento llamativo ni mucho menos agradable, más bien resultaba funesto y muchas veces trágico para sus propias vidas. Aunque algunos de ellos acudían de manera voluntaria, su número no era suficiente para estructurar los cuerpos necesarios. En esta situación el Gobierno acudía al elemento de la fuerza para reclutar las plazas faltantes, hecho que por demás era traumático¹¹². La cruda realidad de los campos de batalla y las largas marchas hechas por los batallones a lo largo del territorio, requerían de hombres fuertes acostumbrados a soportar padecimientos. El trabajo en el campo bajo difíciles condiciones durante largas jornadas de trabajo, le otorgaron al campesinado las características necesarias que exigía la vida en campaña¹¹³.

reclutados forzosamente. Para ver sobre esto: CEBALLOS GÓMEZ, Diana Luz. Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación. En: MESA ORTIZ, Luis Javier et al. Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 163-164 y CORREA, Ángela Patricia. Actores y formas de participación en la guerra, vistos a través de la literatura. En: MESA ORTIZ, Luis Javier et al. Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005, p. 453.

110. CORREA, Ángela Patricia. *Óp. Cit.* pp. 254-255.

111. TIRADO MEJÍA, Álvaro. Aspectos sociales de las Guerras Civiles en Colombia. Bogotá: Colcultura, 1976, p. 34,36 y 39.

112. BARRIOS GIRALDO, David. Las guardias Nacionales. Vida militar y cotidiana en Antioquia, 1853-1876. En: Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá (2010), Vol. 17, No. 2, p. 148.

113. Para los sectores subalternos la guerra no era un asunto que trajera grandes benefi-

Al comienzo de la guerra, podían aparecer listas con candidatos a prestar servicio en las filas del Ejército, formadas a partir de un sorteo o ¿se podría decir de una elección conveniente?, pues según Barrios, las listas estaban engrosadas “por los menos laboriosos, solteros y mal casados”¹¹⁴. Esto puede ser comprobable hasta cierto punto y quizá fueron eventos que se dieron en un principio, cuando la guerra aún no estaba en su punto más álgido. A medida que la guerra tomaba forma y los combates arreciaban, el nivel de desertiones al interior de las filas aumentaba, las distinciones no venían al caso y cualquier desprevenido, sin importar su condición incluso la de su minoría de edad, servía en el combate.

La justa necesidad, si es que así se le puede llamar, de personal para combatir dio paso a los conocidos “encierro”. Los piquetes de soldados se lanzaban a cazar nuevos soldados como si se tratara de animales, aprovechaban cualquier ocasión: el día de mercado, la salida de misa o la celebración de alguna fiesta popular. De pronto, en medio de la multitud unos cuantos comenzaban a correr sintiéndose presa de aquellos que los buscaban para reclutarlos¹¹⁵. Si lograban atraparlos, algo era seguro, en la guerra sólo los esperaba la muerte, el hambre y el sufrimiento; si lograban salir airosos, tal vez no regresaran con su cuerpo completo y si incluso de esto se salvaban, más probable era aún que a su vuelta alguno de sus hijos o su esposa ya hubiesen fallecido por alguna enfermedad o de hambre y encontrarán sus campos devastados porque no había quien los cultivara¹¹⁶.

Ese mismo descontento con el que los hombres se veían abocados a participar en la guerra tenía serias implicaciones para la organización del Ejército, pues era imposible no pensar en la significativa ocurrencia de desertiones. Estas aumentaban el

cios, porque de ella ni siquiera podían pensar en sacar alguna ventaja económica, como ya era bien sabido de la guerra solo quedaban numerosas pérdidas y el déficit fiscal en todo su esplendor. *Ibíd.* p. 457.

114. BARRIOS GIRALDO, David. *Óp. Cit.* p. 147.

115. JURADO JURADO, Juan Carlos. “Soldados, pobres y reclutas en las guerras civiles colombianas [en línea]”. En: Revista de Indias (2004), Vol. KXIV, No.232, p. 474. Disponible vía web en << <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/430/498>>>.

116. BARRIOS GIRALDO, David. *Óp. Cit.* p. 149. Ver también: CORREA, Ángela Patricia. *Óp. Cit.* p. 458.

trabajo de las tropas, porque además de dedicarse a las persecuciones de las fuerzas regeneradoras, también debían ocupar algo de su tiempo en ir detrás de los que abandonaban sus unidades en medio de la marcha. La forma violenta en la que se llevaban a cabo los reclutamientos, al igual que la guerra, también causaba estragos. Las mujeres y niños que dependían del trabajo de aquellos hombres eran los más afectados, mientras ellos marchaban al campo de batalla, la pobreza, la miseria y el hambre aguardaban tras la esquina para entrar en los hogares que dejaban atrás.

Los revolucionarios

Las zonas escogidas por los revolucionarios al iniciarse la campaña en Santander fueron dos: el norte de Santander y la Mesa de los Santos. Según explica Almario Vieda, la escogencia de estos lugares obedeció netamente “a las exigencias de la táctica”. Ambos territorios poseían características especiales que les permitían a los revolucionarios garantizar la concentración de tropas, el despliegue y la realización de maniobras estratégicas y tácticas para adelantar con éxito dicha campaña: “espacio conveniente, vías de acceso, protección natural, facilidad para futuras operaciones, colaboración de la población y líneas de retirada”¹¹⁷.

En el norte del departamento el General Benjamín Herrera, caucano pero establecido desde hacía ya bastante tiempo en Santander, pudo constituir un núcleo importante de revolucionarios en su finca rural de “La Granja”, ubicada a pocas leguas de Pamplona¹¹⁸. Desde el mismo inicio de la guerra se destacó como un gran estratega y táctico, proveniente de una humilde familia había logrado escalar a los más altos grados de la milicia gracias a su buen desempeño militar. Se había formado como jefe en la histórica Guardia Nacional, sobresaliendo durante de 1876 y 1885, no habiendo podido actuar en la de 1895, pues en aquella ocasión fue detenido por orden del Gobierno¹¹⁹.

117. ALMARIO VIEDA, Gentil. General Benjamín Herrera. Bogotá: Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 1985, p. 153.

118. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 651.

119. CABALLERO, Lucas. Óp. Cit. p. 54.



Benjamín Herrera. Archivo fotográfico Gavassa



General Rafael Uribe Uribe [1914]. Benjamín de la Calle Muñoz. Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Benjamín de la Calle Muñoz.

Su ejército estaba constituido por las guerrillas de Salazar, acaudilladas por los López; las de Arboledas, encabezadas por Lucio Pavón a la cabeza; las denominadas “cucutillas”, bajo el mando de Florentino Ramírez; las de Silos, Cócota y Chitagá; pamploneses, cucuteños, bochalemeros y chinácotas; además de contar con Jefes de reconocida trayectoria como Benito Hernández, Rafael Leal, Isidoro Mendoza, Antonio Fuminaya y otros más, acompañados de un prominente grupo de jóvenes liberales donde sobresalían Hermes García, Víctor A Picón, Clemente Montañés, Manuel Valentín Sánchez, Roberto Irwin, Samuel Bernal Solano, los Valeros, Gilberto Castillo, Ceferino Yáñez, los jóvenes Mora, los Briceño, los Peña, los Valencia, los Bustos, los Villamizar Vargas, los Hernández, los Parra, los Franco, los Cuberos, los Lamus, los Peralta y los Arenas¹²⁰.

En esta misma zona del departamento, pero ubicado en la Provincia de Ocaña, se hallaba el General Justo L. Durán, quien organizó a los revolucionarios ocañeros en su calidad de Jefe Civil y Militar de la citada provincia. A su propósito se unieron algunos voluntarios bolivarenses y magdalenenses, pues en los días anteriores al alzamiento había estado en la Costa Atlántica vigilando la entrada de un armamento que debía llegar a Riohacha. El 19 de octubre se pronunció en la población de Cáchira, de ahí siguió hacia Cúcuta, por cuyo paso se incorporaron los Coroneles Polidoro Ardila y Carlos Soto Ortega¹²¹.

La Mesa de los Santos resultó ser una posición inexpugnable para los revolucionarios que necesitaban de un campo apropiado para realizar su organización, sin ser importunados por las tropas del Gobierno. Ofreciendo las garantías necesarias, esta altiplanicie se convirtió en el sitio de concentración del Cuartel General y del Ejército Revolucionario. Allí asumió el mando de las tropas el General Rafael Uribe Uribe, recibiendo las tropas revolucionarias de Cundinamarca y Boyacá, bajo el mando de los Generales Ramón Neira, Pedro Sánchez, Pedro Soler, Tomás Ballesteros y Eduardo Pradilla Frasser. A este grupo se unieron los contingentes organizados en el Socorro por los Generales Juan Francisco Gómez Pinzón y Francisco Albornoz, los cuales

120. VESGAY ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 48.

121. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 651.

alcanzaban un número de 600 hombres, formando el denominado Escuadrón “Libres del Socorro”. Ya organizados, entre todos constituían un número de 3000 combatientes¹²².

Los liberales operaron en dos frentes. Por un lado, un ejército regular, bajo el mando Supremo de Gabriel Vargas Santos y Rafael Uribe Uribe, y un Estado Mayor compuesto por Benjamín Herrera, Avelino Rosas, Juan MacAllister, Paulo E. Villar. Por el otro, un grupo de guerrillas a las que el General Uribe Uribe siempre se refirió como “un atajo de bandidos”; habían surgido en forma espontánea y en todas partes. Su no dependencia ni de los Jefes Supremo ni del Estado, fue un obstáculo para la real organización de un Ejército, pues cada tanto desobedecían las órdenes impartidas en desarrollo de los planes estratégicos, desatendían las directivas y por lo general, actuaban a su antojo sin escuchar consejos ni acatar órdenes, situación que a la final resultó nefasta para el éxito operacional de los liberales¹²³.

El Ejército revolucionario fue bastante diverso. Entre sus miembros pudieron contarse principalmente jóvenes artesanos, peones y jornaleros de las haciendas cafetaleras y minas de oro¹²⁴. Al igual que en el Ejército del gobierno, aunque se dieron incorporaciones voluntarias las tropas liberales no estuvieron exentas de los reclutamientos forzosos. Avanzado el conflicto los Jefes, dueños de fincas y grandes haciendas, acudieron a la fuerza para aumentar sus efectivos o reemplazar las vidas perdidas en los combates. El principal aporte en hombres lo recibieron los liberales por parte de los propietarios de haciendas quienes arrastraron consigo servidumbre, peones, mayordomos y capataces. Otra modalidad de reclutamiento utilizada por los liberales el uso de la amenaza y la violencia para insertar en sus filas a viajantes que eran retenidos y obligados a integrarse como combatientes o a pagar altas sumas de dinero a cambio de morir¹²⁵.



Oficiales de la Revolución de los Ejércitos del General Rafael Uribe Uribe y Lucas Caballero. Archivo fotográfico Gavassa

122. Sobre esto ver: CABALLERO, Lucas. Óp. Cit. p. 45; RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. pp. 83-84 y VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. pp. 97-98.

123. FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Óp. Cit. pp. 48-49.

124. FISHER, Thomas. Óp. Cit. p. 77.

125. JARAMILLO CASTILLO, Carlos Eduardo. Guerra de los Mil Días: Reclutamientos, ascensos y deserciones [en línea]. En: Revista Credencial, Bogotá (enero de 2001), No.

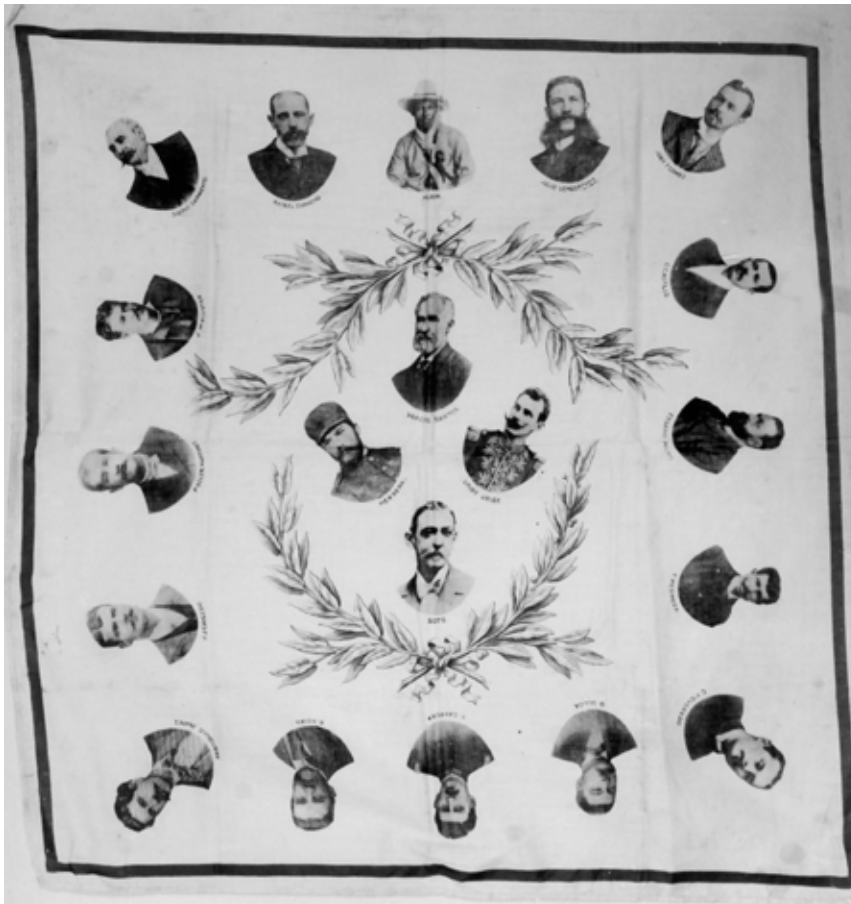
121. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32505>>>.

Los gobiernistas

De acuerdo con Fisher, el Ejército gubernamental con sus seguidores en Colombia central, Antioquia, el norte del Cauca y el sur del Tolima, contaba con 9 mil soldados relativamente bien armados y formados. Los cuadros se organizaron en su mayoría en guerras civiles anteriores¹²⁶. Aparte de esto, había también algunos oficiales instruidos en la Escuela Militar. A mediados de 1899 el Ejército gubernamental se componía de seis Divisiones, una Comandancia Militar y un Batallón Suelto dependiente del Cuartel General, con un número de 8000¹²⁷.

El Cuartel General estaba conformado por el General en Jefe de todo el Ejército, General Roberto Urdaneta, un General Jefe del Estado Mayor General, General Miguel Montoya; un General en Jefe, Inspector General, General D. Montúfar; seis ayudantes, primeros ayudantes generales; veintidós jefes, segundos ayudantes; treinta y ocho empleados civiles y cuarenta y un individuos de tropa. El Cuerpo Suelto, correspondía al Batallón Politécnico de Artillería, comandado por el Primer Jefe, Teniente Coronel Antonio Laverde y por el Segundo Jefe, Mayor Daniel Estévez Briseño, con quince Oficiales y un personal de tropa de 195 hombres (Tabla 3)¹²⁸.

Cuando la guerra estalló, los cuadros fueron reforzados con generales y coroneles de ocasión, los llamados “generales políticos”. También el ejército gubernamental llenó sus filas con las ‘clases bajas’, principalmente del sector de la construcción de la red de transporte, de las haciendas y de las minas. En el caso específico de Santander, los efectivos del Ejército provenían, en su mayoría, de los centros de poder conservador de Pamplona y de algunos pueblos de la Provincia de García Rovira¹²⁹. Como quedó establecido por Decreto dictado recién se declaró perturbado el orden público en Santander, la organización del Ejército en el departamento se iría dando a través



Mosaico del Ejército Revolucionario [1899]. Archivo fotográfico Gavassa

126. FISHER, Thomas. Óp. Cit. p. 77.

127. FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Óp. Cit. p. 33.

128. *Ibíd.*

129. JOHNSON David CHURCH. Lo que hizo y no hizo el café. Óp. Cit. p. 79.



Enrique Arboleda [1877]. Alberto Urdaneta. Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Urdaneta, foto 43.



General Clímaco Ortíz. Fotografía tomada de ARBOLEDA, Enrique. Palonegro. Bogotá: Imprenta Nacional, 1953, p. 67.

de distintos ordenamientos normativos y en la medida en que fuera haciéndose necesario incrementar su fuerza.

Se sabe que el 17 de octubre se encontraban en Bucaramanga cuatro de las cinco compañías que integraban el Batallón Rifles, pues la quinta se hallaba guarnicionada en el Socorro bajo el mando del Capitán Dueñas, el Teniente Hipólito Nieto y el Subteniente Clodomiro Tejada, quienes al enterarse de los sucesos revolucionarios tomaron camino hacia la capital. El 18 de octubre se procedió a la organización del Batallón Santander No. 1 el cual quedó conformado por cuatro compañías (Tabla 4), posteriormente se dio una reorganización del personal componente del mismo Batallón, manteniéndose el mismo número de Compañías (Tabla 5).

El 21 de octubre el Gobernador, Alejandro Peña Solano en su función de Jefe Civil y Militar de Santander, considerando el estado de guerra en que hallaba el departamento y estando Bucaramanga incomunicada con Bogotá, decretó la organización del Ejército de Santander, así: seis Divisiones dependientes de una Comandancia en Jefe y del Estado Mayor General de cada una, nombrándose como Comandante en Jefe del Ejército al General Vicente Villamizar (Tabla 6)¹³⁰. Ese mismo día, se llamó al servicio activo y se ascendió a Coronel al Sr. Dr. Silvio Peña, encargándosele la organización del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Santander, acompañado en esta tarea por los Coroneles Marco Gasparini y Cayetano Moreno O., y el Sargento Mayor Gustavo Adolfo Nieto¹³¹.

En los meses restantes de 1899 se organizaron el Batallón Roldán en Piedecuesta, comandado por el Coronel Juan de Dios Arenas; el Batallón Cívicos de Florida, bajo las órdenes del Coronel Gonzalo Domínguez Arjona¹³²; el Batallón Briceño,

130. Vale la pena aclarar que las seis Divisiones correspondientes al Ejército de Santander eran la misma Divisiones de la Guardia Nacional, cuyos cuerpos fueron enviados al territorio del departamento para cubrir la emergencia de la guerra. Sin embargo, la IV División era la única con puesto fijo en Santander. Decreto por el cual se organizan las fuerzas del Departamento de Santander (21 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (19 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3421, p. 925.

131. Decreto, por el cual se organiza el Cuerpo de Inglaterra del Ejército de Santander (Bucaramanga, 21 de octubre de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 925

132. Decreto por el cual se organizan dos Batallones (Bucaramanga, 22 de octubre de

acantonado en Bucaramanga, a órdenes del Coronel Juan Sarmiento¹³³ (Tabla 7); el Batallón Baraya, comandado por el Coronel Francisco A. Pacheco¹³⁴; y el Batallón Cuervo, con tropas en Matanza y Suratá, bajo la comandancia del Coronel Julio Ortega¹³⁵ (Tabla 8). Fue reorganizado el Batallón Santander No. 2, bajo el mando del General Francisco A. Pacheco¹³⁶ (Tabla 9); se dispuso que el Cuerpo de Policía pasara a conformar el Batallón Sucre designándose como Comandante al Coronel José María Cogollos y se destinó la Banda de Músicos del Departamento a prestar sus servicios en el Estado Mayor General del Ejército, con la misma organización que tenía y bajo la Dirección del señor Temístocles Carreño (Tabla 10)¹³⁷.

Durante la primera mitad del año de 1900, se llevaron a cabo reorganizaciones de algunos Batallones y se conformaron otros cuerpos del Ejército, entre ellos: el Batallón Rifles No. 1 de Bombona, bajo la comandancia del Coronel Julio Neira; el Batallón Rifles No. 2 de Carabobo, a órdenes del Teniente Coronel Máximo Pineda¹³⁸ (Tablas 11 y 12); el Batallón Pichincha, comandado por el Coronel Arturo García Herreros¹³⁹ (Tabla 13); el Batallón Socorro, a órdenes del Teniente Coronel

1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 925.

133. Decreto por el cual se organiza el Batallón Briceño (Bucaramanga, 22 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 926.

134. Decreto por el cual se organiza un Batallón perteneciente a la IV División, con la denominación de Batallón Baraya (Bucaramanga, 24 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3423.

135. Decreto por el cual se organiza un batallón (Bucaramanga, 1 de noviembre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (6 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3444.

136. Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Santander No. (Bucaramanga, 29 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (9 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3425, p. 926.

137. Decreto por el cual se destina la Banda de Música del Departamento a prestar sus servicios en el Estado Mayor del Ejército (Bucaramanga, 25 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3425.

138. Decreto por el cual se organiza los Batallones Rifles No. 1 y 2. (Bucaramanga, 1 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (12 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3.483, p. 3-4.

139. Decreto por el cual se organiza el Batallón Pichincha (San Gil. 9 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434, p. 6.

Clodomiro Neira¹⁴⁰ (Tabla 14); el Batallón Camilo Sánchez, comandado por el Teniente Coronel Manuel Osés¹⁴¹ (Tabla 15); y el Batallón Pienta No. 2, al mando del Coronel Luis Felipe Uribe¹⁴² (Tabla 16).

. 6 .

Los días de la guerra

Combate de Piedecuesta

El encuentro entre liberales y gobiernistas era un hecho inaplazable. Según la descripción del General Juan B. Tobar¹⁴³, informando sobre el triunfo del Ejército gobiernista en el combate de Piedecuesta. Después del 19 de octubre el Comandante en Jefe del Ejército de Santander había dispuesto ubicar en Piedecuesta el Batallón Rifles No. 13 para guarnecerla, pero conociendo la intención que tenía la revolución de tomarse aquella población para desplegar desde allí el ataque sobre Bucaramanga, el 27 se ordenó su refuerzo con algunos otros destacamentos.

Así se estableció el Cuartel General de la IV División en Piedecuesta con el ánimo de proteger aquella plaza de cualquier

140. Decreto por el cual se organiza el Batallón Socorro (San Gil, 13 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434, p. 7.

141. Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Camilo Sánchez (Bucaramanga, 5 de marzo de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (8 de marzo de 1900), Año XLII, No. 3436, p. 16.

142. Decreto 41. Por el cual se organiza el Batallón Pienta No. 2 (San Gil, 19 de abril de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (29 de mayo de 1900), Año XLII, No. 3445, p. 44.

143. En adelante la descripción corresponde a: Juan B. Tobar, General Jefe de Estado Mayor de la IV División. Informe enviado al señor General, Comandante General de la IV División donde se cuentan los sucesos sobre el combate que tuvo lugar en Piedecuesta (Piedecuesta, 29 de octubre de 1899). Citado por: VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. pp. 211-213.

intento de avanzada por parte de las fuerzas enemigas. Las tropas allí dispuestas se conformaron con el Batallón Rifles No. 13, ya establecido allí, la 3ª Compañía del Batallón Tiradores No. 14, los Batallones Santander y Roldán, el Piquete de Caballería con diez individuos y el Batallón Núñez con cincuenta voluntarios al mando del General Clímaco Ortiz, sumando en total 800 hombres.

Desde horas muy tempranas del 28 de octubre se pudo observar como los liberales bajaban de la Mesa de los Santos, a donde se habían retirado para organizar sus fuerzas que ahora se contaban en número de 1500 hombres. Su intención no era otra que atacar a las gentes del Ejército del Gobierno, quienes estaban animados y dispuestos a repeler el ataque. No obstante, entendiendo que no era una opción comprometer la tropa en un combate desigual, pues los revolucionarios habían instalado un puto de avanzada en el sitio de Cuatroesquinas, el Comandante de la IV División ordenó la retirada hacia Bucaramanga para esquivar el encuentro y organizarse de tal manera que pudieran contraatacar con firmeza¹⁴⁴.

Muy temprano las fuerzas del General Clímaco Ortiz habían emprendido camino llevando el ganado y las provisiones. Después de ellas se suponía, saldrían los miembros de los Batallones Santander y Roldán con el parque, seguidos del Batallón Rifles y los piquetes volantes. Solo el General Ortiz alcanzó a marchar, pues luego de haberse efectuado un reconocimiento de la zona se determinó mantener las posiciones, previendo que la retirada podría suponer una derrota para el Gobierno. A las 10 de la mañana, ya se oían los tiros de los revolucionarios sobre la avanzada del Ejército gobiernista en la plaza principal de Piedecuesta.



Cuartel de la IV División del Ejército del Gobierno [1899]. Archivo fotográfico Gavassa

144. Sobre este hecho Aida Martínez Carreño sostiene que “el sábado 28 de octubre cuando los congregados al mando del Juan Francisco Pinzón bajaron de la Mesa de los Santos y sacaron en retirada a medio centenar de soldados que protegían un retén ubicado en Tres Esquinas, muy cerca de la entrada de Piedecuesta; tras los soldados que huían se desbandaron las tropas revolucionarias y entraron en montonera al pueblo olvidando las instrucciones recibidas”. MARTÍNEZ CARREÑO, Aida. Óp. Cit. p. 62. Es pertinente decir que la descripción de la autora dista un tanto de los hechos ocurrido, tal vez una mirada desde la óptica de los relatos liberales, pero incluso en la ubicación del sitio existe una equivocación pues ella alude a Tres Esquinas y un retén puesto por parte del Ejército gubernamental, mientras que en el relato oficial, Juan B. Tobar sugiere la existencia de una fortificación revolucionaria en Cuatroesquinas.

Viendo esto se ordenó por un lado, detener la marcha de los cuerpos del Gobierno que estaban desplazándose por Las Callejuelas para cubrir en esos puntos la retaguardia y evitar que en una maniobra envolvente fueran atacadas por las guerrillas de Tona y Lebrija; y por otro, realizar una maniobra de engaño, retirando la 1ª y 2ª Compañía del Batallón Tiradores para convencer al enemigo de una retirada. Una vez ejecutadas ambas acciones los revolucionarios comenzaron a dispersarse desordenadamente, lográndose el objetivo propuesto. En ese momento los Jefes del Batallón Rifles y el Capitán Mendoza, al mando de la tercera Compañía del Batallón Tiradores ocuparon su línea de batalla extendida de occidente a oriente, tomando posiciones en todas las bocacalles rompiendo fuego contra el enemigo donde fue necesario.

Aquellas tropas, a órdenes de los Capitanes Galvis, Garnica, Roncancio, Mendoza y Ortiz, lanzaron fuertes ataques contra el enemigo hasta hacerlo retroceder, permitiendo su paso hacia el otro lado del río Molino donde lograron ubicarse en posiciones ventajosas. El avance de las tropas hacia ese lugar hubo de detenerse por orden del General Gaona cuando se hizo notoria la presencia de fuerzas enemigas por el camino del Blanquiscal, considerándose necesario ordenar el Ejército y municionarlo. El tiempo de carga era por supuesto un tiempo inactivo y en esta ocasión representó las bajas de algunos miembros de las tropas veteranas del Batallón Rifles No. 13 y de la 3ª Compañía del Batallón Tiradores.

Ante la inminente amenaza representada por los refuerzos revolucionarios que estaban llegando, se dispuso el regreso del parque y las tropas que cubrían la retaguardia, las cuales llegaron a la plaza a las cuatro de la tarde cuando el enemigo, en carga desesperada, decidió comprometer todo su Ejército, alcanzando a tomar posiciones sobre el puente del río Molino, cuatro calles reales y algunas callejuelas laterales. Para contrarrestar estos movimientos, el Batallón Roldán marchó hacia una colina situada hacia la parte derecha de donde estaba el frente del Ejército gobiernista, para dirigir desde allí fuegos oblicuos sobre el centro de las fuerzas revolucionarias.

Entre tanto, los Batallones Rifles y Santander No. 1 se empeñaron en dirigir sus ataques en todas las direcciones hasta lograr

tomarse a “sangre y fuego” todas las casas que el enemigo había ocupado y fortificado con trincheras. En aquella operación fue distinguida la valerosa actuación de los Generales Arturo Dousdebés, el Coronel Ildefonso L. de Guevara, el Ayudante Manuel Canal V., el Capitán Eugenio Garnica, el Teniente Flavio Entralgo, que murió heroicamente en la contienda; el Sargento Mayor Bernabé Suárez, los Capitanes Jesús Galvis y Roberto Acosta y el Teniente Luis Francisco Suárez quienes, aún de haber sido heridos, siguieron combatiendo. Finalmente, a las cinco de la tarde, fue declarada la victoria sobre el enemigo que no pudo ser perseguido debido a lo avanzado de la hora.

El Combate de Bucaramanga

El 11 de noviembre como a eso de las 4 de la tarde, Antonio González Ordoñez bajó por la calle real de Bucaramanga, montando un caballo flaco, venía vendado y cargando una bandera blanca en medio de los dos hombres que los acompañaban. Los tres se detuvieron frente a la casa de Gobierno y luego de un momento allí volvieron a salir para tomar rumbo hacia la Comandancia General ubicada en las instalaciones del Club del Comercio, donde le entregaron al General Peña Solano algunos pliegos enviados por parte de los revolucionarios, entre ellos venía la supuesta capitulación de Tunja y una misiva del General Uribe Uribe pidiendo la rendición del Gobierno santandereano¹⁴⁵.

Como era de esperarse, el Jefe Civil y Militar del departamento hizo caso omiso a las pretensiones revolucionarias. Ese día, las tropas al mando del General Uribe Uribe, calculadas en unos 2500 hombres, comenzaron a trasladarse hacia Florida. Aunque el comandante del Ejército liberal ordenó ocupar ciertas posiciones en la ciudad sin prestar combate, un error de sus subalternos volvió a dar al traste con la tan anhelada victoria sobre los gobiernistas. El Coronel Marcos Arango, quien debía comunicar el mensaje al Coronel Emilio Matiz, comandante de la División Cundinamarquesa, preso de la embriaguez llegó al

145. RUGELES, Bartolomé. Óp. Cit. p. 20.

campamento a incitar a los soldados a vengar los muertos dejados tras los enfrentamientos del 28 y el 29 de octubre¹⁴⁶.

Los gritos del Coronel Arango encendieron los ánimos de la gente del Batallón Libres de Pacho y lograron arrastrar consigo a la del Batallón Calavera al mando del General Andrés Márquez Borda. Cuando el General Uribe Uribe fue enterado del asunto, ya era demasiado tarde, al amanecer del 12 de noviembre los fuegos entre las fuerzas liberales y las del Gobierno estallaron en el sitio de La Puerta del Sol (ubicado a unas 25 cuadras de la ciudad) donde se concentró el grueso del enfrentamiento, aunque la línea de batalla se extendió desde la Cabecera del Llano donde atacaron algunas guerrillas de Tona hasta la Quinta Estrella y Cuyamita, pasando por la Pedregosa, Quinta Minlos, La Puerta del Sol, La Victoria y el hospital¹⁴⁷.

Tal como le ocurrió al Jefe del Ejército Liberal, a los revolucionarios que estaban en Florida, la noticia también los sorprendió. Eran cerca de las 7 de la mañana, el Teniente Coronel Ismael de Jesús Olarte acababa de dejar el cuartel para ir a conocer las entradas y salidas de la población, andaba paseando en compañía de su amigo de juventud el señor Benjamín Andrade y hasta tiempo le quedó para dirigir galanteos a una bella florideña que estaba asomada en un balcón. De pronto, oyó el sonar de las cornetas de los cuarteles dando el toque de marcha y llamando a los oficiales, anunciando el combate en Bucaramanga. Rápidamente el cortejo quedó de lado y hubo de dirigirse al cuartel para emprender la marcha en apoyo de quienes hacía ya varias horas se encontraban haciendo frente a las tropas del Gobierno¹⁴⁸.

Según el relato de los Coroneles José María Cogollos y Antonio Obando Estévez, el Ejército gubernamental que participó en este enfrentamiento se componía de 2500 hombres, 500 de los cuales fueron encargados de custodiar el parque, las cárceles y el Cuartel General, mientras que los 2000 restantes fueron des-

plegados en la extensa línea de batalla y en los alrededores de la ciudad, sosteniendo el combate hasta las seis de la tarde, hora en la cual se logró rechazar al enemigo en todos los puntos. En vista de las numerosas bajas recibidas por el lado del Gobierno, aquella noche el General Villamizar ordenó estrechar la línea de batalla, y ordenó fortificar las partes más importantes, obra a la que sirvieron hasta los ladrillos del pavimento de las calles¹⁴⁹.

Al siguiente día a las siete de la mañana el combate se reanudó. A las 11 de la mañana el combate se había generalizado, pasadas las tres de la tarde los fuegos revolucionarios comenzaron a disminuir hasta que las tropas gobiernistas vencieron los últimos reductos del Batallón Málaga, comandado por el Coronel Prudencio Duarte, atrincherados en la Quinta Minos. A las cinco de la tarde la derrota de los liberales fue declarada¹⁵⁰ y los pocos revolucionarios que aún se encontraban ocupando posiciones en Siglo XX se retiraron para poder recoger los muertos, cuyos cuerpos en estado de descomposición hacían del ambiente de la ciudad algo insoportable. Así resumía Bernardo Rodríguez lo acontecido en aquella batalla:

(...) el liberalismo se estrelló contra un asedio de posiciones formidables de que el enemigo disponía y aunque lo despojó de gran parte de ellas, no fue posible, por más esfuerzos titánicos que se hicieron, tomar la inmensa posición que la formaba todo el poblado, el cual era una fortaleza inexpugnable para fuerzas sin artillería como las nuestras. La matanza causaba horror; allí quedó lo más selecto de la juventud liberal; el número de heridos daba pavor; el desconcierto cundió en nuestras filas y se inició la retirada en perfecto orden en la noche del día trece, dejando en el campo lo más precioso del ejército¹⁵¹

En medio de los ataques los fusiles Máuser de pólvora sin humo que llevaban las tropas gubernamentales habían dificultado la visibilidad de los liberales para localizar a sus tiradores. Pero

146. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 655.

147. *Ibíd.*

148. Memorial del Teniente Coronel Ismael de Jesús Olarte en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. *En*: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 453, Expediente 96, folio 44v.

149. VESGAY ÁVILA, José María. Óp. Cit. pp. 189 y 190.

150. *Ibíd.* p. 190-191.

151. RODRÍGUEZ, Bernardo.

sin duda, los mayores estragos fueron el resultado de las acciones sin orden ni concierto llevadas a cabo por los revolucionarios. La desorganización de las montoneras causó que cada tanto las compañías de cada unidad se dislocaran y el personal de una y de otra terminara confundiéndose y entremezclándose. A esto se agregó el desconcierto generado entre las tropas por las múltiples y sensibles pérdidas ocurridas, especialmente las de los Generales Francisco Gómez y Agustín Neira, y los Coroneles Cándido Amézquita, Pedro Alcántara Arenas y Heliodoro Sánchez¹⁵².

Por supuesto, aquellas fueron algunas de las pérdidas más grandes para los liberales, pero en el campo de batalla los muertos y heridos de uno y otro bando se contaban por cientos, los cadáveres fueron incinerados y algunos enterrados donde se pudiera, los heridos fueron conducidos a los hospitales de Bucaramanga, Florida y Piedecuesta, después de ser recogidos por las tropas del Gobierno, auxiliadas por toda la Sociedad de San Vicente de Paúl, cuyos socios, en lo general importantísimas personas, los trasladaban en hombros a la ciudad. Las señoras y señoritas, sin distinción de colores políticos conducían en hombros también a los heridos, y se disputaban el honor de llevarlos a sus casas para curarlos¹⁵³.

El Combate de Peralonso

Luego de las continuas derrotas recibidas en el intento de tomar Bucaramanga los liberales marcharon hacia el norte del departamento, donde debían reunirse con el Ejército formado allí por el General Benjamín Herrera. Tomar el control de aquel territorio era imperativo para las fuerzas revolucionarias pues allí estaba la frontera que debía servir de paso al armamento proveniente de Venezuela. Además, se esperaba el arribo de Gabriel Vargas Santos que había emprendido viaje desde el Casanare acompañado del General Eugenio Sarmiento, al mando



Guerrilla de Tona (1899). Archivo fotográfico Gavassa

152. Memorial del Capitán Paulo Emilio Villamizar Leal en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 708, Expediente 851, folios 21v-22r.

153. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 192.

de 1500 hombres y los demás que fueran adhiriéndose por el camino, con los cuales se engrosarían aún más las filas liberales. El Ejército gobiernista, en persecución de los revolucionarios tomó el mismo rumbo, las fuerzas a órdenes de los Generales Carlos Cuervo, Jorge Holguín, Isaías Luján, Manuel Casabianca, Enrique Arboleda, Ramón González Valencia y Vicente Villamizar se concentraron en Pamplona¹⁵⁴.

El 14 de diciembre la división gobiernista a órdenes del General González Valencia marchó del Corral de Piedras cerca de Cúcuta y al anochecer se situó a una de las orillas del río Peralonso, tratando de impedir el paso de los revolucionario que estaban de la otra orilla tratando de buscar una vía libre para tomar rumbo hacía Ocaña. El General Villamizar, dividió las tropas entre El Saldado y Peralonso, es decir, en una línea de ocho leguas de distancia una de la otra y ordenó al General Ramón González Valencia salir a atacar al enemigo donde lo hallara. El mismo General González Valencia sabía que aquella orden rondaba en lo absurdo, pues el número de sus hombres era bastante inferior al de los revolucionarios, pero el General Villamizar le dio un parte de tranquilidad asegurándole la pronta llegada de los refuerzos¹⁵⁵.

El cruce de fuegos se inició el 15 de diciembre al amanecer, pero los esperados refuerzos nunca llegaron. El General González Valencia y sus fuerzas tuvieron que hacer frente a los revolucionarios hasta las dos de la tarde sin dar lugar a una pausa. A esa hora, aquellos hombres fatigados y extenuados por largas horas de combate se vieron envueltos en una tremenda carga dirigida por el General Herrera, viéndose obligados a descender al puente donde se atrincheraron tras unos paredones ubicados en el camino de Cúcuta a Salazar. Mientras Herrera fue relevado en la tarde por el General Pedro Rodríguez y el General Justo L. Durán, el General González Valencia y su ejército, valerosamente continuaron haciendo frente a los ataques hasta la llegada de los refuerzos antioqueños y caucanos, que prácticamente estaban destrozados antes de entrar al combate¹⁵⁶.

154. MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. pp. 87-88.

155. GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Óp. Cit. p. 659 y 660.

156. *Ibíd.* p. 160.

Al día siguiente, como a eso de las nueve de la mañana las Fuerzas gobiernistas de Zuluaga cruzaron el río por La Amarilla, alcanzado a los revolucionarios por el flanco izquierdo, una excelente posición que pronto se haría difícil de mantener. Para los liberales era difícil pasar un puente bastante angosto y de alambre colgante, las tropas del Gobierno podían estar tranquilas pues nadie se atrevería a cruzar hasta donde estaban. El combate se mantuvo hasta las cuatro de la tarde y parecía que la victoria sería nuevamente para los defensores del orden constitucional, pero en ese momento el General Villamizar dio la orden de retirada. El Batallón Herrán que había entrado a hacer el relevo de las tropas situadas pasando el puente, regresó de inmediato y el General Uribe Uribe aprovechando la confusión se lanzó con unos pocos sobre los gobiernistas, quienes se rindieron rápidamente¹⁵⁷.

Haciendo parte de un pequeño cuerpo a órdenes del Coronel Félix Berbesí, el Teniente Ambrosio Villamizar miembro de las fuerzas revolucionarias resumió el combate así:

Las fuerzas del Gobierno en número de 1300 hombres de línea, bien equipados y al mando del General Villamizar, le tocó presentar un sangriento combate en el territorio denominado “La Amarilla”, pasando con heroísmo y valor casi fabulosos, el puente de “Peralonso” y derrotando con asombro a un Gobierno fuerte, un puñado de hombres que despreciaban la muerte. Este hecho de armas fue bien conocido en todo el país.

Las bajas entre los revolucionarios fueron de bastante consideración pues habían tenido que pelear a pecho descubierto para desalojar a viva fuerza al enemigo atrincherado en las corrales de piedra de La Laja. Nada comparable a las que tuvo el Ejército del Gobierno, donde se contaban cerca de mil muertos y 800 prisioneros custodiados en círculo por nuestros soldados revolucionarios. El camino real de Cúcuta estaba sembrado de cadáveres de hombres y de bestias¹⁵⁸. Por fin, las tropas liberales

157. *Ibíd.* p. 161.

158. VESGA Y ÁVILA, José María. Óp. Cit. p. 364.

habían alcanzado la victoria, logrando un botín no despreciable de, armas, pertrechos y cargas de lazos que el gobierno llevaba. Después del combate muchos reconocieron que el ejército liberal formado por los cuerpos, Córdoba, Vélez, Primero de Bogotá, Voltígeros, El Villar, El Maceo y El Escuadrón Libres de Bogotá, sin excepción alguna, estuvieron a la altura¹⁵⁹.

El tiempo en que Bucaramanga fue de los liberales

La noticia sobre el triunfo de los liberales llegó a los humanes algunos días después de terminar el combate en Peralonso. Don Bartolomé Rúgeles registró en su diario el acontecimiento como “**NOTICIÓN**” y así mismo dejó constancia de cómo algunos miembros del Gobierno comenzaron a retirarse hacia el Socorro y San Gil; no era para menos, las tropas del Ejército gobiernistas habían sido destrozadas y era previsible que los revolucionarios llegaran pronto a Bucaramanga. En el transcurso de los siguientes días “los godos” fueron desalojando la ciudad poco a poco, se llevaron la capital a otro lugar:

Ayer tarde llegaron Víctor Álvarez, Eloy Carreño y 5 más de los derrotados en Pamplona. Venían más de 40 pero la guerrilla de Tona los atacó de caballería y los más tuvieron miedo de pasar. Hoy a las 2 pm principió, o antes el movimiento de marcha que no se sabe positivamente si realmente es para el Socorro. Ya salió esta tarde el Batallón con el parque. La Brigada de Riodeoro se la trajeron. Temen que la revolución se les pase para Bogotá, pero entonces qué le importaba a esta gente abandonar la capital (...) La derrota ha sido espantosa. Todos los ejércitos que tenía el Gobierno fueron batidos y por allá se cree que no quedaron sino restos que se ha venido a Pamplona, donde han capitulado con intervención del Obispo (...) Mucha gente pereció ahogada y el machete hizo destrozo terrible. Hoy se han ido varios como Dr. Manuel A. Rueda, D. Adolfo Harker, D. José María Silva. Ha llovido (...) Poco a poco se están yendo los

159. RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. p. 105.

godos. No queda ninguno de representación (...) Se ha estado repitiendo los godos se han ido a atrincherarse en los alrededores de la ciudad, y seguramente es cuento regado por ellos para que no vengan a perseguirlos (...) Todos se irán y no volverán. La nación entera los persigue (...) El entusiasmo de la población iba creciendo (...) Las fuerzas de Vargas Santos vendrán mañana o pasado. La carrera de los godos irá a parar a Bogotá¹⁶⁰ (p. 32).

El 24 de diciembre la vanguardia del ejército vencedor en Peralonso comandada por los generales Uribe Uribe y Justo L. Durán entró triunfante por Cúcuta. En la plaza principal, ante una multitud enloquecida de entusiasmo, el General Uribe pronunció una épica proclama haciendo presente el día de pascua, cuya celebración se veía engalanada el audaz triunfo de los liberales. El 25 llegó el ejército del General Vargas Santos procedente de los Llanos y de Sogamoso, cuya recepción fue preparada por el General Uribe con flamantes discursos en los que no escasearon sarcasmos contra el Gobierno¹⁶¹. Luego de esto, tomaron camino hacia Bucaramanga donde entraron el 28 de diciembre como a las cuatro de la tarde entre vítores y una gran cantidad de gente que los esperaba¹⁶².

Las tropas liberales comenzaron a entrar en la que hasta hace algunos días había sido la capital del departamento de Santander, el General Gabriel Vargas Santos finalmente arribó con sus tropas el 2 de enero, dejando por sentado mediante un discurso que esperaba la colaboración de todos los santandereanos, los unos acompañándolo hasta Bogotá y los otros contribuyendo con sus haberes para la revolución, pues con agua no se alzaban cargas y de nada serviría el entusiasmo si solo se quedaba en vivas y voladores porque una revolución no triunfaba con ello. Ese día también entraron a la ciudad cargas de parque y armas, dos cañones, más de 2 mil hombres bien armados llevando cada uno hasta dos Remington, Máuser, trabucos, gran cantidad de municiones y 32 banderas¹⁶³.

160. RUGELES, Bartolomé. Óp. Cit. pp. 31-32.

161. CABALLERO, Lucas. Óp. Cit. p. 63.

162. RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. pp. 106 y 107.

163. RUGELES, Bartolomé. Óp. Cit. p. 34.

Una vez asentadas las fuerzas revolucionarias en la ciudad se procedió a conformar un Gobierno provisional nombrándose como Gobernador General a V. Uscátegui; Prefecto General, Julio Vengoechea; Secretario General, Domino Castro; Intendente, Tirso García B.; Secretario de Gobierno, Carlos J. Delgado; Secretario de Hacienda, Enrique Lleras; Secretario de Guerra, Sr. Montaña. Igualmente, comenzaron a circular los billetes del nuevo Gobierno que eran los del antiguo Banco de Santander, emitidos en 1873¹⁶⁴. Este sería un corto mandato, a mediados de enero Vargas Santos tomó la decisión de regresar a Cúcuta con buena parte del Ejército.

Varias cosas lo obligaban a dejar de lado su plan de avanzar hacia Bogotá. En primer lugar, las tropas gobiernistas al mando del General Domínguez intentaban tomarse Cúcuta, de ser así podrían perder su centro de operaciones y el lugar por donde recibirían el armamento que habían de traer los generales Foción Soto y Siervo Sarmiento. De otro lado, aunque el Ejército revolucionario era bastante numeroso y en esos momentos tenía la moral militar bastante elevada, no estaba lo suficientemente bien equipado. Menos de dos mil hombres estaban armados con fusiles Máuser modernos tomados en Peralonso, otro tanto de las fuerzas estaban provistas de fusiles Máuser venezolanos, que eran de otro calibre y sus proyectiles se habían gastado en aquella batalla, lo que restaba del Ejército portaba otra clase de rifles con muy poca munición¹⁶⁵.

En ese estado de cosas, era casi impensable embarcarse en la ofensiva proyectada, era mejor proteger la plaza de Cúcuta y asegurar la entrada de nuevo armamento y el abastecimiento de municiones. En Bucaramanga, la marcha del General Vargas Santos y de su Estado Mayor, produjo cierta conmoción y más allá de ello inseguridad en la población que ahora se sentía desprovista de toda protección, pues el regreso del Gobierno legítimo era inminente¹⁶⁶. Si bien es cierto que la presencia de los revolucionarios y la derrota en Peralonso, lo había obligado prácticamente a huir, este solamente se trataba de un



Ejército del General Vargas Santos a su llegada a Bucaramanga (1900). Gavassa Mivelli. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo fotográfico de Santander. 3,7 x 3,7 cm.

164. *Ibíd.* pp. 35-36.

165. CABALLERO, Lucas. *Óp. Cit.* p. 88.

166. RUGELES, Bartolomé. *Óp. Cit.* p. 39.

receso en la guerra mientras se reorganizaban las fuerzas y se establecían los planes para restablecer el orden en el departamento, lo que a futuro sucedió.

. 7 .

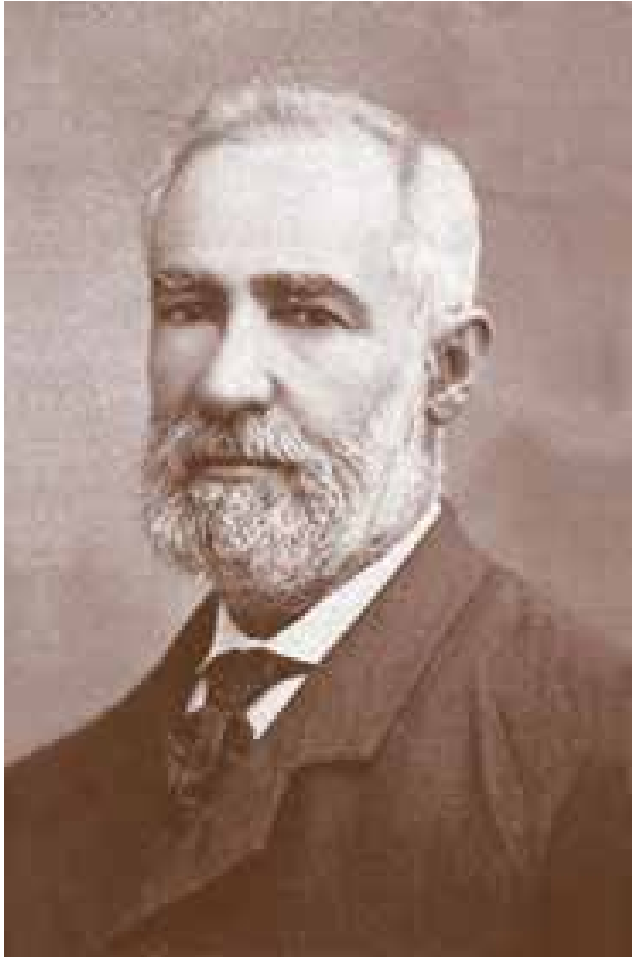
Siguiendo el camino hacia Palonegro

El camino de Bagueche

La idea tanto de Vargas Santos como de Uribe Uribe era hacer marchar las tropas liberales desde el norte del departamento de Santander hacia Bogotá; no obstante, ambos dirigentes tenían opiniones encontradas en relación a la manera en que debía ejecutarse la operación. En opinión de Vargas Santos la campaña sobre la Provincia de Soto se debía adelantar por el camino de Bagueche hasta llegar a Suratá y de ahí en adelante, según una nota escrita por él mismo, no se había determinado nada más sobre el programa de las operaciones, pues en la medida en que se fuera realizando la avanzada, se irían tomando las decisiones:

(...) ahí iremos viendo lo que ocurra y tomando informes para hacerle frente a toda eventualidad (...) El General Uribe cree que estas cosas se hacen con programa, como función de teatro o fiestas de plaza”¹⁶⁷.

167. En adelante la descripción en adelante corresponde a: HISTORIADOR. Suplemento el Orden número 18. Palonegro [en línea]. En: Biblioteca Luis Ángel Arango (en



Gabriel Vargas Santos. Fotografía tomada de: SANTOS MOLANO, Enrique. La Guerra de los Mil Días. En: Credencial de Historia, Bogotá (2004), No. 173.

No obstante, la vía elegida por Vargas Santos no fue bien acogida por el General Uribe Uribe, quien siempre mostró su desacuerdo en dejar a la suerte el planeamiento de la campaña militar y el éxito de la guerra. Su rechazo estaba sustentado en dos razones: la primera, el General Peña Solano podía tomar posición en la Mesa de los Santos y alcanzarlos fácilmente en el movimiento y segundo, si avanzaban su retaguardia y flanco izquierdo se verían cubiertos por las tropas del General Casabianca, quien los dominaría desde las alturas. De tal suerte, Uribe recomendaba intentar una avanzada sobre el alto del Oso, operación que proponía desarrollar mediante el envío simultáneo de cuatro columnas de inspección: una dirigida hacia planadas, la otra por la quebrada de la Honda a caer a Islava por Islavita, una tercera de Chinácota a Iscala y la última, del Alto del “Fiscal” por toda la loma hacia el Picacho:

Páramo por páramo, creo preferible el Alta al de Bagueche, porque el primero nos da la opción de caer sobre Soto o de torcer a la izquierda por Santurbán a la Piñuela, lo que haría volver caras al enemigo de Pamplona y los suspendería en el medio, como una amenaza terrible sobre esa plaza y sobre de Bucaramanga, dejándonos además, libre el camino de García Rovira.

Viendo la reticencia del General Vargas Santos a su propuesta, el General Uribe Uribe decidió entonces continuar el proyecto de marcha por Bagueche. Su preocupación era saber si llegarían a Suratá primero que el enemigo, y sobre todo, si habiéndole ganado de mano, no era más conveniente tomar camino hacia el Páramo en vez de atacar Bucaramanga. Para él, era casi seguro que no alcanzarían al General Peña Solano en Bucara-

adelante BLAA). Colección Misceláneas, Miscelánea 382, Ocaña (1900), pp. 3-5. Disponible vía web << <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa793176.pdf>>>. Nota: En el encabezado del documento aparece la siguiente aclaración: “El folleto que ofrece El Orden a sus lectores en calidad de suplemento, es el mismo a que se refiere el General Víctor M. Salazar en el párrafo que copiamos en seguida, de su comunicación al General Carlos Vélez D. : Pero lo que más me ha llamado la atención es un folleto que sorprendimos en la imprenta del señor Teófilo López de Chimá, titulado Palonegro, y firmado por el General Uribe Uribe de su puño y letra con el seudónimo de Historiador”.

manga y de darse esto, lo único que lograrían sería llevarlo a la Mesa de los Santos, que era su línea natural de retirada o hacia García Rovira por Umpalá o por Suaque. Preveía que de tomar este último camino, el Ejército liberal terminaría prácticamente encerrado en los valles de Soto, por lo que era más razonable seguir camino desde Suratá hacia Pescadero, donde tendrían las siguientes ventajas:

1. Interponerse entre Casabianca y Peña Solano para impedir la fusión de los ejércitos que comandaban.
2. Hacer probable la derrota de Peña Solano, atacándolo desde la parte alta y por el frente.
3. Tomar lugar en la retaguardia de Casabianca, obligándolo a hacer frente, sin darle tiempo de mover las tropas en dirección a Cúcuta.
4. Escoger a su conveniencias posiciones en el Páramo para recibir la ofensiva de Casabianca o ponerse en capacidad de perseguir a este último si presentaba retirada hacia García Rovira por las vías de Silos o Cécota.
5. La riqueza de recursos en la región les permitiría mantener la tropa.

Para el 21 de abril el General Uribe Uribe, ante la negativa del General Vargas Santos de acoger sus recomendaciones, que más parecían el presagio de su fracaso, decidió someterse a sus órdenes y no opinar nada más sobre el asunto:

Queda entendido que de Suratá para adelante no hay todavía programa fijo, sino que allá resolverá usted lo que se hace en vista de las circunstancias (...) Como ya se acerca la hora de obrar y como el plan parece ya definitivamente acordado, es inútil discutirlo más; no me toca ya sino obedecer, por más que ni el método de la marcha ni su inmediato objetivo sean lo que en mi humilde opinión debieran ser

El mismo el General Uribe Uribe sostuvo que de haberse tenido en cuenta su opinión la Revolución se habría salvado, pues el Ejército del Gobierno no tuvo noticias de sus movimientos sino cinco días después de haberse iniciado. Era tiempo más

que suficiente para salir al Páramo y fortificarse en él o tomarse la decisión de seguir sobre García Rovira y de ahí sobre Bogotá. Atrás habrían dejado hábilmente al enemigo que pretendía acorralarlos o lo hubiesen encontrado ya tomando posiciones ventajosas en el Chicamocha y obstaculizando la comunicación entre el norte y el centro del país. Era también claro que allí habrían podido aumentar su Ejército con 1000 hombres que acababan de vencer en Capitanejo y otros tantos adeptos que se hubiesen podido sumar a la causa.

Abriendo camino hacia Palonegro

El inicio del plan establecido por el General Vargas Santos de avanzar las tropas por el camino de Bagueche, se vio obstaculizado por varias circunstancias: una demora de ochenta días justificada por la espera de nuevo armamento que finalmente llegó el 2 de marzo; la confección del vestuario que no pudo aguar más, con lo cual la mayor parte del Ejército se vio obligado a emprender su camino sin él; y la adquisición de artillería, la cual se logró de manera imperfecta¹⁶⁸.

Respecto a esto último, relata el General Uribe que 50 mil cápsulas de Málincher tuvieron que ser dejadas en Cúcuta, además cuando por fin se dio la orden a Maracaibo de enviar el cañón de dinamita, el General Sarmiento lo había devuelto. No siendo ya escasos los problemas para los liberales, el paso del Ejército por Zulia coincidió con fuertes crecidas del río que les costaron la vida a algunos soldados y dos días de trabajo durante los cuales se hubo de construir puentes, pues era imposible cruzar el río a pie. De tal suerte, que hubiese resultado más próspero que los soldados regresaran a sus acantonamientos: “en todo caso, dejar transcurrir el verano para abrir campaña precisamente cuando empezaba la estación de las lluvias, no fue dictamen de hombres experimentados”.

Después de algunos combates en Salazar y la Cabuya, los liberales ocuparon Arboledas y desplegaron las fuerzas sobre

168. En adelante la información corresponde a: HISTORIADOR. Óp. Cit. pp. 5-6.

el camino de Bagueche, ocupando a su paso el alto del Escorial al que no se llegó sino después de tres días que se hubiesen podido evitar de no ser porque se obligó a una parte de las tropas a hacer un rodeo que llevaba de Planadas a Cúcuta y después a Salazar. Y no siendo más desventurado el ejército, sus componentes fueron presa de la epidemia de fiebre amarilla que por aquellos días azotaba la región. Tomado el Escorial, era lógico que se prosiguiera a la mayor brevedad posible; empero, se perdieron dos días en Arboledas, otro en Cachirí y cuatro en Suratá, en total una semana. Los liberales habían esperado mucho para dar al cabo con su objetivo y dándole una gran ventaja a los conservadores. Así lo muestra Uribe, refiriéndose a él mismo:

En vano escribía solicitando alguna latitud en poderes y libertad de acción: nunca lo obtuvo. El tenor de sus comunicaciones de esos días puede resumirse en esta frase: Ya estoy aquí, ¿ahora qué debo hacer? Y mientras el posta iba a retaguardia y volvía con la respuesta, se pasaban días, se desaprovechaban ocasiones y se permanecía en la inacción

Los reveses sufridos por el Ejército liberal, empezaban a dar al traste con sus intenciones originales y más bien, poco a poco los conducía a lo que el General Uribe tanto temía, se cercados por las tropas del Ejército del Gobierno. Ante el avance de los liberales sobre el camino de Bagueche, siguiendo las órdenes del General Pinzón, quien ya se había percatado de la presencia de sus enemigos, los conservadores dieron inicio a un movimiento en cuatro columnas desarrollado entre el 29 de abril y el 3 de mayo de 1900, con el fin de evitar la marcha de los conservadores hacia Bucaramanga o hacia otra zona que les permitiera cruzar hacia el centro del país¹⁶⁹:

1. Páramo de Santurbán. Se ubicaron la V División a órdenes del General Roberto Quijano, el batallón de vanguardia al mando del Coronel Pioquinto Ampudia, la IV División al mando del General Juan B. Tovar, la IX División

comandada por el General García Herreros, donde después de algunas escaramuzas los revolucionarios fueron rechazados por el camino que de Vetas conducía a Tona, hacia el Volcán.

2. Cuestaboba. La descubierta revolucionaria que avanzaba por esta vía hacia García Rovira se encontró con la descubierta de la IV División, en cabeza del General Emilio Ruíz, apoyada por una columna del Batallón Cauca comandada por el General Ángel Córdoba, que iba por la vía de Mutiscua a Tona, obligando al enemigo a retroceder hasta la Hacienda de los Arcos.
3. Gramal y la Casita. Se ubicó la II División Comandada por el General Castro Uriceochea, reforzada por la VIII División a órdenes del General Manuel José Santos con el Batallón 1° de artillería comandado por el General Juan Francisco Urdaneta, los cuales entraron en combate contra las tropas revolucionarias asentadas sobre la serranía occidental del camino Vetas-Tona.
4. De Mutiscua a Vetas por el camino de El Viejo. Se ubicaron la IX División al mando del General Upegui, la I División al mando del General Roberto Morales, la VII División comandada por el General Luis María Gómez, la III División a cargo del General González Valencia y la Legión Bolívar, ocupando todo el alto desde el camino de El Viejo a Vetas.

De esta forma, el ejército concentrado en Mutiscua constituyó una sola línea de Batalla de Vetas a los Arcos, cerrando el camino de La Baja al Páramo del Viejo; el de La Baja a Vetas, tanto el directo como el del Carpintero o de Sámago; el de La Tronadora a Vetas, del Suratá a Páramo Rico, el de los Cerrillos al Páramo; el de Matanza y Charta al Volcán, el de Charta a los Arcos; el de Suratá y el de Matanza a los Arcos; y finalmente, el de Matanza a Tona, quedando completamente cubierta toda la línea de Mutiscua a Tona. Posteriormente, se hizo avanzar la X División a órdenes del General Arturo Dousdebés de Mutiscua a Pescadero, y de allí por el camino de Juan Rodríguez y Pan de Azúcar a Piedecuesta, de donde retornó hacia Bucaramanga para luego pasar a Tona. Durante este último recorrido el

169. FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Óp. Cit. pp. 244-246.

General Doudebés despojó el terreno de guerrilleros y restableció las líneas telegráficas¹⁷⁰.

Posteriormente, se destinó la VIII División y los batallones Sebastián Ospina y Pozanos para resguardar el camino de Pescadero a Piedecuesta con el fin de evitar que los revolucionarios lo tomaran y pasaran a ocupar el Páramo, para salir de ahí por el camino de Pirgua o el de Guanchava hasta llegar a García Rovira. Además, en el Páramo Rico se dejaron dos Batallones de la IX División a órdenes del General Quintero, sobre el Peñón y Cerrillos, y se ordenó el envío del parque hacia Bucaramanga, pues se temía que el enemigo atacara aquella ciudad. Para mejor proveer, el General Arboleda tomó la decisión de dividir el parque entre la III División y la IX División, y otro resto lo despachó con el General Luis Eusebio González. El movimiento ejecutado por las tropas del ejército conservador obligó a las fuerzas rebeldes a desplazarse de Suratá a Matanza y Rionegro, dando la impresión de querer atacar el municipio de Bucaramanga o de pasar hacia la Mesa de los Santos.

En consecuencia el General Pinzón ordenó a los Generales Arboleda y González Valencia, la marcha inmediata hacia Bucaramanga de las fuerzas que estaban a retaguardia, es decir, la III y IX División. Siendo así solamente debía quedar en su sitio la Fuerza del Romeral, a la cual se le encargó cuidar e inspeccionar la vía de Vetas y los lugares circunvecinos. Según lo comprendía el Ejército en ese momento, la intención del enemigo era mover el grueso de sus fuerzas para pasarse a la Mesa de los Santos, dejar el Ejército del gobierno en la posición de retaguardia, detenerlos y tomar control sobre el paso del río Chicamocha hasta llegar a Bogotá.

Llegadas a Bucaramanga las tropas del Gobierno se ubicaron de la siguiente manera: en el Gualilo, la Columna Briceño para cubrir el paso hacia la cordillera oriental, dominando ambos ríos y el llano Don Andrés; del Puente de Chitota al de Suratá, orillas de la alta barranca donde se construyeron cercas de piedra, se establecieron la XII División y la Columna Cauca de la XVIII División; en la Quinta Lahrsen, la I División; en la Puerta de Don Andrés, la VI División y por el camino de Bucaramanga a Río Negro, se asentó la IV División. Esto permite deducir que el acceso a

Bucaramanga por los caminos que bajaban del sector de los Páramos estaba controlado por el Ejército gubernamental, dispuesto ante cualquier ataque por parte de los revolucionarios. Además, en esta ciudad se constituyó una reserva a órdenes del Comandante del Ejército del Norte, constituida por el Batallón de Artillería y las Divisiones X, XI y XV, y las Guardias del departamento.

Hacia el sur y cubriendo el área de Girón, se ubicó la V División a una distancia de una legua de Bucaramanga y dos de Girón; en Piedecuesta, dos leguas más al sur, las Divisiones VII y VIII. Sobre la Mesa de los Santos, la Columna Villamizar con el Batallón Montoya y el Marroquín de la División Canal No. 13. En Girón, lugar donde se originaba el camino real que ascendía por el sitio denominado Boquerón al alto de Rubén o de Girón, y que llevaba a Palonegro, se establecieron los Batallones Palacio y Enciso de la XIII División y la II División. De este modo, las tropas de uno y otro ejército iban confluyendo en un punto de no retorno, donde sería inevitable el encuentro bélico.

Entre tanto, el Ejército revolucionario ocupó la línea demarcada por los altos de San Ignacio, Santa Rita, Rionegro y el camino de los Chorizos que conducía hacia Matanza. De allí continuó hacia Lebrija y posteriormente avanzó hacia la casa de Palonegro sobre el cerro denominado Media Torta (Loma de los Muertos). Esta línea de por sí era bastante dilatada, si se tiene en cuenta que desde San Ignacio hasta Lebrija podía haber unos 20 Km, un territorio que la escasa tropa liberal, compuesta por 7.500 hombres, no alcanzaba a cubrir y dejaba al descubierto la vulnerabilidad de su posición geográfica.

En su avance, los revolucionarios fueron afirmando su posición por el camino de los Chorizos a Palonegro, en marchas constantes, con cargas, banderas desplegadas y fijando sus campamentos en el extremo del camino de La Rastra y el Tirabuzón que conducía de Bucaramanga por Palonegro a Lebrija. Este último camino al llegar a la casa de Palonegro se dividía en cuatro: al norte, el de Los Chorizos; al occidente, el del Llano o mesa de los Puyanas; al Suroeste, el camino hacia Lebrija; y al sur, el que llevaba al Boquerón y al alto de Girón por la falda oriental de la Media Torta¹⁷¹.

170. En adelante el relato corresponde a: ARBOLEDA, Enrique. Óp. Cit. pp. 8-15.

171. En adelante la información corresponde a: ARBOLEDA, Enrique. Óp. Cit. pp. 16-65 y FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Óp. Cit. pp. 266-

Explorando el campo de batalla

El lugar donde se desarrolló la Batalla de Palonegro estuvo demarcado por la Cordillera de Canta, caracterizada por tener a su derecha el río de Oro que cruzaba la ciudad de Bucaramanga y presentar de sur a norte un variado relieve, cuyas colinas estaban seccionadas por estrechos valles y en otros lugares por escarpadas profundas. Para hacer más fácil la lectura del territorio, Flórez Álvarez, señala seis puntos importantes en sentido sur-norte¹⁷²:

1. El Alto de Girón, que conducía de Girón hacia el río Sogamoso
2. El Alto de doña Bárbara, que se constituía en uno de los puntos más elevados de la cordillera por donde se encontraba un camino que conducía de Girón a Lebrija. En dirección occidental de este alto y el de Guillén, se desprendían dos cuchillas que llevaban a la quebrada de la Angula, en las cuales estaban ubicadas las casas de los Forero.
3. El Alto de Rubén y Carrizal, que era el punto donde se cruzaban los caminos que conducían a Lebrija desde Girón y Chimitá; a la izquierda del Boquerón y dominándola se hallaba una casa de teja y tapia de Rubén Serrano.
4. Palonegro, donde confluía el camino que llevaba de Bucaramanga a Lebrija. al nordeste de este sitio se ubicaba la casa de Mateo Velandia, que sirvió de hospital al Ejército revolucionario y más abajo, hacia el camino de los Chorizos la casa denominada “El Callao”.
5. Alto del Frío. De allí se deprendía una cuchilla hacia Lebrija y a media falda estaba ubicada la casa de Eulogio Aguilar, donde se reunía el Estado Mayor de los conservadores. Cabe recordar que entre el Alto de Rubén y la casa de Palonegro habían tres morros que fueron el teatro de los más sangrientos asaltos durante la batalla, uno de ellos denominado la Media Torta, que tiempo después sería conocido como el “Cerro de los Muertos”.

6. El Topón. Una casa situada en la parte alta de Lebrija, en la intersección de dos caminos, provenientes de Cantabria y de Hoyalarga, los cuales conducen hacia Lebrija.

172. FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. *Ibíd.* p. 255.

. 8 .

La Gran Batalla

El encuentro de los Ejércitos

Así, el 11 de mayo de 1900 se dio comienzo a lo que propiamente se llamaría la Batalla de Palonegro. A lo largo de 15 días los Ejércitos revolucionario y del Gobierno se enfrentaron en un combate sin tregua, cuanto más desgastante y que al pasar de los días iba dejando más pérdidas de vidas. Las fuerzas del Gobierno estaban comandadas por el General Próspero Pinzón y se componían de un Jefe de Estado Mayor General, General Enrique Arboleda; 57 generales de División y de Brigada; 445 oficiales superiores, coroneles, tenientes coronel y mayores; 2182 oficiales, capitanes, tenientes y subtenientes; y 18.875 individuos de tropa, suboficiales y soldados, provenientes no solo de la milicia conformada en Santander sino también de la Guardia Nacional.

Por su parte, las fuerzas de la Revolución al mando del General Gabriel Vargas Santos, estaban compuestas por 3000 hombres al mando del General Rafael Uribe; 2500 hombres a órdenes del

General Benjamín Herrera; 1300 hombres bajo el mando del General Eugenio Sarmiento; 1200 hombres comandando por el General Luis Ulloa; 1600 hombres bajo el mando del General Rafael Leal; y 1500 hombres a órdenes de Rosario Díaz. A estos se sumaban 2900 hombres reclutados en Lebrija, Matanza, Rio-negro, el Playón y otros llegados de Zapatoca, Piedecuesta, La Mesa de los Santos, Guaca, Tona y Bucaramanga. Ra un total 14.000 individuos, distribuidos así: 8.000 entre Palonegro y Le-brija, y 6.000 entre el camino de los Chorizos, Río Negro, San Ignacio y San Pablo.

Observando las posiciones tomadas por el enemigo a su lle-gada, el General Próspero Pinzón tomó la decisión de modificar el dispositivo que días antes se había adoptado para reaccionar ante un posible ataque contra Bucaramanga. Ahora debía con-centrar su ejército en la meseta de Palonegro y sus alrededores para cerrar cualquier vía que pudiesen tomar los revolucionarios hacia el centro del país. En consecuencia ordenó la forma-ción de cuatro columnas cada una las cuales debía ocupar un punto estratégico en las partes altas del campo de batalla:

- La XIII División o Canal, al mando del General Juan Francisco Posada, compuesta por los Batallones Palacio No. 1, Enciso No. 2, Montoya No. 3 y Marroquín No. 4, con un total de 627 combatientes, debía llegar al Alto de Girón. Para entonces dichos batallones se encontraban acantonados en Girón y la Mesa de los Santos, los dos pri-meros por estar ubicados más cerca tuvieron mayor capa-cidad de reacción y avanzaron rápidamente para cumplir la orden. El Batallón Palacio se encaminó directamente hacia el Alto de Girón y el Batallón Enciso tomó la vía del Boquerón.
- La IV División, comandada por el General Juan B. Tovar e integrada por los Batallones Ayacucho No. 1, Santan-der No. 2, Soto No. 3 y Hernández No. 4, constituida por una fuerza de 1.486 hombres, fue enviada a través del río de Oro, siguiendo los caminos de Tirabuzón y La Ras-tra hacia Palonegro. Cinco de los ocho batallones de esta División se ubicaron del lado de Bucaramanga sin pasar el río, mientras los tres restantes al mando del General

Clímaco Ortíz, Jefe de la I Brigada, contramarcharon por Cuyamita a Bucaramanga para tomar la vía de Chimitá al Boquerón y para apoyar a las Divisiones II y XIII.

- La II División al mando del General Castro Uricoechea, compuesta por los batallones Granaderos No. 1, Sucre No. 2, Holguín No. 3 y Voltígeros No. 4, con un número de 752 combatientes, fue enviada a Palonegro por el ca-mino del alto de Girón.
- La X División al mando del General Dousdebés y com-puesta por los Batallones Tiradores No. 1, Bomboná No. 2 y Sanclemente No. 3, formada por 337 efectivos, se le ordenó dirigirse sobre el camino de Boquerón hasta San Pablo.

El objetivo del primer día de combates tanto de la parte revo-lucionaria como gobiernista estuvo centrado en defender ciertas posiciones y alcanzar otras que favorecieran los resultados al final de la batalla. El Ejército del Gobierno quedo ocupando la parte que seguía Bucaramanga, el Boquerón y el Tirabuzón hasta debajo de San Pablo; por su lado, los revolucionarios se ubicaron sobre la ruta San Ignacio-Los Chorizos-Palonegro-San Pablo-Lebrija. Sin duda alguna, los rebeldes habían logrado una posición mucho más ventajosa que la de sus enemigos. Desde la misma madrugada del día siguiente, cuando los Batallones de la II y la XIII División y el Politécnico de Artillería se precipitaron sobre el lugar denominado Loma Redonda, los revolucionarios aprovecharon su ubicación para abrir fuego sostenido y en una maniobra envolvente obligarlos a combatir en retirada.

La fuerzas gobiernistas estaban siendo atacadas por su línea central y su flanco derecho, quedando a salvo el flanco izquier-do sobre el río de Oro. En aquellos críticos momentos por el centro aparecieron los hombres de la XI Brigada, acompañados del Batallón Regenerador y medio batallón Urdaneta, al mando del General Gonzalo García Herreros; abriendo paso para que la artillería pudiera situar dos de sus cañones a 600 metros de las casas de Palonegro. El General Enrique Arboleda y dos de sus ayudantes, los Tenientes Coroneles Marco A. Echeverri y Luis Alberto Tovar Ortíz, avanzaron con sus tropas para reforzar el ala izquierda y poco después llegaron a San Pablo el Coronel



Ejército del Gobierno y Revolucionario antes de la Batalla de Palonegro (1900).

Archivo Fotográfico Gavassa

Arzayús al mando del Batallón Enciso y el Coronel Riascos comandando medio Batallón Urdaneta, designándoseles marchar por la Cañada de Monte y la cuchilla de Altagracia. Los Batallones que permanecían asentados en el río de Oro recibieron la orden de cruzar el río y atacar, haciendo amagos de subir a la cuchilla de Los Chorizos por el camino de Tirabuzón y el de la Rastra.

Con la cantidad de fuerzas que habían logrado llegar al lugar, los revolucionarios se dieron a la huida: unos, por Lebrija y el camino de El Motoso y otros, por la casa de San Pablo abajo camino de Cantabria; los que se encontraban en el monte se retiraron hacia los cafetales ante la presencia de los Batallones San Clemente y Tiradores. Al finalizar el segundo día los gobiernistas habían logrado un avance, ocupando la línea que iba desde la loma de Altagracia hasta las casas de Palonegro. El Boquerón se configuró como el centro de operaciones de los gobiernistas, quienes se ubicaron en el Alto del Frío su Cuartel General; la escogencia de este lugar fue una decisión acertada por parte del General Pinzón pues era un lugar cercano a donde se estaban desarrollando los combates y ello le permitía dirigir sus tropas con mayor acierto.

Hasta este entonces, el Ejército gubernamental se había mantenido en una ofensiva activa. El 13 de mayo de 1900 el General Pinzón asignó como objetivo táctico las casas de Palonegro y Loma Redonda a los Batallones Cundinamarca, Palacio, los restos de los Batallones de la XI División, los batallones Regenerador, Urdaneta, Santos, Bolívar, Málaga, Sebastián Ospina, Hernández, Rifles No. 1 y 2, Santander No. 1, Voltígeros, los restos del Sucre y Granaderos, el Batallón Tiradores y la Artillería. Sobre la izquierda, debía avanzar después del Batallón Tiradores, el Sanclemente, El Bomboná, Enciso y Urdaneta. Cerrando el flanco hacia Lebrija, los Batallones Norte y Valderrama. Cubriendo la retaguardia por el Alto de Girón y Altagracia, el Güican, el Piquete Volante, el Pozano y el Voltígeros; mientras que el Holguín debió permanecer en el Alto de Girón.

Con las casas de Palonegro como objetivo final, la artillería bajo las órdenes del General Urdaneta inició el fuego sobre dicho lugar y se dispuso que las compañías de fusileros efectuaran un ataque simultáneo, logrando el repliegue de los



Plano de los lugares de combates en la Batalla de Palonegro (1900). General A. Uribe G. Biblioteca Luis Ángel Arango. Fondo Planos Antiguos. 46 x 55 cm.

revolucionarios al monte, dejando encargado de la custodia del sitio al Batallón Málaga. Lo que no se esperaba el Ejército conservador es que el propio General Uribe Uribe apareciera en escena, comandando el ataque sobre el ala derecha. El mismo General se trasladó a la casa de Palonegro y ante la presencia de numerosos contingentes del Ejército Gubernamental por el camino del Alto de Rubén dispuso que los Batallones Gaitán y los hombres del 1º y 2º Ejército del General Herrera, los atacaran.

Desplegadas las tropas fuera de las casas de Palonegro abrieron fuego contra las tropas gubernamentales en forma decisiva hasta hacerlos retirar, siguiendo el avance por la hondonada y de ahí al Boquerón hasta llegar de frente al cerro de Palonegro. Esta hubiese sido una victoria para el Ejército revolucionario de no haber sido por el arrojo y valentía que mostraron el General Urdaneta y sus hombres, quienes tratando de mantener su posición continuaron haciendo disparos de cañón y ordenadas descargas de fusilería sobre la casa de Palonegro, pese a los tres fatigosos días de lucha que los alcanzaban, las bajas en la tropa, las heridas del propio Urdaneta, la muerte del Coronel Alvarado, jefe del Batallón Cundinamarca y la escasa munición. De igual modo, sin el valor del General García Herreros con sus batallones destrozados y el ánimo del General Pinzón, quien alentaba a sus tropas, diciendo a viva voz: “De aquí, ni un paso más atrás; aquí muero hoy: los que quieran acompañarme, quédense”.

Tal parecía que los días del valiente General no terminarían allí. Cuando las tropas gobiernistas bajaban en desbandada y en completa desorganización, vieron a lo lejos acercarse los cuerpos de la IV División, comandada por el General Emilio Ruíz, acompañado de 400 hombres, quienes con paso apresurado venían desde el puente de Suratá. Más tarde apareció en escena la XII División al mando del General Luis María Gómez, con la cual se logró una reorganización de las tropas para combatir el ataque. De igual modo, se ordenó a los Generales Arango, Medina y Duarte, y los Coroneles Riascos y Arzayús, retroceder a sus antiguas posiciones. De esta manera, Arango y Duarte volvieron al Alto de Girón, Medina a Altagracia, Riascos y Arzayús a la izquierda de San Pablo, el Batallón Bomboná al camino de San Pablo y el Batallón San Clemente a su sitio original.



Pirámide de calaveras [1900]. Saúl Meza Arenas. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo Fotográfico. 1; 12,3 x 9,8 cm

Después de aquel día, tanto las fuerzas revolucionarias como las gobiernistas, llegaron a un punto de estabilización donde ninguna de las partes intentaba una acción concreta, decisiva y contundente. Pero, ¿por qué ninguno de los ejércitos se decidía a avanzar? Ciertamente existían suficientes razones de peso para no hacerlo pues cualquiera que se aventurara primero en un aguerrido ataque podía fracasar, por supuesto del lado del Gobierno había mucho más que perder. Ambos ejércitos sufrían el desgaste de los arduos días de batalla; estaban diezmados por el alto número de bajas sufridas durante los enfrentamientos, sin contar las disidencias; además, las armas y las municiones en el bando de los rebeldes habían comenzado a escasear.

En tales condiciones era preferible optar por una guerra de desgaste. Los días que siguieron desde el 16 hasta el 24 de mayo ambos bandos acometieron asaltos llevados a cabo en el silencio de la noche; los revolucionarios para poder cubrir su escasez de municiones por aquellos días prefirieron utilizar machetes durante sus ataques, llegándose incluso a traer “negros caucanos” quienes habían demostrado experiencia y destreza en el manejo de esa arma. Por aquellos días, las lluvias que habían acompañado los primeros días de la batalla cesaron y el inclemente verano comenzó a hacer sus estragos. El estado de descomposición de los cadáveres insepultos dejados a su suerte cargó el ambiente de olores nauseabundos, imposibles ya de resistir por el olfato de cualquiera. El agua que corría por las cañadas y el mismo río llevaba aquella podredumbre y la insaciable sed de los combatientes, debido a las altas temperaturas y al cansancio de las confrontaciones, los obligaba a beber aquel mal sano líquido.

A las heridas recibidas en combate, las gangrenas producto de las infecciones, las epidemias de viruela y fiebre amarilla desatadas por aquella época en el departamento y el cansancio natural producido por los largos e incesantes días de lucha, se sumaron fiebres nunca antes vistas que comenzaron a asolar las tropas de ambos bandos, pues la muerte no distinguía de los partidos y se llevaba tanto a liberales como conservadores por igual, aunque no faltaba quien pensara lo contrario. Como en toda guerra, muchos de los que allí estaban, pero sobre todo los que ya veían perdida aquella batalla comenzaban de pronto a preguntarse por la razón de su participación en ella, la mayoría



Hombres participantes en la batalla de Palonegro (1900). Saúl Meza Arenas. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Archivo Fotográfico de Santander.

ni siquiera encontró respuesta a la dichosa pregunta que más bien parecía una costumbre en las guerras civiles del país. Por ello, no era raro que en situaciones como esta el número de desertiones aumentara.

Vale la pena decir que durante aquella espera, la moral de los gobiernistas se mantuvo infranqueable, especialmente gracias al ánimo brindado por el General Próspero Pinzón, un hombre piadoso que siempre los mantuvo en oración, mientras aguardaban la segura victoria. Claro, el Ejército del Gobierno no solo se fortalecía espiritualmente, también comenzaron a llegar nuevos refuerzos: la XIV y la XVI División, a órdenes de los Generales Luciano Estrada y Bonifacio Vélez, con los batallones de la Popa, Caro Salamina y Manizales. Así mismo se enviaron la VI y la VIII División a Bucaramanga para ubicarse en el puente de Suratá. También se situaron los tres cañones Bange en Buenavista a tres mil metros de distancia al sur de las casas de Palonegro desde donde se dispararon algunas granadas.

Las perspectivas del General Pinzón en relación a una victoria eran alentadoras, pues cada día que pasaba veía mayores posibilidades de obtener un éxito contundente, estaba seguro de que la voluntad de su oponente, el General Vargas Santos estaba quebrada junto con la moral de su ejército. La línea de combate liberal ya no era tan sólida como lo había sido en los primeros días del combate, su ala derecha ya no se apoyaba en Lebrija y las elevaciones circundantes. Por el contrario, luego de los ataques del 14 de mayo se había contraído y ahora su punto decisivo estaba en la casa denominada del Topón, en donde convergían los caminos que venían de Palonegro a Lebrija y de Girón al mismo.

El 24 de mayo se procedió a hacer contramarchar la IV División a la línea de Batalla y habiendo llegado el parque necesario, el General Pinzón, se dispuso a preparar el último ataque o golpe de gracia para el día 25. Antes de proceder intentó persuadir al General Vargas Santos de presentar su rendición¹⁷³. En una singular misiva, el General Pinzón le recordaba al Jefe



Soldado del Batallón Figueredo. Archivo Fotográfico Gavassa.

173. Comunicación Dirigida por el General Próspero Pinzón, al Comandante en Jefe de la Revolución (Bucaramanga, 1 de junio de 1900). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (7 de junio de 1900), Año XLII, N.º. 3445, pp. 49-50.

del Ejército revolucionario el estado en que se hallaban las tropas gubernamentales, las cuales describió como numerosas y aguerridas, bien organizadas después de los primeros encuentros y reforzadas continuamente con tropas “frescas e intactas” provenientes del interior, las cuales poseían una alta moral, además de estar entusiasmadas y previstas de recursos de todo género. Para unas tropas con tales características, la victoria no les sería esquivada de ninguna manera.

Es más, insistía en que el Ejército legitimista era dueño de la Nación, en el tiempo transcurrido había podido reparar sus fuerzas, había recibido y recibía a cada paso pertrechos de toda clase, incluyendo artillería; en otras palabras, nada ansiaban más las tropas que combatir. El Gobierno aparte del recurso inagotable del papel moneda, del cual según las leyes podía disponerse hasta donde lo exigieran las circunstancias de la guerra, contaba con amplios créditos, franquizados por las Repúblicas amigas, lo que le permitía proporcionarse cuantos elementos juzgara necesarios, no solamente para socavar la presente rebelión sino también para hacerse respetar de los extraños.

En cambio, había que ver el estado de los revolucionarios quienes se hallaban en una órbita de acción verdaderamente asfixiante, estaban carentes de cualquier recurso, hambrientos, diezmados por las enfermedades y faltos de pertrechos. Tal parecía que la Revolución estaba expirando su último aliento antes de ser aplastada por completo. Los días de lucha habían dejado un saldo en rojo para los liberales, que tenían una interrumpida cadena de desastrosos y de derrotas en todas la República:

El liberalismo del Tolima que hace poco amenazaba con 5000 hombres no cuenta ahora ni con la cuarta parte de ese Ejército; en Boyacá alientan todavía 500 revolucionarios, en persecución de los cuales marchan por distintas vías fuerzas infinitamente superiores; el guerrillero Rosas descansa de sus fatigas en las prisiones del Gobierno; Antioquia, Bolívar, Cauca, Cundinamarca y Panamá están tranquilos; de dos buques de guerra que se pretendió hacer venir del exterior, a despechado de las leyes que rigen la navegación de los mares, el uno sufrió toda clase de averías y encalló en las playas extranjeras; y el otro un remolcador viejo, a bordo del

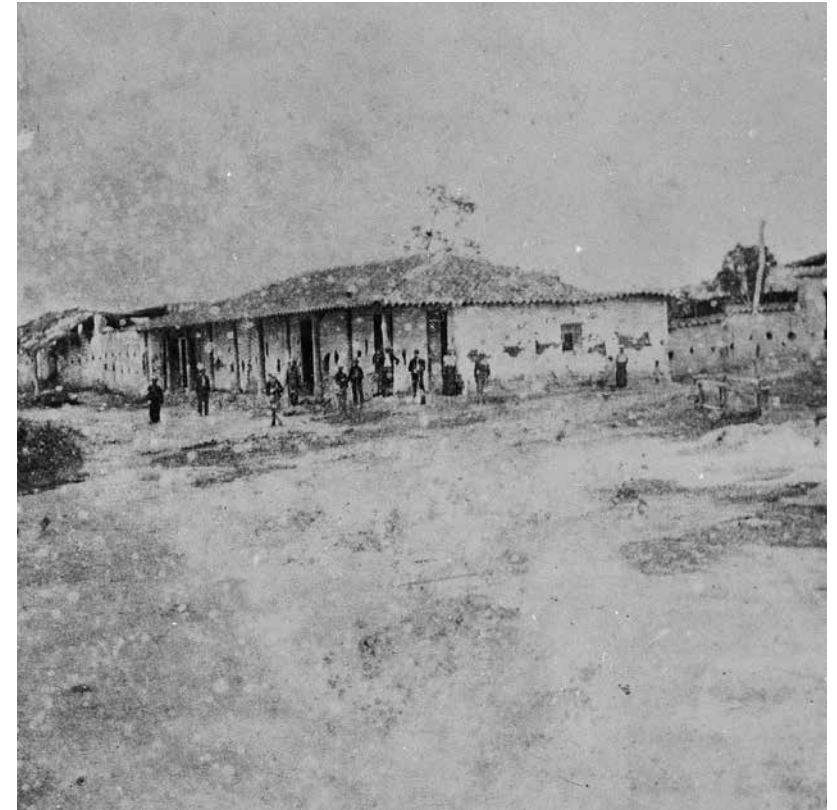


Fuerzas revolucionarias (1900). Archivo Fotográfico Gavassa

cual no puede navegar ni un pequeño número de soldados; por último usted conoce como conozco yo el triste resultado de la expedición de Riohacha que, confiada a una región la más insalubre, no han podido desempeñar el papel que soñaron los autores de la guerra

Pero allí no quedaban las cosas. Ante los pocos resultados obtenidos por la Revolución, ni el General Vargas Santos ni sus aliados podían ya prestar cara en la vecina República de Venezuela para buscar recursos económicos o de guerra, pues el Gobierno que los había apoyado no solamente estaba a punto de sucumbir sino también porque la causa liberal había perdido prestigio en aquel país, tanto que ninguno de sus partidarios estantes allí quería ya embarcarse en un negocio venido a menos. Y estas eran pues las razones por las cuales, era del todo nulo y descabellado, que el General liberal siguiera adelante con su propósito, que ya bastante tenía arruinado al país. Finalmente, Pinzón lo invitaba a dedicarse a buscar soluciones pacíficas a los problemas que tenía la nación, a deponer las armas y a someterse al imperio de las normas de la Constitución.

El llamado del General Pinzón no tuvo ninguno eco en las fuerzas contrarias. Sin ninguna respuesta, el 25 de mayo la VII División rompió la marcha por el centro y luego las demás. La XIV División con los Batallones Girardot y Salamina atacaron el cerro desde donde los revolucionarios dominaban Lebrija; el Batallón Manizales flanqueó la población por la derecha, mientras el Batallón Caro se dispuso a desalojar parte del enemigo que se había quedado oculto a retaguardia sobre la izquierda. Ya derrotados los revolucionarios, las fuerzas del gobierno avanzaron hasta la Mesa de los Puyanas y Boca del Monte, y luego de recibir las manifestaciones hechas por el General Juan Crisóstomo Ramírez y otros Jefes divisionarios, avisando que ya las órdenes estaban cumplidas estrictamente, el Comandante en Jefe ordenó suspender el ataque. Por su parte las Divisiones XII y XIII, con los Batallones Popayán a la derecha, Timbío a la izquierda y Zipaquirá por el centro desalojaron las tropas revolucionarias, ocupando una nueva línea que les permitió dominar completamente las casas y bosques alrededor de Palonegro.



Casas de Palonegro (1900). Archivo Fotográfico Gavassa

Al amanecer del 26 de mayo los revolucionarios habían abandonado el campo de batalla. El Ejército defensor de las instituciones al mando del General Próspero Pinzón, había obtenido la victoria más completa y decisiva sobre las fuerzas revolucionarias comandadas por los Generales Gabriel Vargas Santos, Foción Soto y Rafael Uribe Uribe. Por la información que hasta ese día se tenía, habían tenido lugar más de cuatro mil bajas entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Las del gobierno se contaban en cerca de dos mil. Los revolucionarios huyeron dejando insepultos sus muertos, abandonando muchos de sus heridos en el campo de batalla y dejando en poder de las fuerzas legitimistas gran cantidad de armas y pertrechos. Tomaron la vía de Rionegro, población de donde habían salido precipitadamente y en la que dejaron también abandonados más de dos mil heridos¹⁷⁴.

En dicho lugar se vieron obligados a poner en libertad a los prisioneros políticos que hizo en La Amarilla y Gramalote, los señores Generales Jesús M. Zuluaga, José Tenorio, Pedro Sicard Briceño, Laureano García y José María Domínguez, quienes llegaron a Bucaramanga fueron recibidos con las más significativas muestras de regocijo popular. Mientras tanto, las fuerzas revolucionarias continuaron siendo perseguidas de cerca por algunas divisiones del Ejército conservador. Aquel día de gloria, hizo el General Pinzón su entrada triunfal en la ciudad de Bucaramanga donde con humildad y sin que el peso de tantas glorias como las que acababa de obtener le hiciese olvidar sus deberes de creyente fervoroso, se encaminó en primer término a la Iglesia principal de esta ciudad.

Allí, fue recibido por el Clero que lo condujo al pie del Altar a oír el solemne *Te-Deum* cantado en honor a los triunfos obtenidos. Hondamente emocionado, un numeroso público asistió al acto religioso, después del cual el General fue conducido a su morada en medio de las aclamaciones del pueblo y del Ejército. La Revolución había quedado herida de muerte. Ahora,

174. En adelante la información contenida corresponde a: Rafael Quijano Gómez. Telegrama por el cual se da cuenta a los Jefes Civiles y Militares de las Provincias del Departamento del triunfo obtenido por fuerzas del Gobierno en Palonegro (Bucaramanga, mayo 29 de 1900). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (7 de junio de 1900), Año XLII, N.º. 3445, p. 49.

el gobierno contaba en el departamento de Santander con un Ejército de hombres aguerridos, entusiasmados por la victoria, comandados por los jefes más valientes y dispuestos a continuar la lucha hasta restablecer el imperio de la Constitución y las Leyes y conseguir la paz.

Los cuerpos dejados por la Guerra

Ciertamente los quince días de cruentos enfrentamientos habían dejado un alto número de pérdidas de vidas humanas y de heridos. En los días siguientes al término de la Batalla de Palonegro, los heridos eran recogidos por doquier y los muertos enterrados donde hubiese lugar para ello, pues la putrefacción de los cuerpos llenaba de hedores el lugar y ya estaba cobrando cuotas altas debido a las infecciones. A cada tanto se podían encontrar heridos entre los restos insepultos, aquellos hombres sin auxilio algunos con solo un cadáver fétido como base para sostener sus cansados y a veces, destrozados cuerpos. Así fue como apareció el Coronel Jesús María Sosa, aún con vida después de haber sido herido de muerte diez días atrás. En aquel campo las escenas a cuál más eran aterradoras:

¡Oh! qué horror y que tristeza se apoderaron de mi alma...A pocos pasos de una pequeña rancharía que humeaba y despedía olores nauseabundos, se veían entre un cafetal, tendidos centenares de muertos, presa escogida de voraces gallinazos que jamás concibieron la ferocidad de los hombres para prepararles aquel festín de carne humana. ¡Qué cuadro tan salvaje! (...) Dimos algunos pasos entre esos restos humanos, contemplando aquellas caras infiltradas y acardenaladas que por boca y por ojos y expulsaban materias infecciosas, líquidos nauseabundos de fetidez insoportable. ¡Qué caras aquellas! Las unas con las mandíbulas separadas y la lengua afuera, parecían gritar por algún alivio...Y Dios sabe si ese grito fue en verdad su última manifestación de vida¹⁷⁵

175. ARBOLEDA, Enrique. Óp. Cit. pp. 78-79.

Pero, ¿qué pasaba con los heridos durante el combate? La duración de la batalla dio lugar para que el Ejército del Gobierno, organizara una ambulancia, puesta a cargo del médico Carlos Putman, asistido por un equipo de colaboradores entre médicos y un grupo de cuarenta hermanas de la caridad¹⁷⁶. Estas últimas, según el relato del General Enrique Arboleda, formaban una División llamada División de Tours, reconocido por la habilidad de sus integrantes para curar heridos, levantarlos y socorrerlos sin descanso, darles una palabra de aliento y consuelo, muchas veces más efectivos que los tratamientos científicos. Ninguna otra cosa les importaba más a aquellas servidoras de Dios que atender a sus pacientes; por ello no era raro verlas caminar entre los cuerpos descompuestos y los heridos regados por el campo de batalla, incluso exponiendo sus vidas. Jamás se oyó queja alguna de los padecimientos que pudieran estar pasando por causa de estar en medio del cruce de balas¹⁷⁷.

Desde el inicio de los combates los Jefes del Ejército del Gobierno se habían ocupado de buscar locales y hacer espacio para recoger los heridos traídos de los campamentos. En la ciudad de Bucaramanga se hallaba el Hospital General cuyos salones se llenaron durante los dos primeros días de la batalla; llevándolos a utilizar la Escuela de Artes y Oficios, una casa en Campo Hermoso propiedad del señor Demetrio Ortiz y la Escuela de Varones como locales alternos al hospital donde eran conducidos y atendidos los heridos. En los días 18 y 19 se organizaron otros hospi-

176. SERPA FLÓREZ, Fernando. La Cirugía en las Guerras Civiles del Siglo XIX en Colombia [en línea]. En: Revista Colombiana de Cirugía, Vol. 12, No. 1. Disponible vía web en <<<https://encolombia.com/medicina/revistas-medicas/cirurgia/vc-121/lacirugiaenlasguerras/>>>. Sobre la presencia de hermanas de la caridad en la Guerra de los Mil Días, Eraso refiere: “Se considera un hito médico la llegada en 1873 de las monjas francesas Dominicanas de la Presentación, quienes se vincularon al Hospital San Juan de Dios, al Leprosorio Agua de Dios y por su experiencia también fueron llamadas a atender a los heridos en las dos última guerras civiles, la de 1876 y la de Los mil días. Estas hermanas de la caridad establecieron escuelas de formación de enfermería y comenzaron a estructurar esta profesión”. ERASO ROJAS, Luis Hernán. La mujer en la medicina colombiana. En: Revista de Medicina, Bogotá (2016), Vol. 38, No. 1. Disponible vía web en <<<http://revistamedicina.net/ojsanm/index.php/Revistamedicina/article/view/112-7/1055>>>.

177. En adelante la información corresponde a: ARBOLEDA, Enrique. Óp. Cit. pp. 72-85.

tales en unas casas situadas al lado de la Plaza de García Rovira y en la Quinta de Minlos, también se abrió un servicio solo para atender a los soldados de la Artillería. Además, se contó con los hospitales fundados en Girón, Florida, Piedecuesta y Rionegro.

Todos estos hospitales sirvieron para prestar atención a un promedio de mil diecisiete heridos y a más de mil doscientos individuos con distintas enfermedades: fiebres, afecciones pulmonares e intestinales, reumatismo, etc. Estos últimos y los violentos fueron remitidos a los hospitales de Campo Hermoso, Minlos y las casas de las afueras de la población que se tomaron con este fin. Los heridos quedaron distribuidos en los hospitales de la siguiente manera:

Hospitales de Bucaramanga: 681

Hospital de Girón: 199

Hospital de Florida: 54

Hospital de Piedecuesta: 43

Hospital Rionegro: 40

La mayor parte de los heridos habían sido sometidos a alguna cirugía, ya fuera para extraer algún proyectil, fragmento de hueso, ligar alguna arteria, suturar colgajos o reducir alguna fractura, entre otras. Además se llevaron a cabo algunas amputaciones en aquellos casos donde el miembro se gangrenaba o la herida comprometía una arteria o una porción interesante de tejidos blandos y óseos. Realmente, el tipo de heridas era tan variado como los tipos de armas utilizadas, pero aquellas localizadas en abdomen y tórax, por lo general, eran mortales pues además de ocasionar graves daños en las vísceras de ambas cavidades, las infecciones contribuían a agravar la situación, especialmente si se tiene en cuenta que para aquella época la asepsia y antisepsia apenas comenzaban a utilizarse y los antibióticos no existían¹⁷⁸.

178. Según el doctor Marco A. Barrientos, quien participó como practicante en la ambulancia del Norte: “En nuestra guerra pasada se hizo uso de varias armas siendo la más destructiva el Malinge (Mannlincher), introducido por la revolución. Tal es su potencia destructiva que los primeros soldados heridos con esta arma en Palonegro, decían que eran cañonazos. Con proyectiles como el Malinge, parte de un hueso puede ser arrastrado quedando el miembro sostenido únicamente por las partes blandas”. BARRIENTOS, Marco A. Heridas por arma de Guerra. Bogotá: Universidad Nacional

Los medicamentos, instrumentos quirúrgicos y de curación, vasijas, baños, estuches, catres, petacas, monturas para las hermanas y algunos de los ayudantes de las ambulancias, algodones, vendajes y demás elementos necesarios para la atención de los enfermos y heridos en aquella época, le ocasionaron al Gobierno nacional un gasto cercano a los 16.787 pesos. Además de este dinero, el General José Santos dispuso de un fondo de reserva de tres mil pesos destinados a cubrir cualquier eventualidad que se pudiese presentar, utilizándose en la compra de algunas medicinas en las droguerías de los señores Forero & López, y algunos géneros de vendajes en la droguería de los señores Granados.

Termina la guerra

Como bien se sabe la Guerra de los Mil Días solo terminó en 1902 bajo la firma del tratado de Wisconsin. Tal vez, para los liberales la batalla Peralonso fue su única y verdadera victoria, pues el resto de los combates importantes sostenidos durante el resto de la guerra contra el Ejército del Gobierno, fueron un verdadero fracaso. Después de aquel triunfo, la impronta revolucionaria no volvió a levantar cabeza, por el contrario los desastres para sus tropas se sucedieron uno tras otro sin posibilidad de cambiar el curso de los enfrentamientos a su favor. De nada sirvió el valor y el arrojo mostrado por sus soldados ni mucho menos el apoyo recibido por parte de los movimientos revolucionarios de los países vecinos, la derrota se había firmado desde el mismo inicio de la Guerra, cuando la improvisación, el desorden y la falta de armamento fueron la característica principal de aquella revolución.

La Batalla de Palonegro fue un hecho insigne dentro de los eventos que rodearon la Guerra de los Mil Días. Su importancia estriba no solo en la duración y las circunstancias de su desarrollo sino porque marcó el fin de la campaña en Santander,

de Colombia, 1903 Citado por RUEDA GONZÁLEZ, Ricardo. La Guerra de los Mil Días [en línea]. En: Revista Academia Nacional de Medicina, Vol. 28, No. 3. Disponible vía web en <<[convirtiéndose en uno de los símbolos destacables del triunfo del Ejército del Gobierno sobre la revolución amenazante del orden constitucional. Aquel hecho bélico marcó la derrota definitiva de las intenciones del liberalismo de llegar al poder por la vía armada. No se quiere decir con ello que una vez finalizados los enfrentamientos en Palonegro las hostilidades en Santander se detuvieron. Por el contrario los revolucionarios buscando siempre una salida a su desventurada dicha se mantuvieron en la terca idea de continuar combatiendo a sabiendas de sus dificultades.](https://encolombia.com/medicina/revistas-medicas/academecina/va-74/museodelahistoria/>></p>
</div>
<div data-bbox=)

Sin lugar a dudas la Batalla de Palonegro puso fin a la guerra en Santander, el Ejército revolucionario quedó devastado, con numerosas bajas en sus individuos de tropa y oficiales. Si los rebeldes habían acudido a aquel enfrentamiento, faltos de armas y municiones, los pocos cartuchos que tenían se habían quemado allí y su salida del combate no fue mejor que su entrada: los revolucionarios volvieron a Cúcuta con una mano adelante y la otra atrás. Nada de raro tuvo la derrota sufrida durante el sitio a aquella ciudad donde finalmente se rindieron. El 16 de agosto en un telegrama enviado desde San Gil, el General Próspero Pinzón avisaba al General Peña Solano: “Se está verificando la entrega del armamento por rendición del enemigo...Felicitémonos por la Paz”¹⁷⁹.

En el resto del país. Las confrontaciones continuaron y para 1902 en el sur la revolución no logró consolidar una fuerza operativa con la capacidad suficiente para controlar ese espacio estratégico y en el norte la campaña fue devastadora, el General Uribe Uribe solo conoció derrotas. Únicamente en Panamá, el General Benjamín Herrera a la cabeza de la unidad naval “Almirante Padilla” con un número bastante amplio de individuos de tropa y oficiales dio resultados significativos a la causa. Mientras la suerte acompañaba en Panamá al General Benjamín Herrera, en el centro del país el liberalismo revolucionario iba poco a poco perdiendo su aliento. Viendo cada vez más lejano el éxito de realizar aquella idea que los había llevado a embarcarse en semejante empresa, el General Uribe Uribe dio los primeros pasos para buscar la paz. Aunque entonces el experimentado

179. MARTÍNEZ CARREÑO, Aída. Óp. Cit. p. 207.

General no conducía las riendas del Partido Liberal, consideró pertinente dirigirse a sus copartidarios para exponer su pensamiento¹⁸⁰.

En su manifiesto el General Uribe Uribe, explica las razones consecuentes de poner fin a la guerra. La esperanza de realizar sus deseos estaba cada vez más desvanecida y debían afrontare con toda franqueza, los intentos de mantener la lucha en los diferentes territorios del país parecía ser un esfuerzo inocuo. Era, por demás, necesario aceptar la falta de elementos suficientes y de un buen plan general para desarrollar aquella revolución una de las causas más graves de aquel fracaso. Sin las herramientas necesarias para garantizar la victoria, no creía útil regresar a la revolución u ofrendar su vida para salvarla: “por consiguiente, ni a miedo, ni a egoísmo, ni a cansancio puede atribuirse mi retraimiento y así quizá nadie me niegue autoridad moral para decir a los liberales: ¡tengamos paz!”¹⁸¹.

Ciertamente no eran razones económicas ni sociales la causa para aconsejar la suspensión de las hostilidades, simplemente en aquellos momentos las posibilidades de triunfar eran nulas; así las cosas era mejor aguardar una mejor oportunidad y reservar los elementos y recursos que se tenían. El hecho de apelar a las armas no era la guerra en sí misma sino la consecución del triunfo, no se trataba entonces de realizar hazañas heroicas sino de vencer a través de ellas. En aquel punto de la guerra, era necesario hacer un alto, pues sostener la revolución era importante para derribar al Gobierno y para nadie era un secreto que hacía ya muchos meses la campaña estaba destinada a un “infructuoso tejer y destejer de operaciones y a un tomar y dejar territorios”, sin conducir a nada.

Las numerosos grupos de guerrillas que se habían diseminado por el país, después de poner fin a la campaña en Santander, con las cuales el General Uribe Uribe nunca estuvo de acuerdo



Firma del tratado de Wisconsin. Archivo Gavassa.

180. JARAMILLO CASTILLO, Carlos Eduardo. El Tratado de Wisconsin: noviembre de 1902 [en línea]. En: Credencial de Historia, Bogotá (septiembre de 1999), No. 117. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32968>>>.

181. En adelante la información corresponde a: URIBE URIBE, Rafael. Manifiesto (Nueva York, 21 de abril de 1901) [en línea]. En: MARTÍNEZ SILVA, Carlos. Por qué caen los partidos políticos. Bogotá: Imprenta de Juan Casis, 1934. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/politica/parpo/indice.htm>>>.

se han convertido en un problema y en nada solucionaban la ausencia de un ejército bien organizado. Era necesario envainar las espadas de la revolución y evitar el descontento de la población: “Arrastraremos las simpatías y el aplauso universal si nos mostramos más sensibles que nuestros adversarios a la ley de compasión por la masa neutral y pasiva, menos tercos ante los sacrificios de amor propio, más cuidadosos de, la opinión extranjera”. Juzgando serenamente las cosas, no como político sino como General era imperioso poner término a la guerra porque no había probabilidades de vencer.

Era tiempo para que quienes habían insistido en la guerra recogieran sus armas y se retirara a la vida privada y al trabajo honrado. En relación al orden interno del Partido era preciso evitar la discriminación de responsabilidades anteriores a la guerra o procedentes a ella:

No construyamos frases con si, como “si se hubiera obrado de tal modo,” “si fulano hubiese ejecutado tal movimiento,” que a fuerza de ser fáciles pasan a ser vulgares, y no teniendo poder para reformar lo pasado, sí lo tienen, y grande, para producir disensiones en lo presente para oscurecer el porvenir. No escribamos historia: dispongámonos a agregarle capítulos. Miremos adelante, no hacia atrás. En vez de censurarnos recíprocamente, consolémonos los unos a los otros en la aflicción de nuestra común desgracia. En presencia del enemigo, a quien ha que seguir combatiendo, se impone el toque de silencio en nuestras filas. Más o menos, todos hemos cumplido con nuestro deber con abnegación y patriotismo y la buena voluntad y la recta intención excusan suficientemente los errores que hayamos cometido.

Después de escribir este significativo llamamiento a la paz, el General Uribe Uribe se dispuso el 24 de octubre de 1902 a la firma de un tratado de paz entre la revolución y el Gobierno nacional en la finca de Neerlandia, de donde posteriormente tomó su nombre dicho documento. Este primer evento llevó al General Benjamín Herrera a aceptar el ofrecimiento de los norteamericanos para que en su buque insignia el “Wisconsin”, ubicado en el puerto de ciudad de Panamá, se reunieran las

comisiones representantes de la revolución y del Gobierno. El 21 de noviembre de 1902, los conservadores Víctor M. Salazar y Alfredo Vázquez Cobo y los liberales Lucas Caballero y Eusebio Morales firman un acuerdo que, ratificado respectivamente por sus jefes Nicolás Perdomo, ministro de Gobierno, y Benjamín Herrera, director de la guerra en Cauca y Panamá, pone fin al conflicto.

. 9 .

En perspectiva de combatiente

Con regularidad la Batalla de Palonegro ha sido estudiada siguiendo el documento oficial publicado por el General Enrique Arboleda, considerado uno de los documentos más completos que existe sobre la misma. No obstante, poco a poco los relatos de los oficiales e individuos de tropa tanto del Ejército del Gobierno como del revolucionario, combatientes en aquella batalla han quedado relegados al olvido, perdiéndose en el complejo universo de los archivos históricos. Por ello, este apartado se ha querido dedicar a escuchar la voz de aquellos hombres que dejaron plasmadas en sus hojas de campaña sus vivencias en aquella batalla.

Logística

El Capitán Antonio Domínguez tenía por aquella época y hacía parte de la tercera Compañía del Batallón Lebrija No. 1, al comenzar los combates de Palonegro, fue destinado para

encargarse de una comisión de 20 Soldados, quienes debían transportar de Bucaramanga a los campamentos del Estado Mayor ubicados en el alto de Rubén y de San Pablo, los víveres enviados por la intendencia del Ejército tales como “municiones”, aguardiente, panela, tabacos, pan, etc. En esta función se desempeñó hasta el 19 de mayo cuando se reintegró nuevamente a su batallón, bajo las órdenes del Comandante Leal y el Capitán Abraham Arciniegas, para ocupar la casa de Altagracia, ubicada al sur del sitio de Palonegro, hasta eliminar la fuerza revolucionaria a órdenes del General Rosario Díaz¹⁸².

El Capitán Domínguez junto a su Compañía se mantuvo combatiendo durante dos días con sus noches contra los revolucionarios, hasta lograr tomarse el cerro de Altagracia. Luego de esta valerosa hazaña, el 22 de mayo en la tarde se ordenó la movilización de los Batallones Lebrija No 1, Cote, Casabianca, 7 de agosto, 12 de noviembre y otros hacia los sitios de El Topón, Mesitas, Cantabria, Puyana y el Granadillo para obstaculizar el paso de las tropas revolucionarias que avanzaban por el Naranjo hacia Puerto Santos. Al día siguiente, en la horas de la mañana el Batallón Lebrija fue atacado por el Batallón Revolucionario “Murillo Toro”, comandado por el Coronel Sabulón Ruiz, quien pereció con la mayor parte de su batallón durante el contraataque.

El 26 de mayo, cuando la Batalla había terminado el General Juan Francisco Posada, ordenó al Batallón Lebrija No. 1 recorrer algunas zonas y recoger los heridos, armas, municiones y menajes. Al Capitán Domínguez se le encargó una ambulancia de 40 individuos de tropa, quienes se dedicaron a prestar auxilios a los heridos, acomodándolos en improvisadas camillas y conduciéndolos al Cuartel General que estaba instalado en la casa de San Pablo, propiedad de Eulogio Aguilar, desde donde luego eran enviados al hospital de sangre en Bucaramanga.

Persiguiendo a los ratones de cueva en cueva

Al iniciarse la batalla de Palonegro, el teniente Buenaventura Gómez estaba presto a cumplir sus 21 años. Proveniente de los combates que se habían librado contra los revolucionarios en el norte del departamento arribó a Piedecuesta el 13 de mayo, dos días después de iniciados los combates en Palonegro, en medio del ruido que producían la detonación de los tiros pequeños y los disparos de cañón hechos de vez cuando en el campo de batalla. Al siguiente día, junto a la III Compañía de la VII División a la que pertenecía, continuó su marcha llegando al camino del Boquerón donde se enfrentó a los revolucionarios quienes pretendían tomar posiciones en el alto de San Pablo. En el combate por ganar aquel sitio, el Ejército gubernamental, no solo logró desalojar a los rebeldes sino hacer algunos prisioneros entre ellos un sobrino del General Vargas Santos¹⁸³.

El 14 de mayo, la 3ª Compañía siguió su avance hacia Lebrija hasta desalojar a los revolucionarios de aquella población, siguiéndolos en su huida por el camino de Cantabria en un fuego sostenido durante toda aquella noche. Al despuntar el 15 de mayo, la lucha contra las fuerzas revolucionarias se agudizó y la línea de batalla tomó forma de herradura; el resultado fueron varios muertos, entre ellos el Coronel Lozano y varios heridos: Sargento Mayor Domingo Puentes, Coronel Ismael Mejía y Capitán Ayudante Francisco, a este último le volaron la mano izquierda. Enfurecido y bajo las órdenes de los valientes Generales Manuel Medina Calderón y Julián Arango, los gobiernistas atacaron el Cuartel General de la Revolución por la retaguardia, pero allí fueron recibidos por los rebeldes “a machete, bayoneta y bala”, debiendo retirarse a la Hoya frente a Cantabria donde continuaron los enfrentamientos.

A eso de las cuatro de la tarde el humo de los tiros y la lluvia torrencial, convirtieron el campo de batalla en una nube gris que terminó confundiendo a los combatientes y causando

182. En adelante el relato corresponde a: DOMÍNGUEZ, Antonio. Capitán del Ejército del Gobierno. Hoja de Campaña (Bucaramanga, agosto 31 de 1950). En: Museo Militar Batalla de Palonegro. Pieza de exposición, folios 1-2.

183. En adelante la descripción pertenece a: Memorial del Teniente Buenaventura Gómez en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 275, Expediente 663, folio 5-8.

“una mortandad terrible”. Aun cuando a las ocho de la noche de aquel día, los Generales que comandaban aquella División recibieron la orden de retirarse y volver a Piedecuesta, estos hicieron caso omiso y continuaron haciendo frente al enemigo con un número muy reducido de tropa y oficiales casi hasta las dos de la mañana cuando se vieron rodeados y se retiraron. Llegados al río Lebrija, únicamente encontraron a sus congéneres del Ejército del Gobierno, agotados de batallar, durmiendo tranquilos “en medio de los muertos” que se distinguían por estar desnudos.

Observando semejante panorama, se tomó la decisión de servir de avanzada para evitar un ataque sorpresa por parte de las fuerzas revolucionarias. Al aclarar el día, la VII División continuaron avanzando hacia el Cuartel General gobiernista, llegando allí tomaron un descanso, se racionaron de arroz y carne y luego, cavaron fosas para trincheras previendo que el enemigo conociendo la escasez de su parque intentara atacarlos fuertemente. El 17 de mayo, Buenaventura Gómez y sus compañeros pasaron a combatir en el frente de Palonegro, desde la madrugada de aquel día se enfrentaron a los revolucionarios con machetes hasta ser retirados de allí y conducidos a un sitio cerca de Lebrija, donde los aprovisionaron con panela.

De aquel lugar siguieron a Lebrija para sacar de allí el último reducto de revolucionarios que quedaba, persiguiéndolos casi hasta su Cuartel General, cerca donde el mismo General Medina plantó la bandera gubernamental diciendo: “esos cobardes están en derrota ya, mírenlos como se mueven de cueva en cueva como los ratones”. Al siguiente día ya los revolucionarios habían salido en desbandada de aquel lugar y cuando se hizo el reconocimiento de aquel lugar, lo único que se halló fueron zanjones repletos de difuntos, cadáveres quemados en un despeñadero que luego iban a parar al río de Oro.

Memorias de días imperecederos

El Sargento Primero Antonio Vicente Rueda tan solo contaba con 16 años cuando hubo de participar en la Batalla de Palonegro, siendo miembro del Batallón Güicán de la VII División,

que entró el día 13 de mayo sirviendo de relevo a los Batallones Granaderos y Sucre. En la memoria del Sargento Rueda parece haber quedado fijada la imagen de un día martes, según él, donde ocurrió el ataque más violento de la batalla de Palonegro. Tanto así que los revolucionarios alcanzaron a tomarse un cañón del Politécnico, pero luego fueron obligados a retroceder nuevamente por el refuerzo de las tropas comandadas por el General Estrada. Si ese había sido el día más violento de la batalla, el hecho de armas más importante para la VII División, especialmente para el Batallón Güicán, fue el asalto a Lebrija donde el combate le cobró la vida a Domingo Puentes, un tal Lozano, Mejía, Rudecindo Medina y Cejismundo Quintana¹⁸⁴.

Viendo los toros desde la barrera

A unos cuantos revolucionarios, como le ocurrió al General Lucas Caballero, les tocó vivir la Batalla de Palonegro como bien dicen por ahí, desde la barrera. El General había sido víctima de la epidemia de fiebre amarilla que atacó al Ejército revolucionario mientras hacían el recorrido desde Cúcuta hacia Bucaramanga y debido a los graves efectos de aquella enfermedad no pudo participar ni estar presente en el campo de batalla. En sus memorias cuenta que cuando recobró la conciencia fue informado de las acometidas encabezadas por los Generales Herrera y Uribe Uribe con un valor llevado hasta la sublimidad y en cuyos asaltos los acompañaba con estoico desprecio de la muerte. De igual manera era de destacar como los Generales Eugenio Sarmiento, Celso Rodríguez, Rafael Leal, Pedro Soler Martínez, Pedro Rodríguez, centenas entre jefes divisionarios y de batallones y de jóvenes oficiales y millares de soldados cada uno de los cuales se exhibió como un héroe cumpliendo la consigna de vencer o morir combatían entre verdaderos diluvios de balas de una densidad casi sólida¹⁸⁵.

184. En adelante la descripción pertenece a: Memorial del Sargento Primero Antonio Vicente Rueda en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 596, Expediente 1810, folio 3.

185. En adelante el relato corresponde a: CABALLERO, Lucas. Óp. Cit. pp. 106-113.

Aquella batalla fue algo descomunal, algo inaudita. Las vidas las derrochaban los combatientes revolucionarios sin cuidarse del instinto. Era increíble que sus nervios resistieran 15 días de combatir de día y de noche, sin relevos, casi sin alimentación y sin dormir. El General Caballero no solo exaltaba los actos de sus propios sino también las de sus contrarios, según él fue especialmente admirable la conducta del batallón de “Artilería” que mantuvo el orden de formación en la acometida revolucionaria del 13 de mayo, donde pereció casi por completo. Se refirió además a la fetidez de la atmósfera por el incontable número de cadáveres en descomposición de seres humanos y de animales, los cuales eran tan dominantes e intensos que incluso persistieron en las mucosas nasales de los sobrevivientes por largo tiempo.

Queriendo hacer una reflexión sobre lo sucedido, el General Caballero se preguntaba ¿Por qué no triunfó el ejército liberal en Palonegro? Podría ser el destino pero algo si era seguro: los revolucionarios desaprovecharon algunas coyunturas favorables a su victoria en el campo de batalla. Para él, el buen aprovechamiento de ciertas circunstancias era más importante que la propia desproporción de los Ejércitos enfrentados. Aun cuando las fuerzas del Gobierno llegaban a un número cercano a los dieciocho mil hombres y las revolucionarias no pasaban de los ocho mil, la cantidad de individuos en el enfrentamiento era lo de menos si sus capacidades superaban a las de su adversario y si su moral como en esta ocasión estaba elevada por el triunfo de Peralonso. El 13 de mayo como bien han insistido muchos fue una gran oportunidad mal gastada por parte de los revolucionarios.

Aquel día mientras el Cuartel General de los revolucionarios se encontraba instalado en la hacienda “San Isidro”, el General Benjamín Herrera comandando su ejército en marcha hacia el lugar de la contienda solicitó orden de los Jefes Supremos para dirigirlo en bloque a la batalla por el punto que él a bien tuviese. En un principio su solicitud fue aceptada, pero luego por el temor a un rechazo por parte del Ejército gobiernista se le dirigieron una secuencia de instrucciones para ir dejando en ciertos lugares algunas divisiones que sirvieran de apoyo en una eventual retirada. Por ello no pudo entrar sino con cerca de dos mil hombres que rompieron las líneas enemigas y causaron la derrota del

General Pinzón, pero que a la postre fueron insuficientes para conservar las posiciones alcanzadas en el posterior contraataque con el gran ejército del General González Valencia.

Durante los días siguientes, por entre destacamentos enemigos y lluvia de balas, iban llegando al Cuartel General revolucionario mujeres y niños con mensajes de sus amigos de Bucaramanga, donde daban cuenta del avance, lugar por lugar, de poderosos refuerzos de hombres y sobre todo de municiones que el gobierno enviaba a su ejército desde Bogotá. Cuando se tuvo anuncio de que esos convoyes llegaban a Guaca, se dispuso la retirada de las fuerzas revolucionarias del lugar. En la noche del 25 de mayo, los restos del ejército rebelde, con el mayor orden, se movieron hacia las Bocas y los Helechales, a menos de dos leguas de la línea de batalla sostenida por quince días. Al día siguiente cuando el Ejército conservador percibió el silencio con que eran recibidas sus descargas, pues los revolucionarios habían levantado toldas, los creyeron derrotados “y a pasitrote si no a carrera tendida, se apresuró a darnos alcance, pero el rechazo que sufrió fue tan enérgico y sangriento, que luego pudimos continuar nuestra marcha, con todo espacio y calma y sin amagos de persecución”.

La loma de los muertos

Bernardo Rodríguez, quien fuera ascendido en el campo de Batalla de Palonegro, por el propio General Uribe Uribe, a Coronel del Ejército Revolucionario, comienza el relato de su experiencia en la Batalla de Palonegro refiriendo que aquella batalla fue más parte de la casualidad. La idea inicial del General Vargas Santos no era comprometer su Ejército en aquel lugar, sino pasar por allí hacia Galán, buscando la vía de Vélez. Pero viendo cerradas todas las vías para avanzar hacia su objetivo ordenó tomar la vanguardia al Quinto ejército comandado por el general Rafael Leal; dicho ejército se puso en marcha y coronando el Alto de los Chorizos avanzó hacia la cordillera de Palonegro. Desde este lugar, Rodríguez parece transportar al lector al paisaje que entonces divisaron sus ojos¹⁸⁶:

186. RODRÍGUEZ, Bernardo. Óp. Cit. pp. 136-167.

Al occidente del valle de Bucaramanga está situada la cordillera de Palonegro; es una inmensa altiplanicie con ondulaciones y muy escasas manchas de monte; generalmente su terreno es estéril y su vegetación raquílica; en las cañadas suelen encontrarse manchas de cafetales y algunas plantaciones de piñas y legumbres; más hacia el Occidente se encuentra la población de Lebrija, circundada de una serie de colinas, las cuales estaban llamadas a servir de campo de operaciones y estrategias de los dos grandes ejércitos que allí se enfrentarían. Hacia el oriente de Palonegro, se contempla a corta distancia el hermoso panorama donde está situada la ciudad de Bucaramanga, y hacia el Sur de esta ciudad se extiende el valle de Floridablanca y Piedecuesta; al pie de la cordillera se encuentra la ciudad de Girón y como adorno, bordeando sus faldas, corre el bullicioso Río de Oro.

Ese fue el espacio que sirvió como teatro de operaciones a ambos ejércitos y donde hombres de ambos regaron el suelo con su sangre. Una vez pasada esa serie de colinas y tomando el camino hacia Galán, el Batallón Cuartas fue sorprendido por las fuerzas gobiernistas y atacado con arma blanca, quedando prácticamente despedazado. Después de ello el General Leal ordenó el despliegue de su ejército y dar frente a las tropas del Gobierno, no obstante de la heroica resistencia éste logró entorpecer la marcha del Ejército liberal y se empeñó uno de los combates ocurridos durante el primer día de la Batalla. El día trece parece ser de aquellos inolvidables para la memoria de los revolucionarios, para Rodríguez el empuje formidable demostrado por el Ejército liberal hizo que las huestes del gobierno se llenaran de pánico, haciéndolas descender de las casas de Palonegro arrolladas por el arrojo y valentía de los soldados revolucionarios.

El pánico alcanzó incluso a quienes conformaban el Estado Mayor del Ejército Gobiernista cuyo Jefe, el General Próspero Pinzón, aterrado con la idea de la derrota, telegrafió al gobierno nacional a Bogotá: “La Providencia nos niega por segunda vez la victoria”. Con esas cargas del día trece se hubiera coronado la victoria por la revolución, pero fatales acontecimientos no lo permitieron: el parque se había quedado atrás, a cuatro leguas, y el refuerzo de hombres no llegó oportunamente. Esta

debilidad fue aprovechada por los gobiernistas para reaccionar y cargar nuevamente sobre los revolucionarios. Las casas de Palonegro sirvieron de trinchera a estos últimos sosteniendo una lucha sin tregua que se prolongó hasta el día siguiente cuando fueron desalojados definitivamente de esa posición.

Como para muchos otros liberales, Rodríguez opinó que el mayor desastre de la Batalla de Palonegro había sido escoger a Rionegro como centro de operaciones, por estar ubicado a más de cuatro leguas de donde se combatía. Después del catorce, el Ejército del Gobierno ocupaba toda esa serie de colinas frente a las casas de Palonegro, las cuales fueron disputadas en varias ocasiones por las posiciones y por tanto la lucha, cada vez más fuerte y mortífera, no presentaba ventajas al liberalismo: era desigual por concepto del número, de los pertrechos y de las posiciones. Como desde esa altiplanicie situada precisamente al frente de las casas ocupadas por la revolución, los gobiernistas los tenían asediados por el fuego certero y mortífero de sus fusilerías, acordaron los Jefes rebeldes tomar a toda costa dicha altiplanicie.

Para tal cometido fue designada la IV división del Ejército del General Uribe Uribe. La cuarta división de dicho ejército era comandada por el general Virgilio Amado y la componían dos brigadas, cada una formada por dos batallones; la segunda brigada llevada como jefes, al General Cornelio Currea y al Coronel Carlos Ordóñez Jaramillo. La Brigada estaba compuesta por los batallones Cundinamarca y Maceo. El General Amado tan pronto recibió la orden de tomar aquella altiplanicie, ordenó al Coronel Juan Ignacio Gálvez, Jefe del Batallón Cundinamarca, marchar sobre la loma y tomarla a fuego y sangre, para desalojar de allí a los gobiernistas. El otro batallón de la II Brigada venía atrás y tras él, la otra Brigada que completaba la IV División.

El día quince en la mañana el Coronel Rodríguez marchó con el batallón a su mando y unas cuadras atrás de las casas de Palonegro se detuvieron por un momento para dejar allí aquellos elementos que les impidieran un paso rápido, quedándose con el rifle y las municiones. Luego de ello, ordenó la marcha del Batallón y aleccionó a sus miembros sobre la manera de proceder cuando tomaran camino de las casas hacia la loma, arma en balanza, paso de trote y dos pasos de distancia de hombre a

hombre. Cuando llegaron a su objetivo, el Ejército gobiernista los divisó y redobló la carga; no obstante, pudieron atravesar ese diluvio de balas. Tal sería el fuego despedido desde el lado enemigo que en la mitad del trayecto el Batallón entero se arrojó al suelo para escapar de las descargas terribles.

Después continuaron el ascenso a través de la lluvia de balas que los gobiernistas, llenos de asombro les lanzaban. En el trayecto del ascenso, que era de dos cuadras aproximadamente, murieron varios revolucionarios, y tan pronto coronaron la altiplanicie ambos bandos quedaron envueltos en una lucha cuerpo a cuerpo. El estrago cundía, la ferocidad se apoderó de los combatientes y allí no había tregua ni descanso, fueron horas de consternación. El campo estaba lleno de cadáveres y los combatientes no cedían ni un palmo, cada vez se hacía más mortífero el fuego; aquellos momentos fueron de gran angustia hasta cuando se oyó la voz de los Jefes Revolucionarios, diciendo: “¡Adentro muchachos, sobre la loma!”. Con cuidado quienes quedaban en pie voltearon su mirada hacia las posiciones rebeldes y divisaron a lo lejos un refuerzo de tropas de bastante consideración, era el otro Batallón de la II Brigada y la otra brigada de la IV División.

El refuerzo sin hacer caso de la furibunda carga del Ejército del Gobierno, atravesó la pampa y en cosa de segundos estuvo al pie de la loma, comenzó los disparos por el lado izquierdo y el ala derecha, el Coronel Rodríguez ordenó a sus hombres atacar por el centro y se reanudaron de tal manera los fuegos. Las cargas arrolladoras de las tropas revolucionarias dieron por fin el resultado que se buscaba, los gobiernistas abandonaron la loma y el pabellón liberal flotó sobre la altiplanicie, dejando, eso sí, muchas unidades de valor regadas por el campo, los muertos de uno y otro lado se confundían. El combate de ese día sobre la loma fue asunto de pocas horas y finalizado, los mismos Jefes revolucionarios la bautizaron como “La Loma de los Muertos”. Al día siguiente diez prisioneros enviados por el General Uribe ayudaron a desinfectar la loma, los cadáveres que yacían allí eran echados por un desfiladero, haciendo en la parte baja un inmenso montón de cadáveres de combatientes de ambos bandos.

Los días se sucedían y por ninguna parte asomaba la esperanza del triunfo. En el resto de la línea los revolucionarios iban

cayendo uno tras otro bajo las balas de los gobiernistas, sin un soplo de esperanza que los salvara del flagelo. Por fin el general Vargas Santos resolvió la retirada del ejército hacia otras regiones, efectuándose en completo orden después de quince días con sus noches de lucha desastrosa, sin ningún provecho para las armas liberales, fuera de las glorias con que cada uno de los combatientes llevaba con orgullo engalanado el pecho. La retirada se practicó hacia Rionegro. Allí conferenciaron los jefes y resolvieron que la marcha debía efectuarse a Ocaña, atravesando la región montañosa y malsana de la trocha de Torcoroma.

Bibliografía

- AGUILERA PEÑA, Mario. Cien años de la guerra civil de 1895: con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la regeneración [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (1995), No. 63. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32763>>>
- AGUILERA PEÑA, Mario. Cien años de la guerra civil de 1895: con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la regeneración [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (1995), No. 63. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32763>>>.
- AGUILERA PEÑA, Mario. Un designado reemplaza al vicepresidente: Cien años del gobierno de los cinco días [en línea]. En: Credencial de Historia, Bogotá (1 de octubre de 1996), No. 82. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32908>>>.
- ALMARIO VIEDA, Gentil. General Benjamín Herrera. Bogotá: Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 1985.
- Alocución del Presidente de la República, Manuel Sanclemente. En; AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404.

- BARRIENTOS, Marco A. Heridas por arma de Guerra. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1903 Citado por RUEDA GONZÁLEZ, Ricardo. La Guerra de los Mil Días [en línea]. En: Revista Academia Nacional de Medicina, Vol. 28, No. 3. Disponible vía web en << [>>](https://encolombia.com/medicina/revistas-medicas/academedicina/va-74/museodelahistoria/>>.</p>
<p>BARRIOS GIRALDO, David. Las guardias Nacionales. Vida militar y cotidiana en Antioquia, 1853-1876. <u>En</u>: Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá (2010), Vol. 17, No. 2.</p>
<p>BERGQUIST, Charles. Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. Bogotá: Banco de la República, 1999.</p>
<p>CABALLERO, Lucas. Memorias de la Guerra de los Mil Días. Bogotá: s.e., 1938, pp. 27-28.</p>
<p>CAMACHO ROLDAN, Salvador. La Batalla de la Humareda (1885) descrita por Salvador Camacho Roldán [en línea]. <u>En</u>: Credencial Historia, Bogotá (18 de marzo de 2014), No. 291. Disponible vía web en << <a href=).
- Carta dirigida por José María Ruiz a los señores a los jefes liberales en Santander (26 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año. XXXV, No. 3423.
- Carta dirigida por José María Ruíz al Presidente de la República, Antonio Sanclemente (Málaga, 20 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año XXXV, No. 3422.
- Carta enviada por Alejandro Peña, Gobernador de Santander al Presidente Sanclemente (Bucaramanga, 22 de marzo de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (25 de marzo de 1899), Año XLI, No. 3364.
- CASTRO CARVAJAL, Beatriz. Las claves del período. En: POSADA CARBÓ, Eduardo (Coord.). América Latina en la Historia Contemporánea. Tomo 2. 1830-1880. La construcción nacional. Bogotá: Taurus, 2013
- CEBALLOS GÓMEZ, Diana Luz. Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación. En: MESA ORTIZ, Luis Javier Et al. Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- Comunicación Dirigida por el General Próspero Pinzón, al Comandante en Jefe de la Revolución (Bucaramanga, 1 de junio de 1900). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (7 de junio de 1900), Año XLII, N°. 3445.
- CORREA, Ángela Patricia. Actores y formas de participación en la guerra, vistos a través de la literatura. En: MESA ORTIZ, Luis Javier et al. Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2005.
- CORREA, Juan Santiago. Café y transporte en Colombia: el ferrocarril de Cúcuta [en línea]. En: Revista de Economía Institucional, Bogotá (2013), Vol. 15, No. 29, p 231. Disponible vía web en << [>>](http://www.economiainstitutional.com/esp/vinculos/pdf/No29/scorrea29.pdf)
- Decreto 41. Por el cual se organiza el Batallón Pienta No. 2 (San Gil, 19 de abril de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (29 de mayo de 1900), Año XLII, No. 3445.
- Decreto No. 335 del 31 de julio de 1899. Por el cual se concede una facultad a los Jefes Civiles y Militares de Cundinamarca y Santander. AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (10 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3406.
- Decreto No. 480 del 18 de octubre de 1899. Por el cual se declara turbado el orden público en el territorio de la Nación. AHR-UIS. Diario Oficial, Bogotá (24 de octubre de 1899), Año XXXV, No. 3426, p. 1093.
- Decreto No. 933 del 28 de julio de 1899. Por el cual se declara turbado el orden público en los Departamentos de Santander y Cundinamarca y en estado de sitio sus respectivos territorios (Bogotá, 30 de julio de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404, p. 845.
- Decreto por el cual de organiza el Batallón Socorro (San Gil, 13 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434.

Decreto por el cual se aumenta el pie de fuerzas del Departamento (Bucaramanga, 1 de agosto de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (10 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3406.

Decreto por el cual se declara turbado el orden público en el Departamento y se dictan providencias concernientes al estado de sitio del mismo. En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (3 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3404.

Decreto por el cual se destina la Banda de Música del Departamento a prestar sus servicios en el Estado Mayor del Ejército (Bucaramanga, 25 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3425.

Decreto por el cual se eleva el pie de fuerza y se llama al servicio activo a los Jefes y Milicias del Departamento (Bucaramanga, 16 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (19 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3421, p. 919.

Decreto por el cual se organiza el Batallón Briceño (Bucaramanga, 22 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442.

Decreto por el cual se organiza el Batallón Pichincha (San Gil, 9 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434.

Decreto por el cual se organiza los Batallones Rifles No. 1 y 2. (Bucaramanga, 1 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (12 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3.483.

Decreto por el cual se organiza un batallón (Bucaramanga, 1 de noviembre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (6 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3444.

Decreto por el cual se organiza un Batallón perteneciente a la IV División, con la denominación de Batallón Baraya (Bucaramanga, 24 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3423.

Decreto por el cual se organizan dos Batallones (Bucaramanga, 22 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442.

Decreto por el cual se organizan las fuerzas del Departamento de Santander (21 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (19 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3421.

Decreto por el cual se reducen las milicias del Departamento (Bucaramanga, 10 de agosto de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (17 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3408.

Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Camilo Sánchez (Bucaramanga, 5 de marzo de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (8 de marzo de 1900), Año XLII, No. 3436, p. 16

Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Santander No. (Bucaramanga, 29 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (9 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3425.

Decreto, por el cual se organiza el Cuerpo de Inglaterra del Ejército de Santander (Bucaramanga, 21 de octubre de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 925

DOMÍNGUEZ, Antonio. Capitán del Ejército del Gobierno. Hoja de Campaña (Bucaramanga, agosto 31 de 1950). En: Museo Militar Batalla de Palonegro. Pieza de exposición.

DURÁN SÁNCHEZ, Carlos Alberto. ¿Orden impuesto o libertad confiscada? La imposición de leyes de prensa en la regeneración (1886-1898) [en línea]. Trabajo de grado para optar al título de Magíster en Historia. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2009, p. 428 y 429. Disponible vía web en <<<http://repositorio.uis.edu.co/jspui/bitstream/123456789/9851/2/131357.pdf>>>.

ERASO ROJAS, Luis Hernán. La mujer en la medicina colombiana. En: Revista de Medicina, Bogotá (2016), Vol. 38, No. 1. Disponible vía web en <<<http://revistamedicina.net/ojsanm/index.php/Revistamedicina/article/view/112-7/1055>>>.

ESPAÑA, Gonzalo. El país que se hizo a tiros. Guerras Civiles colombianas (1810-1903). Bogotá: Debate, 2013.

- FISHER, Thomas. Antes de la separación de Panamá: La Guerra de los Mil Días, el contexto internacional y el Canal. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, Bogotá (1998), No. 25, p. 74.
- FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Campaña en Santander (1899-1900). Guerra de Montaña. Bogotá: s.f., s.e. pp. 36-37.
- GARCÍA CHARRI, Eva Sandrín. El café: eje articulador en el desarrollo económico del territorio colombiano a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX [en línea]. En: Epoke, Barranquilla (2014), No. 7, p. 42. Disponible vía web en <<http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/sipvua/images/stories/Epoke_7/Epokhe%207%20Articulo%204.pdf>>.
- GARCÍA, José Joaquín. Crónicas de Bucaramanga. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1896, pp. 459-460
- GONZÁLEZ JÁCOME, Jorge. Entre la ley y la constitución. Una introducción histórica a la función institucional de la Corte Suprema de Justicia, 1886-1915. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2007.
- GONZÁLEZ, Beatriz. Gráfica crítica entre 1886 y 1900 [en línea]. En: SIERRA MEJÍA, Rubén (Edit.). Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002, pp. 297-311. Disponible vía web en <<<http://www.bdigital.unal.edu.co/1493/13/12CAPI11.pdf>>>.
- GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Santander y sus municipios. Bucaramanga: Gobernación de Santander, 1990.
- HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 55.
- HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- HISTORIADOR. Suplemento el Orden número 18. Palonegro [en línea]. En: Biblioteca Luis Ángel Arango (en adelante BLAA). Colección Misceláneas, Miscelánea 382, Ocaña (1900), pp. 3-5. Disponible vía web <<<http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa793176.pdf>>>.
- JARAMILLO CASTILLO, Carlos Eduardo. El Tratado de Wisconsin: noviembre de 1902 [en línea]. En: Credencial de Historia, Bogotá (septiembre de 1999), No. 117. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32968>>>
- JARAMILLO CASTILLO, Carlos Eduardo. Guerra de los Mil Días: Reclutamientos, ascensos y deserciones [en línea]. En: Revista Credencial, Bogotá (enero de 2001), No. 121. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/node/32505>>>.
- JIMÉNEZ, Valentín. Historia de la Guerra en el Departamento de Santander. Tomo I. Comprende la época de 17 de octubre al 30 de noviembre de 1900. Bogotá: s.e., 1900.
- JOHNSON, David Church. Lo que hizo y no hizo el café: los orígenes regionales de la Guerra de los Mil Días. En: Revista UIS Humanidades, (Bucaramanga, 1991), Vol. 20, No. 1, p. 80.
- JOHNSON, David Church. Santander Siglo XIX. Cambios socioeconómicos. Bogotá: Banco de la República, 1984, pp. 36-41.
- JURADO JURADO, Juan Carlos. “Soldados, pobres y reclutas en las guerras civiles colombianas [en línea]”. En: Revista de Indias (2004), Vol. KXIV, No.232, p. 474. Disponible vía web en <<<http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewFile/430/498>>>
- KALMANOVITZ, Salomón. Economía y Nación. Una breve historia de Colombia. Bogotá: Norma, 2003.
- LATORRE GÓMEZ, Armando. La Guerra Civil de 1895. En: El Tiempo, Bogotá (25 de febrero de 1995). Disponible página web en <<<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-290069>>>.
- LLANO ISAZA, Rodrigo. Efemérides liberales y anecdotario político [en línea]. Bogotá: Partido Liberal Colombiano, 2010, p. 87. Disponible vía web en <<<http://www.partidoliberalcolombiano.info/formatos/libros/efemeridesliberales.pdf>>>.
- LLANO ISAZA, Rodrigo. Historia resumida del Partido Liberal Colombiano [en línea]. Bogotá: Partido Liberal Colombiano, 2009. Disponible vía web en <<<https://www.partidoliberal.org.co/userfiles/file/historiaresumidadelplc.pdf>>>.

- MARTINEZ CARREÑO, Aída. La Guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas. Bogotá: Planeta, 1999.
- MARTÍNEZ SILVA, Carlos. Capítulos de Historia Política. Tomo III. Bogotá: Osprey Impresores, 1973.
- MELO, Jorge Orlando. Colombia Hoy. [en línea]. Bogotá: Presidencia de la República, 1996. Disponible vía web en << <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/colhoy/colo5.htm>>>.
- MELO, Jorge Orlando. Del Federalismo a la Constitución de 1886 [en línea]. En: MELO, Jorge Orlando. Colombia es un tema. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/federalismo.htm>>>.
- MELO, Jorge Orlando. Don Aquileo Parra y la trágica historia del radicalismo [en línea]. En: REYNA, María Soledad. Barichara: 300 años de Historia. Bogotá: Letrarte, 2005. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/aquileo.htm>>>
- MELO, Jorge Orlando. La Constitución de 1886 [en línea]. En: TIRADO MEJÍA, Álvaro; JARAMILLO URIBE, Jaime y. MELO, Jorge Orlando. Nueva Historia de Colombia. Bogotá: Planeta, 1989. Disponible vía web en <<<http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/constitucion1886.pdf>>>
- Memorial del Capitán Paulo Emilio Villamizar Leal en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 708, Expediente 851.
- Memorial del Sargento Primero Antonio Vicente Rueda en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 596, Expediente 1810.
- Memorial del Teniente Buenaventura Gómez en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 275, Expediente 663.
- Memorial del Teniente Coronel Ismael de Jesús Olarte en el trámite que siguió para reclamar la recompensa correspondiente, establecida por la Ley 7 de 1938. En: AGN. Fondo Ministerio de Defensa, Sección Hojas de vida de veteranos de la Guerra de los Mil Días, Caja 453, Expediente 96.
- MORALES BENÍTEZ, Otto. Sanclemente, Marroquín, el liberalismo Panamá [en línea]. Bogotá: Stamato Editores, 1998. Disponible vía web en << <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/sancle/inicio.htm>>>.
- OCAMPO, José Antonio. Colombia y la economía mundial, 1830-1910. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1984.
- PALACIOS, Marco. Segunda Parte. Desde 1875 hasta el presente. En: PALACIOS, Marco y SAFFORD, Frank. Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia. Bogotá: Norma, 2002, p. 457.
- PARRA, Aquileo. Manifiesto que el director del partido liberal dirige a sus copartidarios (Bogotá, 15 de febrero de 1898) [en línea]. En: Biblioteca Luis Ángel Arango (en adelante BLAA), Fondo Libros raros y manuscritos, Sección Hojas Sueltas Independientes, Impreso en la litografía de Samper Matíz. Disponible vía web en << <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/cienciapolitica/manifiesto-que-el-director-del-partido-liberal-dirige-a-sus-copartidarios-15-de-febrero-de-1898>>>.
- PÉREZ ROBLES, Shirley Tatiana. Tinta roja: el periodismo liberal en Bogotá, 1890-1900 [en línea]. En: Revista Memoria y Sociedad, Medellín (2014), Vol. 18, No. 36, pp. 56-57. Disponible vía web en << <http://132.248.9.34/hevila/Memoriaysociedad/2014/vol18/no36/2.pdf>>>
- POSADA CARBÓ, Eduardo. La vida política. En: POSADA CARBÓ, Eduardo. Colombia. América Latina en la Historia Contemporánea. Tomo 3. 1880-1930. La apertura al mundo. Bogotá: Taurus, 2013.
- Rafael Quijano Gómez. Telegrama por el cual se da cuenta a los Jefes Civiles y Militares de las Provincias del Departamento del triunfo obtenido por fuerzas del Gobierno en Palonegro (Bucaramanga, mayo 29 de 1900). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (7 de junio de 1900), Año XLII, N°. 3445, p. 49.

- RAUSH, Jane. ¿Regeneración fundamental o catástrofe? [en línea]. En: María Eugenia. Café, caballo y hamaca: visión histórica del Llano. Memorias del Simposio Desarrollos Recientes en la Historia de los Llanos del Orinoco, Colombia y Venezuela. 47 Congreso Internacional de Americanistas. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1992. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/cafecaba/cafecaba11.htm>>>
- REDACCIÓN OPINIÓN. Reseña histórica de La Guerra de los Mil Días. 1899-1902 [en línea]. En: Semana, Bogotá (16 de noviembre de 2002). Disponible vía web en <<<http://www.semana.com/opinion/articulo/resena-historica-la-guerra-mil-dias-1899-1902/55045-3>>>
- REPÚBLICA DE COLOMBIA. Constitución de la República de Colombia [en línea]. Bogotá: Imprenta de Echeverría y Hermanos, 1986. Disponible vía web en <http://www.bdigital.unal.edu.co/224/36/constitucion_de_la_republica_1886.pdf>
- RESTREPO, Juan Camilo. Agosto 4 de 1886. La decisión regeneradora [en línea]. En: Semana, Bogotá (30 de mayo de 2004). Disponible vía web en <<<http://www.semana.com/especiales/articulo/agosto-1886-brla-decision-regeneradora/65763-3>>>
- RODRÍGUEZ, Bernardo. Mis campañas. Historia de las guerras civiles 1885-1902. Bucaramanga: s.e., 1934.
- ROJAS MEDINA, Iván Camilo. Inicios del café en Santander. En: Revista Innovando, Socorro (2011), Vol. 2, No. 3.
- ROLL, David. Rojo difuso y azul pálido. Los partidos tradicionales en Colombia: entre el debilitamiento y la persistencia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- RUBIANO MUÑOZ, Rafael. Élite, clases y poder político a los 110 años de la Guerra de los Mil Días [en línea]. En: Diálogos de Derecho y Política, Bogotá (septiembre-diciembre, 2009), Vol. 1, No. 2, pp. 1-30. Disponible vía web <<<http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/derypol/article/viewFile/3282/3046>>>
- RUGELES, Bartolomé. Diarios de un comerciante Bumangués (1899-1938). Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2005.
- SANTOS MOLANO, Enrique. La Guerra de los Mil Días [en línea]. En: Credencial Historia, Bogotá (2004), No. 173. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo2004/guerra.htm>>>.
- SERPA FLÓREZ, Fernando. La Cirugía en las Guerras Civiles del Siglo XIX en Colombia [en línea]. En: Revista Colombiana de Cirugía, Vol. 12, No. 1. Disponible vía web en <<<https://encolombia.com/medicina/revistas-medicas/cirugia/vc-121/lacirugiaenlasguerras/>>>.
- SIERRA MEJÍA, Rubén. Miguel Antonio Caro y la cultura de su época. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Telegrama enviado por Jorge Holguín, Secretario de Guerra y Marina, al gobernador de Santander, Alejandro Peña Solano (Bogotá, 9 de febrero de 1899). En: Archivo Histórico Regional-Universidad Industrial de Santander (en adelante AHR-UIS). Gaceta de Santander, Bucaramanga (14 de febrero de 1899), Año. XLI, No. 3352.
- Telegrama enviado por Medardo Rivas, Juan E. Manrique y Venancio Rueda al Presidente Sanclemente (Bogotá, 22 de abril de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (18 de mayo de 1899), Año XLI, No. 3382.
- Telegrama enviado por Rafael M. Palacio, Carlos Cuervo Márquez, Carlos Calderón, Jorge Holguín, Alejandro Gutiérrez, a los gobernadores (Anapoima, 21 de marzo de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (25 de marzo de 1899), Año XLI, No. 3364.
- TIRADO MEJÍA, Álvaro. Aspectos sociales de las Guerras Civiles en Colombia. Bogotá: Colcultura, 1976.
- TORDECILLA CAMPO, María Angélica. Las ideas políticas de Rafael Núñez en torno a la Regeneración [en línea]. Monografía de grado como requisito para optar al título de Historiadora. Cartagena: Universidad de Cartagena, 2015, p. 31-32. Disponible vía web en <<<http://190.242.62.234:8080/jspui/bitstream/11227/2216/1/TESIS.pdf>>>.
- URIBE URIBE, Rafael. Manifiesto (Nueva York, 21 de abril de 1901) [en línea]. En: MARTÍNEZ SILVA, Carlos. Por qué caen los partidos políticos. Bogotá: Imprenta de Juan Casis, 1934. Disponible vía web en <<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/politica/parpo/indice.htm>>>

VALENCIA BARRERA, Gonzalo Alberto. La Banca Central en Colombia [en línea]. Bogotá: Banco de la República, 1998, pp. 5-6. Disponible vía web en << w.banrep.gov.co/docum/ftp/borra097.pdf>>

VESGA Y ÁVILA, José María. La guerra de tres años. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1914, p. 86.

ZAMBRANO Fabio. Las guerras civiles [en línea]. En: Semana, Bogotá (12 de julio de 2010). Disponible vía web en << <http://www.semana.com/especiales/articulo/las-guerras-civiles/109028-3>>>.

TABLAS

Tabla 1. Organización de una División en Santander

Comandante	Estado Mayor	Batallón	Estado Mayor	Compañía	Estado Mayor	Compañía Suelta
General Francisco Aguilera	Jefe, General Cayetano González Ayudante, Coronel Eliseo Camacho Ayudante, Sargento Mayor Julio Castillo Ayudante, Sargento Mayor Carlos M. Borrás Ayudante, Sargento Mayor Leoncio B. Atuesta Inspector General, General Leonidas A. Acevedo	Soto	Jefe, Teniente Coronel Idelfonso Ladrón de Guevara Jefe, Sargento Mayor, Miguel A. Ramírez Ayudante Mayor, Capitán Juan R. Medina Ayudante, Teniente Jorge Aguirre Abanderado, Subteniente Sebastián Valencia Habilitado Benjamín Toledo	1ª	Capitán Joaquín Navas	Vélez Charalá San Gil Málaga Galán
					Teniente Hipólito Nieto	
					Subteniente Félix López	
					Subteniente Nepomuceno Gómez	
				2ª	Capitán Manuel Vanegas	
					Teniente Saturnino Gómez	
					Subteniente Francisco González	
					Subteniente Jesús Pinzón	
				3ª	Capitán Vicente Buenahora	
					Teniente Juan de Jesús Serrano	
					Subteniente Francisco Díaz	
					Subteniente Benito Galvis	
				4ª	Teniente Crisóstomo Rueda	
					Subteniente Natalio García	
				5ª	Teniente Hipólito Silva	
					Subteniente Santos Siachoque	
					Subteniente Trino Santander	

Continuación Tabla 1. Organización de una División en Santander

Comandante	Estado Mayor	Batallón	Estado Mayor	Compañía	Estado Mayor	Compañía Suelta
General Francisco Aguilera	Jefe, General Cayetano González Ayudante, Coronel Eliseo Camacho Ayudante, Sargento Mayor Julio Castillo Ayudante, Sargento Mayor Carlos M. Borrás Ayudante, Sargento Mayor Leoncio B. Atuesta Inspector General, General Leonidas A. Acevedo	Pamplona	Jefe, Sargento Mayor Nepomuceno Salas Ayudante Mayor, Capitán Isidro Villamizar Ayudante, Teniente Pedro Luis Jordán Abanderado, subteniente Roberto Reyes Habilitado, Teniente Carlos E. Contreras	1ª	Teniente Antonio Villamizar	Vélez Charalá San Gil Málaga Galán
					Subteniente Victoriano Lizcano	
					Subteniente Pedro Nolasco Jaimes	
					Capitán Florentino Hernández	
				2ª	Teniente Tomás Torres	
					Subteniente Juan de la Cruz González	
					Subteniente Ponciano Sánchez	
					Capitán Francisco Bautista	
				3ª	Teniente Pedro Ramírez	
					Subteniente José Mercedes Santos	
					Subteniente Jesús Mogollón	
					Capitán Leopoldo Vera	
		4ª	Teniente Julio Parada			
			Subteniente Julián Guada			
		Socorro	Jefe, Coronel Julio Neira Jefe, Sargento Mayor Ignacio Suárez			
		Ocaña				
		Cúcuta				

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se dispone la organización de una División en el Departamento (Bucaramanga, 1 de agosto de 1899) y Decreto por el cual se hacen varios nombramientos de Jefes y oficiales con destino a los Batallones 1º de Soto, 2º de Pamplona y 3º de Socorro (Bucaramanga, 3 de agosto de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (10 de agosto de 1899), Año XLI, No. 3406, p. 563 y 564.

Tabla 2. Lista de pronunciamientos revolucionarios en Santander

Lugar	Jefes	Fecha
Arboledas	General Olegario Ortiz	Octubre 17
Barichara	Coronel Rafael Angarita, Dr. Calixto Camacho	Octubre 17
Bochalema	General Benjamín Herrera	Octubre 18
Cáchira	General Justo L. Durán	Octubre 19
Cahirí	Dr. Enrique Lleras	Octubre 17
Charalá	Temístocles del Busto, Vicente Reyes	Octubre 18
Chima	Pedro y Leonardo Pilonieta	Octubre 18
Enciso	Coronel Juan de la Cruz Zabala, Víctor R. Pinzón	Diciembre 12
El Palmar	Leonidas Amorocho	Octubre 18
Florida	Francisco Ruíz, Juan de Jesús Ogliastrí, Samuel Rey	Octubre 17
Galán	Justo Pastor Moreno	Octubre 18
Girón	Victoriano Reyes, Dr. Paulo E. Villar	Octubre 17
Hato	Luis E. Galvis, Artidoro Gómez	Octubre 18
Lebrija	Dr. Paulo E. Villar, Rosario Díaz	Octubre 17
Matanza	Dr. Enrique Lleras	Octubre 17
Oiba	Pedro Argüello	Octubre 18
Onzaga	General Lesmes	Octubre 17
Rionegro	Eduardo Pradilla Frasser, Nepomuceno Peralta, Carlos Soto Ortega, Octavio Puyana	Octubre 17
Salazar	General Rogerio López, Emilio y Rafael López	Octubre 18
San Gil	Dr. Rodolfo Rueda, José María Phillips	Octubre 17
San Vicente	Paulo Vicente Gómez	Octubre 17
Simacota	Ramón Gómez, Carlos García, Santiago Gómez	Octubre 17
Socorro (Segundo pronunciamiento)	Juan Francisco Gómez, Carlos José, Demetrio y Manuel Francisco Gómez, Fernando Reyes, Antonio Carreño, Juan de Dios Galvis, Alberto Díaz, Carlos Mendoza, Teófilo Suárez, Leonidas Amorocho, Rogerio Calvete	Octubre 17 Enero 30 de 1902
Suaita	Leonidas y Joaquín Moreno, Luis Solón Gómez, Julio César Caballero	Octubre 20
Suratá	Enrique Lleras, Eugenio Blanco	Octubre 17
La Concepción	Segismundo Rangel	Noviembre
Tona	Ricardo y Reyes Carrillo, Justo Gutiérrez, Enrique Afanador	Octubre 17
Vélez	Dr. Adán Franco, Carlos Enciso	Octubre 20
Zapamanga	Genaro Silva	Octubre 17
Zapatoca	Antonio María Galvis, Carlos Latorre	Octubre 17

Fuente: MARTINEZ CARREÑO, Aída. La Guerra de los Mil Días. Testimonios de sus protagonistas. Bogotá: Planeta, 1999, p. 54.

Tabla 3. Conformación de la Guardia Nacional (junio de 1899)

Cuartel General	División	Estado Mayor	Batallón	Comandantes
General en Jefe, General Roberto Urdaneta Jefe del Estado Mayor, General Miguel Montoya Inspector General, General D. Montúfar	I División	General Floro Gómez General Roberto Morales Tobar	Batallón Ayacucho	Coronel Carlos Franco Teniente Coronel Cristóbal Urdaneta
			Batallón Bolívar	Coronel Pioquinto Ampudia Sargento Mayor Rafael de la Hurta
			Batallón Bárbula	Coronel Carlos Ricaurte Teniente Coronel José Vicente Salazar
			Batallón Nariño	Coronel Antonio Gómez Mayor Félix García
			Batallón Pichincha	Coronel Mariano Herrera Mayor Luis de la Torre
			Batallón Urdaneta	Coronel Marco Soto Teniente Coronel Francisco de P. Castro
			Batallón Cazadores	Coronel Alcides Arzayús Mayor Vicente Quijano
	II División	General Ignacio Martínez General Ernesto Borrero	Batallón la Popa	Coronel Juan Francisco Posada Mayor Manuel D. Ramos
			Batallón Junín	General Ramón Amaya Mayor Pablo Emilio Escobar
			Batallón Tenerife	Teniente Coronel Rubén Barón Mayor Pedro M. Ponce
			Batallón Valencey	Teniente Coronel Simón Chacón Mayor Secundino Londoño
	III División	General Francisco J. Palacios General Rafael M. Gaitán		

**Continuación Tabla No. 3. Conformación de Guardia Nacional
(junio de 1899)**

Cuartel General	División	Estado Mayor	Batallón	Comandantes
General en Jefe, General Roberto Urdaneta Jefe del Estado Mayor, General Miguel Montoya Inspector General, General D. Montúfar	IV División	General Vicente Villamizar General Juan B. Tobar	Batallón Rifles	General Teodolindo Gaona
				Mayor Félix Máximo Pineda
			Batallón Tiradores	Coronel Abacuc Acosta
				Mayor Clodomiro Acosta
			Batallón Bomboná	General Antonio Roa Díaz
				Sargento Mayor Julio Albán
	V División	General Ramón Acevedo General Manuel María Castro	Batallón Sucre	Coronel Belarmino León
				Teniente Coronel Antonio Merizalde
			Batallón Granaderos	Coronel Manuel José Urdaneta
				Mayor Miguel Rodríguez
	IV División	General Lucas Calle General Nicolás Perdomo	Batallón Palacé	Coronel Ezequiel Villarraga
				Mayor Martín Antia
			Batallón Córdoba	Coronel David Concha
				Mayor Rafael Reyes

Fuente: Tabla elaborada por la autora teniendo en cuenta la información contenida en: FLÓREZ ÁLVAREZ, Leonidas. Campaña en Santander (1899-1900). Guerra de Montaña. Bogotá: s.f., s.e. pp. 33-35.

Tabla 4. Organización del Batallón Santander No. 1

Estado Mayor	Compañía	Estado Mayor
Jefe, Coronel Gonzalo Domínguez Jefe, Sargento Mayor José C. Leiton Ayudante Mayor, Sargento Mayor Ricardo Granados Ayudante, Teniente Emeterio Duarte Abanderado, Subteniente Nicolás Ortiz	1ª Compañía	Personal de la Compañía del Batallón Rifles que sirve de base de organización
	2ª Compañía	Capitán Manuel Díaz
		Teniente Pedro Infante
		Subteniente Aurelio Camargo
		Subteniente Trino Santander
	3ª Compañía	Capitán Joaquín Navas
		Teniente Damián Alcina
		Subteniente Joaquín Covaleda
		Subteniente Félix López
	4ª Compañía	Capitán Dionisio Álvarez
		Teniente Flavio Entralgo
		Subteniente Benito Galvis
		Subteniente Raimundo Gualdrón

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza el Batallón Santander No. 1 (Bucaramanga, 18 octubre de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 924.

Tabla 5. Reorganización del Batallón Santander No. 1

Estado Mayor	Compañía	Estado Mayor
Jefe, Coronel Idelfonso Ladrón de Guevara Jefe, Sargento Mayor Bernabé Suárez Ayudante Mayor, Sargento Mayor José Leiton Ayudante, Teniente Emeterio Duarte Abanderado, Subteniente Luis F. Pinilla Habilitado, asimilado a Capitán Camilo Estevez	1ª Compañía	Capitán Heráclito Orostegui
		Teniente Rafael Navas
		Subteniente Ramón López
		Subteniente Carlos Barrás
	2ª Compañía	Capitán Joaquín Navas
		Teniente Juan Prieto
		Subteniente David Salas
		Subteniente Cándido Vanegas
	3ª Compañía	Capitán Manuel Díaz
		Teniente Flavio Entralgo
		Subteniente Félix López
		Subteniente José Trinidad Santander
	4ª Compañía	Capitán Ignacio Morales
		Teniente Francisco Covaleta
		Subteniente Gilberto Gil

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Santander No. 1 (Bucaramanga, 21 de octubre de 1899). AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 925.

Tabla 6. Organización del Ejército de Santander (1899)

Cuartel General	División	Estado Mayor	Batallón	Estado Mayor
Jefe, General Roberto Urdaneta Jefe Estado Mayor, General Miguel Montoya Inspector General, General D. Montúfar	I División	General Floro Gómez General Roberto Morales	Batallón Ayacucho	Coronel Carlos Franco
				Teniente Coronel Cristóbal Urdaneta
			Batallón Bolívar	Coronel Pioquinto Ampudia
				Sargento Mayor Rafael de la Hortúa
			Batallón Bárbula	Coronel Carlos Ricaurte
				Teniente Coronel José Vicente Salazar
	Batallón Nariño	Coronel Antonio Gómez		
		Mayor Félix García		
	II División	General Ignacio Martínez General Ernesto Borrero	Batallón Pichincha	Coronel Mariano Herrera
				Mayor Luis de la Torre
			Batallón Urdaneta	Coronel Marco Soto
				Teniente Coronel Francisco Castro
			Batallón Cazadores	Coronel Alcides Arzayús
				Mayor Vicente Quijano
	Batallón la Popa	Coronel Juan Francisco Posada		
		Mayor Manuel D. Ramos		
	III División	General Francisco J. Palacios General Rafael M. Gaitán	Batallón Junín	General Ramón Amaya
				Mayor Pablo Emilio Escobar
Batallón Tenerife			Teniente Coronel Rubén Barón	
			Mayor Pedro M. Ponce	
Batallón Valencey			Teniente Coronel Simón Chacón	
			Mayor Secundino Londoño	

Taller 6. Organización del Ejército de Santander (1899)

Cuartel General	División	Estado Mayor	Batallón	Estado Mayor
Jefe, General Roberto Urdaneta Jefe Estado Mayor, General Miguel Montoya Inspector General, General D. Montúfar	IV División	General Vicente Villamizar General Juan B. Tobar	Batallón Rifles	General Teodolindo Gaona
				Mayor Félix Máximo Pineda
			Batallón Tiradores	Coronel Abacuc Acosta
				Mayor Clodomiro Acosta
			Batallón Bomboná	General Antonio Roa Díaz
				Sargento Mayor Julio Albán
	V División	General Ramón Acevedo General Manuel M. Castro	Batallón Sucre	Coronel Belarmino León
				Teniente Coronel Antonio Merizalde
			Batallón Granaderos	Coronel Manuel José Urdaneta
				Mayor Miguel Rodríguez
			Batallón Palacé	Coronel Ezequiel Villarraga
				Mayor Martín Antía
Batallón Córdoba	Coronel David Concha			
	Mayor Rafael Reyes			
IV División	General Lucas Calle General Nicolás Perdomo	Batallón Córdoba	Coronel David Concha	
			Mayor Rafael Reyes	

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Santander No. (Bucaramanga, 29 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (9 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3425, p. 926.

Tabla 7. Organización del Batallón Briceño (1899)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Briceño	Jefe, Coronel Juan Sarmiento Jefe, Teniente Coronel Rafael Acebedo Ayudante Mayor, Capitán Jesús Prada Segundo Ayudante, Teniente Alberto Toscano Abanderado, Subteniente Francisco Sarmiento Habilitado, Capitán Juan Evangelista	1ª Compañía	Capitán Marco Aurelio Estaper
			Teniente, Fidedigno Hernández
			Subteniente Januario Sarmiento
			Subteniente Alejandro Noriega
		2ª Compañía	Capitán José Ignacio Vargas
			Teniente Jesús Sarmiento H.
			Subteniente Juan F. Sarmiento
			Subteniente Joaquín Castillo
		3ª Compañía	Capitán Higinio Castellanos
			Teniente Florentino Castillo
			Subteniente Abraham de Jesús Castillo
			Subteniente Juan Bautista
		4ª Compañía	Capitán, Luis Francisco Pinilla
			Teniente, Alipio Lozano
			Subteniente, Marco Aurelio Balbuena
			Subteniente Jerónimo Ortiz
		5ª Compañía	Teniente, Jesús Pinzón D.
			Subteniente Ramón María Gutiérrez
			Subteniente Marco Antonio Ortiz

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza el Batallón Briceño (Bucaramanga, 22 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (27 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3442, p. 926.

Tabla 8. Organización de los Batallones Baraya y Cuervo (1899)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Baraya	Jefe, Coronel Francisco A. Pacheco, Jefe, Teniente Coronel José D. Uribe Ayudante, Sargento Mayor Medardo Navas Ayudante, Teniente Juan de Jesús Reyes Abanderado, Subteniente Julio Camargo	1ª Compañía	Teniente Benito Galvis
			Subteniente Fideligno Cerón
			Subteniente Francisco González
		2ª Compañía	Capitán, Leonardo Cacia
			Capitán Genero Cerón
			Subteniente, Raimundo Sanmiguel
Batallón Cuervo	Jefe, Coronel Julio Ortega Jefe, Teniente Coronel Antonio Cote Ayudante, Sargento Mayor Mariano Arciniegas Ayudante, Teniente Juan D. Arias Abanderado, subteniente Roque Restrepo	1ª Compañía	Capitán Luis Mantilla
			Teniente Victoriano García
			Subteniente Dioniso Ortiz
			Subteniente Atanasio Navarro
		2ª Compañía	Capitán Juan Bautista Tarazona
			Teniente Narciso Blanco
			Subteniente Natalio García

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza un Batallón perteneciente a la IV División, con la denominación de Batallón Baraya (Bucaramanga, 24 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año. XLI, No. 3423 y Decreto por el cual se organiza un batallón (Bucaramanga, 1 de noviembre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (6 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3444.

Tabla 9. Reorganización del Batallón Santander No. 2 (1899)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Santander No. 2	Jefe, Coronel Francisco A. Pacheco Jefe, Teniente Coronel Miguel A. Ramírez Ayudante Mayor, Capitán Higinio Castellanos Segundo Ayudante, Teniente Jesús Pinzón Díaz Abanderado, Subteniente Raimundo Sanmiguel	1ª Compañía	Capitán Higinio Forero
			Teniente Florentino Castillo
			Subteniente Francisco Sarmiento
			Subteniente Abraham de Jesús Castillo
		2ª Compañía	Capitán Damián Alcina
			Teniente, Crisóstomo Rueda D.
			Subteniente, Joaquín Castillo
			Subteniente Marco Aurelio Balbuena
		3ª Compañía	Capitán Leonardo Cacia
			Teniente Pablo Antonio Reyes
			Subteniente Julio Camargo
			Subteniente Fideligno Cerón
		4ª Compañía	Capitán Simón López
			Teniente Juan de Jesús Reyes
			Subteniente Francisco González
			Juan B. Balbuena

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Santander No. (Bucaramanga, 29 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (9 de noviembre de 1899), Año XLI, No. 3425, p. 926.

Tabla 10. Organización Banda de Música del Ejército de Santander (1899)

Cargo	Nombre
Director	Temístocles Carreño
Músico Mayor	Luis Ignacio Osorio
Ayudante	Alejandro Villalobos
Profesor de 1ª clase	Samuel Hormiga
Profesores de 2ª clase	Cirilo Duarte
	Rafael Moreno
	Isaías Ardila
	Domingo Amorocho
Profesores de 3ª clase	Pedro García
	Francisco Díaz
	Parmenio Briceño
	Felipe Guerrero
	Carlos Díaz
	Venancio Sánchez
	Anselmo Esparza
	Juan B. Pérez
	Laureano Chaparro
	Belisario Sánchez
Juan Barbosa	
Aprendices	Joaquín Villalobos
	Alejandro Navas
	Carlos Reyes
	Rudecindo Rey

Fuente: Decreto por el cual se destina la Banda de Música del Departamento a prestar sus servicios en el Estado Mayor del Ejército (Bucaramanga, 25 de octubre de 1899). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (31 de octubre de 1899), Año XLI, No. 3425.

Tabla 11. Organización del Batallón Rifles No. 1 de Bomboná (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Rifles No. 1 de Bomboná	Jefe, Coronel Julio Neira Jefe, Teniente José Vicente Salazar Ayudante, Capitán Heráclito Orostegui Ayudante, Teniente Anastasio Valencia Abanderado, Subteniente Carlos Castillo Asimilado, Capitán Jorge Pereira	1ª Compañía	Capitán, Manuel Ballén
			Teniente Aciselo Toscano
			Subteniente Daniel Mendez
		2ª Compañía	Subteniente Wenseslao Corrdor
			Capitán Teodoro García
			Teniente Sebastián Valencia
			Subteniente Luis Castillo
		3ª Compañía	Subteniente Francisco Quintana
			Capitán Miguel A. Quintero
			Teniente Ramón Rubio
		4ª Compañía	subteniente Antonio Acero
			Capitán Antonio María Riaño
Teniente Samuel Galeano			
			Subteniente David González

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza los Batallones Rifles No. 1 y 2. (Bucaramanga, 1 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (12 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3.483, p. 3-4.

Tabla 12. Organización del Batallón Rifles No. 3 de Carabobo (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Rifles No. 2 de Carabobo	Jefe, Teniente Coronel Máximo Pineda Jefe, Sargento Mayor Remigio Roncancio Ayudante Mayor, Capitán Carlos Torres Ayudante, Teniente Fidelio González Abanderado, Subteniente Pablo Serrano	1ª Compañía	Capitán Roberto Acosta
			Teniente, Antonio José Escobar
			Subteniente Julio Medina
			Subteniente Martínez
		2ª Compañía	Capitán Felix Castillo
			Teniente Alfredo Agudelo
			Subteniente Pablo Martínez
			Subteniente Hipólito Muñoz
		3ª Compañía	Capitán Adolfo Ortíz
			Teniente Víctor Medina
			Subteniente Nicolás Siachoque
			Subteniente Miguel Matamoros
		4ª Compañía	Capitán José Leitón
			Teniente Eugenio Barreto
			Subteniente Fausto Tovar
			Subteniente Francisco Cristiano

Decreto por el cual se organiza los Batallones Rifles No. 1 y 2. (Bucaramanga, 1 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (12 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3.483, p. 3-4.

Tabla 13. Organización del Batallón Pichincha (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Pichincha	Jefe, Coronel Arturo García Herreros Jefe, Sargento Mayor Barrás Ayudante, Capitán Miguel Suárez Habilitado, Capitán Víctor Alarcón Ayudante, Teniente Luis F. Alarcón Abanderado, Subteniente Saturnino Medina	1ª Compañía	Capitán Emilio Pavallot
			Teniente Nicolás Ortíz
			Subteniente Carlos M. Leal
			Subteniente Nepomuceno Gómez
		2ª Compañía	Capitán Damián Aleína
			Teniente Antonio Romero
			Subteniente Julio Contreras
			Subteniente Benito Ortíz
		3ª Compañía	Capitán Diosinio Álvarez
			Teniente Teodoro Umaña P.
			Subteniente Guillermo Jirgi
			Subteniente Manuel Baquero
		4ª Compañía	Capitán Rafael Durán Acebedo
			Teniente Nepomuceno Lizcano
			Subteniente Ricardo Ortega
			Subteniente Manuel Uribe

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza el Batallón Pichincha (San Gil. 9 de enero de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434, p. 6.

Tabla 14. Organización del Batallón Socorro (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Socorro	Jefe, Teniente Coronel Clodomiro Neira. Jefe, Sargento Mayor Pedro Macía Ramírez Ayudante, Capitán José Ángel Uribe Ayudante, Teniente Campo Elías Cuba	1ª Compañía	Capitán Gregorio Posada A.
			Teniente Luis Francisco Santos
			Subtenientes Daniel Neira
			Subteniente Carlos Posada
		2ª Compañía	Capitán Manuel de Jesús Pinzón
			Teniente Zoilo Vera
			Subteniente Carlos Uribe
			Subteniente Clodomiro Santos
		3ª Compañía	Capitán Valeriano Llaneros
			Teniente Ramón Martínez
			Subteniente Avelino Fajardo
			Subteniente Rito Antonio Neira
		4ª Compañía	Capitán Valentín Núñez
			Teniente Jesús Franco
			Subteniente Leonardo Cauchilla
			Subteniente Ángel Miguel Parra
		5ª Compañía	Capitán Salustiano Gómez
			Teniente Cayetano Oses
			Subteniente Rafael Garzón
			Subteniente Alejandro López
		6ª Compañía	Capitán Abelino Neira
			Teniente Herminio Santos
			Subteniente Alejandro Franco
			Subteniente Alejandro Rojas

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se organiza el Batallón Socorro (San Gil, 13 de enero de 1900). AHR-UIS. Gaceta de Santander (16 de febrero de 1900), Año XLII, No. 3434, p. 7

Tabla 15. Organización del Batallón Camilo Sánchez (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Camilo Sánchez	Jefe, Teniente Coronel Manuel Oses Jefe, Sargento Mayor Ignacio Morales Ayudante, Sargento Mayor José A. Martínez Ayudante, Teniente Felipe S. Rueda Abanderado, Subteniente Vicente Duarte Habilitado, Capitán Benjamín Toledo R.	1ª Compañía	Capitán Francisco Franco
			Teniente Trino Santos
			Subteniente Encarnación Gabanzo
			Subteniente Joaquín H. La Rotta
		2ª Compañía	Capitán Miguel Ángel Rueda
			Teniente Hilarión Angarita
			Subteniente Tomás Reyes
			Subteniente Luis Gómez
		3ª Compañía	Capitán Antonio M. Riveros
			Teniente Ramón Franco
			Subteniente Gabino Bravo
			Subteniente Alfredo Moreno
		4ª Compañía	Capitán Higiénico Forero
			Teniente Andrés Agudelo
			Subteniente Rosendo Flórez
			Subteniente Emeterio Vargas
		5ª Compañía	Capitán Marco Aurelio Acevedo
			Teniente Leonidas Escolar
			Julián Crisanchó
			Subteniente Rafael Martínez

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto por el cual se reorganiza el Batallón Camilo Sánchez (Bucaramanga, 5 de marzo de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (8 de marzo de 1900), Año XLII, No. 3436, p. 16

Tabla 16. Organización del Batallón Pienta No. 2 (1900)

Nombre	Estado Mayor	Compañías	Estado Mayor
Batallón Pienta No. 2	Jefe, Coronel Luis Felipe Uribe T. Jefe, Sargento Mayor Santos María Santos Ayudante, Capitán José Quintín Araque Ayudante, Teniente Carlos Posada Habilitado, Capitán Ciro Santander Abanderado, Subteniente Julio Vargas Tambor Mayor, Sargento 1º Roberto Pinzón Armero, Sargento 1º Salvador Galán Brigada, Sargento 1º Antonio Castellanos	1ª Compañía	Capitán Luis Santos
			Teniente Leonidas Pico
			Subteniente Luis M. Tapias
			Subteniente Leoncio Rojas
		2ª Compañía	Capitán Carlos Berbeo
			Teniente Jesús González
			Subteniente Desiderio Ardila
			Subteniente Jeremías Ramírez
		3ª Compañía	Capitán Domiciano Amaya
			Teniente Moisés Berbeo
		4ª Compañía	Luis Francisco Pinilla
			Teniente Rafael Díaz
			Subteniente Ramón Martínez
			Subteniente Juan de J. Rangel

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: Decreto 41. Por el cual se organiza el Batallón Pienta No. 2 (San Gil, 19 de abril de 1900). En: AHR-UIS. Gaceta de Santander, Bucaramanga (29 de mayo de 1900), Año XLII, No. 3445, p. 44.

Tabla 17. Lista de muertos y presos liberales Combates Piedecuesta y El Llano

Muertos	Prisioneros heridos	Prisioneros no heridos
General José María Gómez Villarreal	Soldado Nepomuceno Murcia	Primer Jefe Juan de Dios Galvis
Coronel Moisés Carreño	Soldado Félix Avellaneda	Capitán Pedro Argüello
Coronel Manuel Francisco Ruíz	Soldado Benjamín Riberos	Subteniente Ciro A. Patiño
Coronel Antonio Martínez	Soldado Mercedes Gómez	Cabo Primero Victoriano Patiño
Teniente Coronel Juan de Jesús Ogliastrí	Soldado Daniel Ariza	Sargento Segundo Nicanor Mejía
Capitán Timoteo Rueda	Subteniente Nazario Pinilla	Sargento Segundo Julio César Carreño
Capitán Fernando Reyes	Sargento Primero Esteban Flórez	Soldado Ricardo Martínez
Capitán Marco Antonio Martínez	Cabo Primero Benigno Meza	Soldado Eliseo Sánchez
Capitán Heliodoro Rueda	Sargento Segundo Isidro Díaz	Soldado Agustín Ardila
Teniente Julio Silva	Subteniente Rogerio Salgado	Soldado Josefito Reyes
Teniente Gustavo Buenahora	Soldado Gregorio Medina	Soldado Sedulfo García
Subteniente Marcos Julio Azuero	Subteniente Luis Barrera	Soldado Gumercindo Tapias
Subteniente Arsenio Vargas	Capitán Evaristo Flórez	Soldado Juan de Dios Moreno
Subteniente Julio Obregón	Cabo Segundo Jesús Mantilla	Soldado Siervo Ortiz
Subteniente Pedro Benavidez	Soldado Manuel F. Puyana	Soldados Deogracias Vega
Subteniente Joaquín Osorio	Coronel Miguel María Falla	Soldado Abelardo Amorocho

Continuación Tabla 17. Lista de muertos, heridos y presos
liberales Combates Piedecuesta y El Llano

Muertos	Prisioneros heridos	Prisioneros no heridos
Subteniente Andrés Ribero	Subteniente Pascual Arciniegas	Soldado Peregrino Cristancho
Subteniente Miguel Gómez	Soldado Pío Suárez	Soldado Eladio Orjuela
Subteniente Plutarco Ribero	Soldado José Silva	Soldado Ruperto Blanco
Subteniente Pedro Arroyo	Soldado Gregorio Mantilla	Soldado Graciano Tavera
Subteniente Ramón Castellanos	Subteniente Pedro León Moreno	Soldado Evaristo Castellano
Subteniente Félix Antonio Alfonso	Subteniente Campo Elías Navas	Soldado Ricardo Ramírez
Sargento Primero Celso Rodríguez	Subteniente Felipe Mantilla	Capitán José María Gómez
Sargento Primero Alberto Gincol	Soldado Nepomuceno Vargas	Subteniente Constantino Gómez
Sargento Primero Martín Nariño Sánchez	Soldado Ruperto Blanco	Subteniente Daniel González
Cabo Primero Noé Sanmiguel	Soldado Moisés Carreño	Sargento Primero Antonio Vásquez
Soldado Antonio Galvis		Sargento Segundo Pedro A. Gómez
Soldado Luis Antonio Bustamante		Cabo Segundo Rafael García
Soldado Ramón Nieto		Soldado Pedro Vásquez
		Soldado Francisco Ortíz
		Soldado Diego Patiño
		Soldado Peregrino Álvarez
		Soldado Deogracias Cáceres
		Soldado Roque Rondón
		Soldado Eurípides Rangel
		Subteniente Carlos Martínez
		Subteniente Luis Francisco Landazábal
		Sargento Primero Urbano Ballesteros
		Sargento Primero Nepomuceno Bolívar
		Sargento Segundo Daniel Carreño
		Soldado Marco A. Robles
		Soldado Marco A. Galvis

Continuación Tabla 17. Lista de muertos, heridos y presos
liberales Combates Piedecuesta y El Llano

Muertos	Prisioneros heridos	Prisioneros no heridos
		Soldado Antonio Flórez
		Soldado Pedro Villamizar
		Soldado Daniel Amorocho
		Soldado Humberto Chinchilla
		Soldado Constantino Ribero
		Soldado Pablo E. Martínez
		Soldado Rosendo Martínez
		Subteniente Carlos Peñaranda
		Subteniente Francisco García
		Subteniente Francisco Ordoñez
		Capitán Florentino S. Cortés
		Subteniente Juan de Jesús Martínez
		Subteniente Carlos Valenzuela
		Cabo Segundo José Ester Gómez
		Soldado Pedro Afanador
		Soldado Marco A. Uribe
		Soldado José de Jesús Gómez
		Soldado Jesús Uribe
		Soldado Jesús J. Calderón
		Soldado Tobías Zárate
		Soldado Domingo Rojas
		Soldado Luis F. Riberos
		Soldado Camilo Quesada
		Soldado José Mancera
		Sargento Enrique Mora

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: JIMÉNEZ, Valentín. Historia de la Guerra en el Departamento de Santander. Tomo I. Comprende la época de 17 de octubre al 30 de noviembre de 1900. Bogotá: s.e., 1900, pp. 51-55

**Tabla 18. Lista de muertos y heridos Ejército del Gobierno
Combates Piedecuesta y El Llano**

Muertos	Heridos
Teniente Fabio Entralgo	Sargento Mayor Ezequiel Martínez
Soldado José Daniel Luna	Sargento Primero Pedro Gutiérrez
12 Individuos de tropa	Ayudante Mayor Jesús Galvis
	Corneta Jesús A. Parra
	Tambor Victoriano Suarez
	Cabo Primero Juan B. Calderón
	Soldado Marcos Martínez
	Soldado Juan Suárez
	Soldado Toribio Motta
	Soldado Marcelino Velasco
	Soldado Isidoro Neira
	Soldado Pedro Silva
	Soldado Miguel Quintanilla
	Soldado Luis Figueredo
	Soldado José María Trillos
	Capitán Roberto Acosta
	Sargento Segundo Tomás Barón
	Sargento Segundo Jacobo Peña
	Cabo Primero Manuel Hernández
	Cabo Segundo José Romero
	Soldado Higinio Navarro
	Soldado Jesús Solano
	Soldado Manuel Fonseca
	Soldado Salustino Uribe
	Soldado Domingo Quintana
	Soldado Marcelino Basto
	Soldado Plácido Abellaneda
	Corneta Leónidas Dávila
	Cabo Primero Jenaro Vargas
	Soldado Manuel Mogollón
	Soldado Pedro Mendoza
	Soldado Acisclo Vargas
	Soldado Juan J. Gil
	Soldado Hipólito Chaparro

**Continuación de la Tabla 18. Lista de muertos y heridos Ejército
del Gobierno Combates Piedecuesta y El Llano**

Muertos	Heridos
	Soldado Leovigildo Rojas
	Soldado Manuel Rojas
	Soldado Trajano Pérez
	Soldado Moisés López
	Soldado Pedro Elías Salamanca
	Soldado Víctor Garcés
	Soldado Carlos J. Pradilla
	Soldado Demetrio Briceño
	Sargento Mayor Bernabé Suárez
	Soldado Alejandro Rodríguez
	Sargento Fideligno Suta
	Soldado Diego Barandón
	Soldado Camilo Luna
	Teniente L. Francisco Suárez
	Cano Segundo Domingo Afanador
	Soldado Juan Meneses
	Sargento Segundo José Ortiz
	Cabo Segundo Sebastián Quintero
	Soldados Máximo Pérez
	Soldado Francisco Vega
	Soldado Valeriano Gómez
	Soldado José Murillo
	Soldado Ramón López
	Soldado Laureano Aranzona

Fuente: Tabla elaborada por los autores teniendo en cuenta la información contenida en: JIMÉNEZ, Valentín. Historia de la Guerra en el Departamento de Santander. Tomo I. Comprende la época de 17 de octubre al 30 de noviembre de 1900. Bogotá: s.e., 1900, pp. 55-57.

**Tabla 19. Lista de oficiales muertos, heridos y presos
Combate de la Puerta del Sol**

Muertos	Heridos	Presos
General Francisco Gómez	General Ramón Neira	Coronel Andrés Márquez
General Agustín Neira	General Leonidas Delgadillo	Coronel José Rivas Niño
Coronel Heliodoro Ruíz	General Enrique Amaya	Coronel Pedro A. Gómez
Coronel Primitivo Quintero	General Valeriano Quiñones	Coronel Rufiniano Téllez
Coronel Ricardo Mutis	Coronel Francisco Herrera	Francisco Pinzón
Coronel Prieto	Coronel Salvador Velásquez	Suárez
Coronel Arenas	Coronel Gratiniiano Bueno	Vargas
Coronel Pedro Alcántara	Coronel Vicente Rocha	
Coronel Manuel Canal	Coronel Leandro Larramendi	
Mayor Julio Albán	Coronel Uldarico Cárdenas	
Mayor Jesús Galvis	Coronel Joaquín Delgado	
Mayor Pedro E. Morales	Coronel Emilio Mutis	
Reyes González	Coronel Joaquín Flórez	
Aníbal García Herreros	Coronel Aristipo de la Torre	
	Coronel Julio Caballero	
	Coronel Luis A. Noriega	
	Coronel Aristipo Monrroy	
	Coronel Adolfo Sánchez	
	Coronel Jacinto Vargas	
	Coronel Felipe Escobar	
	Coronel Manuel Latorre	
	Coronel A. Saavedra	
	Coronel Cosme Olarte	
	Coronel Vargas	
	Coronel Villate	

Fuente: Tabla elaborada por la autora teniendo en cuenta la información contenida en: VESGA Y ÁVILA, José María. La guerra de tres años. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1914, pp. 233-235.

**Tabla 20. Tabla de heridos revolucionarios
Combate de Peralonso**

Nombre	Nombre
General Rafael Uribe Uribe	Coronel Manuel Valentín Sánchez
General Benjamín Herrera	Coronel José Granados
General Benito Hernández	Teniente Coronel Pedro Maldonado
General Juan Francisco Garay	Teniente Coronel Gregorio Peña
Coronel Emilio López	Teniente Coronel Antonio León
Coronel Manuel Valero	Sargento Mayor Alejo Bernal
Coronel Alejandro N. Pavón	Sargento Mayor José María Valencia
Coronel Carlos Hernández	Sargento Mayor Luis Batle

Fuente: Tabla elaborada por la autora teniendo en cuenta la información contenida en: VESGA Y ÁVILA, José María. La guerra de tres años. Bogotá: Imprenta Eléctrica, 1914, pp. 427-428

Tabla 21. Lista de combates en Santander (1899-1900)

Lugar del combate	Fecha
Socorro	21 de octubre de 1899
Girón	23 de octubre
Piedecuesta	29 de octubre
Chapinero o Quinta Larsen	29 de octubre
Puerta del Sol	11, 12 y 13 de noviembre
El Frío	27 de noviembre
Peralonso o La Amarilla	16 y 17 de diciembre
El Florito	22 de enero de 1900
Terán	2 y 3 de enero
Capitanejo	27 de marzo
Helechales	5 y 6 de abril
Cáchira	10 de abril
Zapatoca	10 de abril
Chocó	16 de abril
Santurbán	3 de mayo
Chinacotá	9 de mayo
Palonegro	11-26 de mayo
Tequia y Enciso	18 de mayo
Cúcuta	16 de junio
La Paja	3 de agosto
Lincoln y Cuchilla del Ramo	8 de agosto
Combates de menor categoría: San Gil, Zapatoca, Cúcuta, Chinácota, Tona, La Amarilla, La Cruz, Contratación, Mogotes.	

Fuente: GUTIÉRREZ, José Fulgencio. Santander y sus municipios. Bucaramanga: Gobernación de Santander, 1990.p. 654

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2016
en Bogotá, Colombia

